

A young boy with short, light-colored hair is looking out of a train window. He is wearing a yellow t-shirt and dark brown overalls. The background is a dark, textured surface, possibly the interior of a train car, with some circular portholes visible.

Un muchacho de Georgia

Erskine Caldwell

Traducción de José Luis Piquero



“Caldwell tiene un modo peculiar de crear una situación cómica hasta que se convierte en una burla salvaje” **New Yorker**

Lectulandia

En una casita a las afueras del pequeño pueblo de Sycamore viven los Stroup, típica familia de blancos pobres compuesta por una madre severa y trabajadora, un padre gandul y enredador y el hijo de ambos, William, sin olvidar a Handsome Brown, el muchacho negro que ejerce de criado para todo. Mientras Martha Stroup se mata a trabajar lavando la ropa de sus vecinos, Morris Stroup ideará todo tipo de absurdas invenciones para vivir sin dar golpe, provocando multitud de situaciones cómicas en las que los principales perjudicados resultarán ser su propia esposa y el pobre Handsome Brown.

Aunque revestidas de humor y ligereza, las catorce historias que componen esta fragmentaria novela iniciática, narradas con deliciosa sencillez e inocencia por el pequeño William, dejan entrever el fondo de amarga denuncia del racismo y la ignorancia del sur profundo, al igual que ocurre en otras grandes obras de Caldwell, como *El camino del tabaco*, *La parcela de Dios* o *Tumulto en julio*. No en vano Caldwell ha sido señalado como uno de los grandes escritores sociales norteamericanos del siglo xx y comparado con Faulkner y Steinbeck.

Lectulandia

Erskine Caldwell

Un muchacho de Georgia

ePub r1.0

Titivillus 21.11.15

Título original: *Georgia Boy*
Erskine Caldwell, 1943
Traducción: José Luis Piquero
Diseño de cubierta: Eduard Serra

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La máquina de embalar de mi viejo

Se produjo frente a la casa un gran alboroto que sonó como si alguien hubiera dejado caer un montón de piedras sobre nuestra escalera. Los cimientos temblaron un momento y luego todo volvió a quedar tranquilo. Ma y yo estábamos en el porche trasero cuando oímos el ruido, y no supimos qué podía ser. Ma dijo que temía que fuera el aviso del Día del Juicio y me apremió a que girase la manivela de la escurridora, para que pudiera tener la colada de la señora Dudley colgada en el tendedero antes de que algo terrible sucediera.

—Quiero ir a ver qué ha pasado, Ma —dije, girando la palanca con todas mis fuerzas—. ¿Puedo, Ma? ¿Puedo ir a ver qué ha pasado?

—Gira esa manivela, William —dijo ella meneando la cabeza e introduciendo unos pantalones del señor Dudley en la escurridora—. Sea lo que sea, puede esperar hasta que la colada esté en el tendedero.

Seguí girando la manivela tan rápido como podía y mientras trataba de escuchar algo. Oí a alguien hablando en voz alta frente a la casa pero no pude distinguir lo que decía.

En ese momento mi viejo apareció corriendo por la esquina.

—¿Qué diablos era eso, Morris? —preguntó Ma.

—¿Dónde está Handsome? —dijo mi viejo sin aliento—. ¿Dónde se ha metido Handsome?

Handsome Brown era nuestro mozo negro y había trabajado para nosotros desde que yo tenía uso de razón.

—Handsome está recogiendo la cocina, como es su deber —dijo Ma—. ¿Para qué lo quieres?

—Necesito que venga a echarme una mano —respondió Pa—. Necesito a Handsome ahora mismo.

—Yo te ayudaré, Pa —dije, apartándome de la escurridora—. Déjame ayudarte, Pa.

—William —dijo Ma tomándome por el brazo y empujándome—, ponte a girar esa manivela como te he dicho.

En ese momento Handsome asomó la cabeza por la puerta de la cocina. Mi viejo lo vio al instante.

—Handsome —dijo Pa—, deja lo que estés haciendo y ven a la parte delantera de la casa. Necesito que me eches una mano ahora mismo.

Handsome miró a Ma antes de moverse, y esperó a oír lo que ella tuviera que decir respecto a abandonar la tarea de la cocina. Pero Ma no dijo nada porque estaba ocupada en introducir una de las viejas y descoloridas batas de algodón de la señora Dudley en la escurridora. Mi viejo agarró a Handsome por la manga y le hizo bajar la escalera y cruzar el patio. En un minuto habían desaparecido al otro lado de la casa.

Yo quería ir con ellos pero cada vez que miraba a Ma sabía que era mejor no

seguir insistiendo. Giré la manivela con todas mis fuerzas, y traté de terminar con el escurrido lo antes posible.

No tardamos en oír abrirse la puerta principal y enseguida se escuchó un fuerte estrépito en el vestíbulo. Sonó exactamente como si el techo se hubiera desplomado.

Ma y yo corrimos adentro para averiguar qué había ocurrido. Cuando llegamos al vestíbulo vimos a mi viejo y a Handsome, que arrastraban una enorme y pesada caja pintada de un rojo brillante, como si fuera un vagón de mercancías que tuviera una gran rueda de hierro en lo alto. La caja era tan grande como una vieja pianola y tenía el mismo curioso aspecto. Handsome le dio un fuerte empujón y el aparato cruzó la puerta, y cayó sobre el suelo del salón tan pesadamente que los cuadros temblaron en las paredes. Ma y yo nos apiñamos en la puerta. Mi viejo estaba de pie junto a la enorme caja roja dándole palmaditas y jadeando como un perro que hubiera estado persiguiendo conejos toda la mañana.

—¿Qué diablos es esto, Morris? —inquirió Ma rodeando la caja, mientras trataba de imaginar qué podía ser.

—¿No es una belleza, Martha? —dijo, jadeando entre cada palabra. Se sentó en una mecedora y admiró la caja—. ¿No es una belleza, eh?

—¿De dónde viene, Pa? —le pregunté, pero estaba tan ensimismado mirándola que no me oyó.

Handsome la rodeó, mirando entre las ranuras para ver si podía ver algo dentro.

—¿Te la ha dado alguien, Morris? —preguntó Ma, apartándose para calibrar mejor su tamaño—. ¿De dónde diablos la has sacado?

—La compré —repuso Pa—. No hace nada que cerré el trato. El tipo que suele dedicarse a venderlas vino esta mañana al pueblo y le compré una.

—¿Cuánto has pagado por ella? —preguntó Ma preocupada.

—Cincuenta centavos en mano y cincuenta a la semana —dijo Pa.

—¿Durante cuántas semanas? —preguntó Ma.

—Durante todas las semanas de un año —respondió—. Eso no es mucho. Qué puñeta, si te pones a pensarlo no vale la pena ni hablar de ello. El año pasará en un santiamén. No será un gran sacrificio.

—¿Para qué sirve? —dijo Ma—. ¿Qué hace?

—Es una máquina de embalar —dijo—. Embala papel. Pones un montón de papel usado, como periódicos atrasados y cosas así, presionas bien la rueda y salen por la parte de abajo en un fardo apretado, todo atado con alambre. Es un invento fantástico.

—¿Y qué va a hacer con el papel una vez que salga por la parte de abajo, señor Morris? —preguntó Handsome.

—Venderlo, por supuesto —dijo Pa—. El tipo vendrá una vez a la semana y comprará todo el papel que yo haya embalado. Recogerá sus cincuenta centavos y me pagará la diferencia.

—Vaya, pues yo digo —dijo Handsome— que es un buen asunto, muy bueno.

—¿De dónde vas a sacar el papel para la máquina? —preguntó Ma.

—Puñeta —dijo mi viejo—, eso es lo más fácil de todo. Papel viejo lo hay por todas partes. Tipo periódicos viejos y cosas así. Hasta el papel de envolver de la tienda sirve. Cuando el viento arrastre un trozo de papel por la calle, pues también para adentro. Es una máquina de hacer dinero, si alguna vez ha habido una.

Ma se acercó y se agachó para ver el interior. Luego le dio una vuelta a la rueda de la parte superior y se dirigió a la puerta.

—El salón no es sitio para ella —dijo—. Saca ese cachivache de mi mejor cuarto, Morris Stroup.

Pa salió tras ella.

—Pero Marta, no hay otro lugar mejor. No querrás que la deje afuera, a la intemperie, para que se oxide y se pudra, ¿no? Es una máquina muy valiosa.

—Sácala de ahí o haré que Handsome la convierta en astillas para la chimenea —dijo, cruzando el vestíbulo y saliendo al porche trasero.

Mi viejo volvió y se quedó mirando la máquina de embalar, pasando las manos sobre los suaves bordes de madera. No dijo nada pero, tras un minuto, se agachó, la agarró y la levantó. Handsome y yo la levantamos por el otro lado. Cruzamos con ella la puerta del salón y la sacamos al porche delantero. Pa dejó en el suelo su parte y nosotros la nuestra.

—Esto es lo que haré —dijo Pa—. La dejaré aquí en el porche, a salvo del sol y la lluvia.

Desenrolló la gran rueda de la parte superior.

—Handsome —dijo—, ve y tráeme todo el papel viejo que puedas acarrear. Vamos a empezar ahora mismo.

Handsome y yo entramos en casa y recogimos todo el papel que pudimos encontrar. Descubrió un paquete de periódicos viejos en uno de los armarios y se los llevé a Pa. Este los depositó en la tolva. Handsome volvió con una gran brazada de papel de envolver que había encontrado en alguna parte. Mi viejo lo tomó y lo introdujo también en la máquina.

—Tendremos cien libras embaladas en nada de tiempo —dijo Pa—. Luego, tras esa primera bala, todo será pura ganancia. Disfrutaremos de tanto dinero que no sabremos qué hacer con él. Puede que fuera buena idea comprar tres o cuatro máquinas más al tipo, cuando vuelva a Sycamore la próxima semana, porque así podríamos embalar papel más rápidamente que con una sola máquina. Tendremos tanto dinero en tan poco tiempo que tendré que confiarle parte al banco. Es una pena que hasta ahora no conociera esta forma de hacer dinero, porque es la más fácil que haya oído nunca. Pienso embalar tanto papel que pronto podré dejarlo todo y retirarme.

Se detuvo y empujó a Handsome hacia la puerta.

—Handsome, espabila y trae más papel viejo de donde lo haya.

Handsome fue adentro y empezó a buscar por los aparadores, los armarios e incluso detrás del lavabo. Yo encontré algunas revistas viejas sobre la mesa del salón

y se las llevé a Pa.

—Eso está bien, hijo —dijo—. Las revistas viejas valen tanto como los periódicos viejos y pesan bastante más. Ve y trae todas las revistas que encuentres.

Cuando volví con otro montón mi viejo dijo que ya había suficiente para un segundo fardo. Tuvimos que apretar y presionarlo bien y Handsome lo ató con alambre de embalar. Pa lo arrojó al suelo y le dijo a Handsome que lo colocara sobre el primer fardo.

Seguimos trabajando durante una hora y no tardamos en tener tres fardos apilados en la esquina del porche. Handsome dijo que no podía encontrar más papel en toda la casa y mi viejo repuso que lo buscaría él mismo. Tardó bastante en volver pero cuando lo hizo llevaba una gran brazada de libros de himnos que Ma había encargado para la Escuela Dominical. Arrancamos las cubiertas, porque estaban hechas de tela y mi viejo dijo que no sería honrado hacer pasar tela por papel. Después de eso entró otra vez y volvió con una brazada de cartas atadas con lazos. Cortó los lazos e introdujo las cartas en la tolva. Cuando todo estuvo embalado ya era casi mediodía y Pa dijo que podíamos descansar una hora.

Volvimos al trabajo después de comer. Buscamos por toda la casa varias veces pero no pudimos encontrar nada que estuviera hecho con papel, salvo un poco de papel de pared flojo en una de las habitaciones, del que Pa dijo que de todas formas se hubiera acabado desprendiendo del todo, ya que era viejo y estaba bastante ajado. Después nos envió a Handsome y a mí calle abajo, a casa de la señora Price, a preguntarle si tenía papel viejo que no necesitase. Hicimos dos viajes a casa de la señora Price. A esas alturas ya estábamos todos muy cansados y Pa dijo que ya habíamos trabajado suficiente ese día. Nos sentamos los tres en la escalera principal y contamos el montón de fardos apilados en la esquina. Había siete. Pa opinó que era un buen comienzo y que si lo hacíamos tan bien todos los días, pronto seríamos los más ricos del pueblo.

Permanecimos sentados mucho rato pensando en todo el papel que habíamos embalado y mi viejo dijo que tendríamos que madrugar al día siguiente porque de ese modo quizá podríamos embalar doce paquetes en vez de siete por día. Al poco rato salió Ma y se quedó mirando la pila de papel. Mi viejo se volvió y se dispuso a oír lo complacida que estaba por todo el trabajo que habíamos hecho el primer día.

—¿De dónde ha salido todo ese papel, Morris? —preguntó ella, acercándose a los fardos y recorriéndolos con la mano.

—De todas partes, Martha —dijo Pa—. Hemos recogido todo el papel viejo que hemos encontrado por el camino. Estaba amontonado en sitios que se hubieran convertido en nidos de ratones a no tardar mucho. Qué buena idea haberme hecho con esta máquina. Ahora, con la limpieza, la casa tiene mejor aspecto.

Ma metió los dedos por la ranuras de los fardos y sacó algo. Era una de las revistas.

—¿Qué es esto, Morris? —dijo volviéndose.

Sacó otra revista.

—¡Sabes lo que has hecho, Morris Stroup! —dijo—. ¡Has cogida todas las recetas y patrones de costura que he ido guardando desde que cuido de esta casa!

—Pero si es tan viejo que no vale nada —dijo Pa.

Handsome empezó a retroceder hacia la puerta del vestíbulo. Ma se encaró con él.

—Handsome, desata uno de esos fardos —dijo—. Quiero ver qué más cosas mías habéis tomado. ¡Haz lo que te digo, Handsome!

—Pero, Martha... —repuso Pa.

—Ma, ¿podemos vender los papeles viejos y las revistas? —pregunté.

—Cállate, William —contestó—. Deja de defender a tu padre.

Handsome quitó el alambre y montones de libros de himnos y revistas empezaron a desparramarse por el suelo. Ma se agachó y recogió uno de los libros.

—¡Santo Cielo! —gritó—. Estos son los nuevos libros de himnos que estábamos juntando para mi clase en la Escuela Dominical. Esas pobres almas confiadas pensaban que sus libros de himnos estarían a salvo en mi casa. ¡Y ahora míralos!

Mi madre empezó a rebuscar en el montón de papeles y revistas que habían caído al suelo. Luego rebuscó en los otros fardos. Arrancó de un tirón el alambre antes de que Handsome tuviera ocasión de desatarlo.

—¿Qué es esto, Morris? —dijo, alzando la voz y mirando una de las cartas que habían salido del fardo.

—Solo es un trozo de papel viejo que encontré guardado en un armario —dijo Pa—. Las ratas y los ratones lo hubieran devorado antes o después, de todas formas.

La cara de Ma enrojeció y se dejó caer pesadamente sobre una silla. Durante un minuto no dijo nada. Luego se dirigió a Handsome.

—Handsome —le espetó, mordiéndose un poco los labios y secándose los ojos con la punta del delantal—, ¡deshaz ese fardo ahora mismo!

Handsome saltó sobre la pila de papel del suelo y aflojó el alambre. El montón de cartas se desparramó sobre el suelo, a los pies de Ma. Esta se agachó y recogió un puñado. Echó un vistazo a los renglones de una de las cartas y dio un grito.

—¿Qué ocurre, Martha? —preguntó Pa, levantándose y cruzando el porche hacia ella.

—¡Mis cartas! —dijo Ma, secándose los ojos con la punta del delantal—. ¡Todas las cartas de amor de los novios que me cortejaron! ¡Todas las cartas que tú me escribiste, Morris! ¡Mira lo que ibas a hacer!

—Pero si no son más que cartas viejas, Martha —dijo Pa—. Puedo escribirte otras nuevas en cualquier momento, si quieres.

—¡No las quiero nuevas! —dijo ella—. ¡Quiero conservar las viejas!

Empezó a llorar tan fuerte que Pa no sabía que hacer. Se dirigió al otro extremo del porche y volvió.

Ma se agachó y recogió todas las cartas que le cabían en el delantal.

—Te escribiré cartas nuevas, Martha —dijo Pa.

Ma se puso en pie.

—Creo que deberías tener más respeto por las cartas que otros novios me escribieron —dijo—, ya que no tienes ninguno por las que tú mismo me escribiste.

Recogió el delantal lleno de cartas y se fue adentro, dando un portazo tras ella.

Mi viejo se paseaba de un lado a otro entre el montón de papeles desparramados y libros de himnos, dándoles pataditas con el pie. Durante un buen rato no dijo nada pero luego se dirigió a la máquina de embalar y pasó la mano sobre los suaves bordes de madera.

—Es una pena que se pierda todo este papel, hijo —dijo—. Es una pena que Ma se ponga así por un montón de cartas y chismes viejos. Habríamos podido hacer un montón de dinero vendiéndoselos al tipo cuando viniera al pueblo la próxima semana.

El día que tocamos la campana para el predicador Hawshaw

Cuando llegué a casa de la escuela, el predicador Hawshaw, el ministro de la Iglesia Universalista, estaba en nuestro porche delantero y charlaba con mi viejo. Al principio no les presté demasiada atención, porque el predicador Hawshaw siempre venía a casa para hacer prometer a mi viejo que iría a la iglesia el domingo, pero Pa siempre tenía una buena excusa para no ir, generalmente que *Ida*, nuestra mula remolachera, tenía cólico y no podía permitirse dejarla sola hasta que estuviera bien, o que los gorrinos del señor Jess Johnson se estaban volviendo muy violentos y tenía que quedarse en casa para vigilar que no se colaran en nuestro jardín, y por eso pensé que estaban discutiendo otra vez sobre lo mismo, como hacían siempre. Me detuve al pie de la escalera para escucharles, mientras me preguntaba qué excusa utilizaría Pa esta vez, cuando la primera cosa que oí fue al predicador Hawshaw diciendo que el viejo tío Jeff Davis Fletcher, el sacristán de color de la Iglesia Universalista, se había ido unos días al condado vecino a visitar a unos familiares enfermos y que no había nadie para tocar la campana esa tarde, durante la boda de la señorita Susie Thing, que se iba a casar con Hubert Willy, el sustituto del cartero oficial. Mi viejo escuchó cuanto el predicador Hawshaw tenía que decir pero no dio muestras de querer tocar la campana para él.

—Le diré una última cosa, señor Stroup —insistió el predicador Hawshaw después de esperar un buen rato a que mi viejo respondiera—. Si usted toca la campana en la boda que tendrá lugar esta tarde, no volveré a molestarle en lo que queda de año para que asista a los servicios religiosos. Bien, ¿no le parece justo, señor Stroup?

—Sería muchísimo más justo que prometiera no volver a molestarme nunca con lo de ir a la iglesia... este año y los que vengan —dijo Pa.

—Eso es pedirme demasiado, señor Stroup —repuso el predicador—. Es mi deber insistir hasta que la gente vaya a la iglesia.

—Si de verdad quiere que la campana suene —dijo mi viejo—, trátame como a un metodista o un baptista y deje de intentar hacerme ir a la Iglesia Universalista a oírle predicar. Yo tengo mi propia religión y es lo bastante buena para mí; oír el sermón de un predicador universalista solo me haría sentir insatisfecho con lo que tengo. ¿Usted no querrá ser la causa de que le dé la espalda a mi propia religión, verdad?

El predicador Hawshaw se apoyó contra la pared como si estuviera muy cansado y se quedó pensando durante un buen rato. Pa permaneció sentado en el pasamanos y esperó a que se decidiera.

—Por hoy no discutamos más sobre religión, señor Stroup —dijo finalmente—. Estoy extenuado y tengo que celebrar la ceremonia de la boda en menos de media

hora. Es demasiado tarde para encontrar a alguien que quiera tocar la campana y si usted no acepta me veré en un buen aprieto.

Mi viejo se levantó del pasamanos y bajó la escalera hasta el patio. El predicador Hawshaw le siguió tan rápido como pudo.

—Tocaré la campana para usted por esta vez, solo para ayudarle —dijo Pa—. Nadie ha podido acusarme nunca de negarme a ayudar en momentos de apuro.

—¡Eso está muy bien! —dijo el predicador Hawshaw, sonriendo a Pa muy contento—. ¡Sabía desde el principio que podía contar con usted, señor Stroup!

Empezó a sacudirse el polvo de la ropa y a ajustarse la corbata.

—Bien, no es mucho lo que hay que hacer —explicó—. Todo lo que tiene que recordar es tocar la campana en el instante en que yo empiece a leer el ritual matrimonial y seguir tocándola hasta que la novia y el novio hayan salido de la iglesia y desaparecido calle abajo. Cuando ya no pueda ver ni un pelo de ellos, sabrá que es el momento de dejar de tocar. La cosa está clara, ¿verdad, señor Stroup?

—No voy a fastidiarla en algo tan sencillo como eso —respondió mi viejo—. Será tan fácil como cortar un tronco.

El predicador se volvió y echó andar hacia la calle.

—Ahora tengo que apresurarme en llegar a la iglesia —dijo nerviosamente—. Está previsto que la ceremonia empiece en unos veinte minutos. Vístase y venga tan pronto como pueda, señor Stroup. Le estaré esperando en el vestíbulo, junto a la cuerda de la campana.

El predicador Hawshaw se volvió y corrió hacia la iglesia, tres manzanas más allá. Mi viejo se dirigió adentro.

—Ven, hijo —me dijo, trazando una gran curva con el brazo—. Vamos a prepararnos para la boda. Te necesito para que me ayudes a tocar esa campana. ¡Vamos!

Entramos y Pa sumergió la cabeza en la jofaina y se alisó el cabello con el cepillo. En cuanto terminó de hacerlo estuvimos listos para irnos.

—¿Me dejarás tocarla un rato, Pa? —pregunté mientras corría a su lado para no quedarme atrás—. ¿Puedo, Pa?

—Ya lo veremos cuando estemos allí, hijo —me dijo—. Si no es demasiado pesada para que la toques tú solo, podrás hacerlo.

La gente ya iba camino de la iglesia y les adelantamos rápidamente para poder llegar con tiempo suficiente para hacer sonar la campana. Había un montón de personas delante de la iglesia cuando llegamos, pero Pa solo les saludó con la mano y nos apresuramos a entrar en el vestíbulo.

El predicador Hawshaw esperaba justo al lado de la cuerda de la campana, tal como había dicho que haría. A esas alturas ya estaba bastante nervioso y lo único que podía hacer era permanecer quieto en aquel sitio. Tan pronto como nos vio empezó a pasear arriba y abajo y a mirar su reloj cada varios pasos.

—Esta es una boda muy importante, señor Stroup —le susurró en voz alta a Pa—.

Esas dos familias representan dos de los pilares más firmes de mi iglesia. No quisiera que nada saliera mal. Este matrimonio significa mucho para mí. Servirá para unir a dos familias enemistadas y cicatrizará las heridas de esa desunión que ha tenido alterada a toda la congregación.

—Por lo que a mí concierne, no tiene que preocuparse —le dijo Pa—. Usted ocúpese del resto de sus asuntos y yo me encargaré de tocar la campana. Solía tocar la campana de la escuela cuando era el conserje y sé todo lo que hay que saber sobre tocar campanas.

—Me alegro de oír eso, señor Stroup —dijo el predicador, secándose el sudor de la cara con su pañuelo—. Me quita un gran peso de encima dejar el toque de campana en manos expertas.

La gente iba entrando en la iglesia en ese momento y el organista empezó a tocar. Enseguida vi a la señorita Susie Thing, toda vestida con sedosa ropa blanca y con un ramo de flores en la mano, entrando por una de las puertas laterales. Casi al mismo tiempo, Hubert Willy entró por otra puerta. Era la señal de que la boda iba a empezar y le dije a mi viejo que parecía que llegaba la hora de empezar a tocar la campana. El predicador Hawshaw llegó corriendo por el pasillo principal, mirando su reloj y casi tropezando con algunos pies que asomaban desde los bancos.

—¡Muy bien, señor Stroup! —susurró con voz alta y ronca—. Tan pronto como me vea acercarme y coger de la mesa mi librito negro sabrá que es el momento de que empiece a tocar la campana.

Pa asintió y aferró fuertemente la pesada y gruesa cuerda que colgaba del campanario a través de un gran orificio en el techo.

—Agárrala con fuerza, hijo —me dijo—. Necesitaremos tirar los dos a la vez para que esto funcione. Es bastante más grande que la campana de la escuela.

Ambos aferramos la cuerda tan alto como pudimos.

—Ahora —dijo Pa— mira al predicador Hawshaw y avísame cuando llegue el momento de tirar de la cuerda.

La señorita Susie Thing y Hubert Willy se situaron frente al predicador Hawshaw. La cara de Hubert estaba tan roja como una remolacha pero la de la señorita Susie no podía verla porque tenía la cara casi enterrada en el enorme ramo de flores. El predicador Hawshaw se acercó y tomó de la mesa el librito negro del que nos había hablado.

—¡Es el momento, Pa! —susurré tan alto como me atreví—. ¡Están empezando!

Tiramos de la pesada cuerda hasta que conseguimos que la campana se balanceara a un lado y a otro. Pa me enseñó cómo tirar de ella tan fuerte como se pudiera y luego aflojar y dejar que la cuerda subiese por el orificio del techo. Tras cinco o seis tirones, el badajo golpeó la campana y conseguimos que la cuerda subiera y bajara como deseábamos.

La campana tocaba con largos golpes que sonaban de un modo peculiar pero miré la cara de mi viejo y parecía tan contento que decidí que sonaba como debía. Se me

ocurrió mirar a la capilla y vi al predicador Hawshaw hacerle señas a un ayudante y susurrarle algo. Muchos de los presentes se habían vuelto en sus asientos y miraban hacia nosotros como si estuviéramos haciendo algo malo. El ayudante vino corriendo por el pasillo y tan pronto llegó a donde estábamos se inclinó y susurró algo en el oído de Pa.

Mi viejo negó con la cabeza y siguió tocando la campana tal como lo habíamos hecho desde el principio. El ayudante corrió hacia donde estaba el predicador Hawshaw, frente a la señorita Susie y Hubert. El predicador Hawshaw ya había dejado de leer el librito negro y, tan pronto como el ayudante le susurró algo, lo dejó sobre la mesa y vino apresurado hacia nosotros por el pasillo.

—¡Escuche, señor Stroup! —dijo en voz alta—. ¡Deje de hacer doblar la campana!

—¿De qué está hablando? —preguntó Pa. Seguíamos tirando de la cuerda de la campana y dejándola subir por el hueco del techo tal como habíamos hecho desde el principio—. Estoy tocando la campana como usted dijo. ¿Qué es lo que está mal?

—¡Lo que está mal! —dijo el Predicador Hawshaw, metiendo un dedo por el cuello de la camisa para aflojarlo—. ¿No oye ese *ding-dong, ding-dong* ahí arriba en el campanario? —A esas alturas todos los que estaban en la iglesia se habían vuelto hacia nosotros y algunos hacían gestos con las manos—. Usted está haciendo doblar la campana. Eso es para los funerales. ¡Deje de hacer ese *ding-dong*!

—¿Qué diablos quiere usted que haga? —preguntó mi viejo—. Cuando era conserje en la escuela la tocaba justamente como lo hago ahora. Nadie me acusó nunca de hacerla doblar.

—La campana de la escuela no tiene comparación en tamaño con esta, señor Stroup —dijo el predicador Hawshaw—. Hay toda la diferencia del mundo en el tamaño. La campana de la escuela hace siempre el mismo sonido, la toque como la toque. Y ahora deje de tocar esta campana como lo está haciendo. Pone a la gente triste. No da el tono adecuado para una boda.

—Entonces, ¿qué quiere que haga? —preguntó Pa.

—¡Hágala repicar!

—¿Repicar? —dijo mi viejo—. ¿Eso qué es?

El predicador Hawshaw se volvió y echó un rápido vistazo a la concurrencia. La señorita Susie y Hubert seguían de pie frente al púlpito esperando a que el Predicador Hawshaw volviese y terminase de leer el ritual matrimonial, pero la señorita Susie parecía a punto de desaparecer en cualquier momento y Hubert parecía dispuesto a arrojarse a través de la vidriera de colores.

—¿Nunca en su vida ha hecho repicar una campana? —preguntó el predicador Hawshaw.

—Más que eso —contestó Pa—. Nunca en mi vida he oído hablar de ello.

—Es algo como *ding-a-ling, ding-a-ling-ding* —dijo el predicador.

—¿Ah, sí? —preguntó Pa, tirando aún de la cuerda tal como lo había hecho desde

el principio—. Pues en mi vida he oído tal cosa.

—¡Bueno, pues pare de hacerla doblar y empiece a hacerla repicar, señor Stroup! —insistió el predicador Hawshaw. ¡Ahí hay gente que ya ha empezado a llorar!

—Es que no puedo cambiar con la cosa ya empezada —dijo Pa—. Al menos necesitaría practicar. Seguiré tocando como lo estoy haciendo. La próxima vez lo haré de la otra manera.

El predicador Hawshaw alargó la mano para coger él mismo la cuerda pero, justo en ese momento, el hermano de la señorita Susie Thing, Jule, se abalanzó sobre Hubert Willy y lo sacó a empujones por una puerta lateral que daba al cementerio, mientras lo acusaba de tener algo que ver con la manera en que sonaba la campana. Antes de que nadie pudiera salir a impedirlo, Jule empezó a golpear a Hubert y al minuto siguiente ambos se peleaban a puñetazos entre las tumbas y las lápidas. La nariz de Hubert empezó a sangrar y Jule se desgarró los pantalones al tropezar con una señal de hierro forjado que había sobre una de las tumbas y que decía: NO TOCAR.

Mi viejo me dijo que siguiera tocando la campana y salió afuera a ver la pelea. El predicador Hawshaw salió también, como todos los que estaban en la iglesia. Yo seguí tocando la campana tal como habíamos hecho desde el principio y puedo asegurar que hacía un sonido de *ding-dong* idéntico al que tocaba el viejo tío Jeff Davis Fletcher en los funerales. A esas alturas, Jule y Hubert ya estaban en muy mal estado pero nadie intentaba separarlos, ya que todos pensaban que lo mejor era dejar que se pelearan y solo se detuvieran de mutuo acuerdo cuando estuvieran demasiado cansados para continuar. Yo tiraba de la campana como mi viejo me había dicho, preguntándome cómo la misma campana podía hacer un sonido de *ding-a-ling, ding-a-ling-ding* y otro de *ding-dong*, y justo entonces el predicador Hawshaw vino corriendo y me arrebató la cuerda de las manos. El badajo sonó un par de veces más y luego se detuvo.

—Es suficiente, William —dijo, agarrándome de la camisa y arrojándome fuera del vestíbulo escaleras abajo.

En ese momento mi viejo apareció corriendo por la esquina de la iglesia. Había dejado de oír la campana y se paró en seco.

—¿Por qué has parado, hijo? —me preguntó.

—El predicador Hawshaw me dijo que parase —dije—. Me echó afuera.

—¡Eso hizo! —dijo mi viejo, enfureciéndose.

El predicador Hawshaw apareció en la puerta y se detuvo en lo alto de la escalera. Parecía muy cansado.

—¡Ahora escuche, predicador! —empezó Pa—. Cuando acepté tocar la campana tomé la decisión de tocarla o romperme el pecho en el intento. Voy a entrar ahí dentro y terminar el trabajo tal y como prometí que lo haría. Si a usted no le gusta como toco, no es culpa mía.

—¡Oh no, no lo hará! —dijo el predicador Hawshaw, bloqueando la puerta—. Ya ha roto usted un matrimonio y originado una pelea a puñetazos en el cementerio. Los

Thing y los Willy han vuelto a sus antiguas rencillas porque usted ha hecho doblar las campanas. No quiero que vuelva a tocar esa cuerda nunca más.

—¿Cómo demonios iba yo a saber que usted quería que tocara *ding-a-ling, ding-a-ling-ding* en vez de *ding-dong, ding-dong*?

—Debería habérselo dictado el sentido común —dijo el predicador, empujando a mi padre fuera de la puerta—. Además, un hombre que no conoce la diferencia entre doblar y repicar no pinta nada tocando la campana de una iglesia.

La gente que había asistido a la boda empezaron a comentar la manera en que mi viejo había provocado la reaparición de la contienda entre los Thing y los Willy. La señorita Susie, que había permanecido todo el rato llorando en la tribuna del coro, corrió calle abajo hacia su casa con el enorme ramo de flores en la mano. No volví a ver a Jule y a Hubert pero supuse que habrían vuelto a casa para lavarse.

—¿Me está diciendo que no le gusta el modo en que he tocado la campana para usted? —preguntó mi viejo al predicador Hawshaw.

—Exactamente eso, señor Stroup —dijo, mientras alejaba a mi padre de la puerta con un fuerte empujón que le hizo trastabillar por la escalera.

—Entonces no se le ocurra volver a mi casa para suplicarme que vaya a la iglesia a oír su sermón —dijo Pa, dándose la vuelta y cruzando la calle en diagonal—. Si no le gusta como toco la campana, no pienso ir a oírle predicar.

El predicador Hawshaw se volvió para entrar en el vestíbulo. Casi había desaparecido cuando mi padre le llamó.

—¿Qué haré para decidirme por una religión si se me ocurre que debo tener una? —preguntó Pa—. Quizá considere reconocer alguna religión como algo que necesito en vez de mi propia religión privada y no quiero que me pongan a secar mientras todo el mundo se salva y alcanza el Cielo.

El predicador Hawshaw asomó la cabeza por la puerta.

—Será mejor que se una a los metodistas o a los baptistas —dijo—. Los universalistas pueden arreglárselas sin usted, señor Stroup.

Handsome Brown y las malditas cabras

—Si tu padre no hace una cosa —dijo Ma con aspecto desvalido y cansado—, hace otra. Como yo digo, a veces creo que nunca tendré un minuto de paz mientras viva.

Se paseaba arriba y abajo por el patio mientras se retorció las manos y trataba de decidir qué hacer.

Las cabras que Pa y Handsome Brown habían traído a casa desde nuestra granja en el campo estaban en lo alto de la casa, rumiando y mirándonos desde arriba. El enorme macho cabrío tenía unas largas barbas blancas que hacían que fuera clavado al señor Carter, que vivía al final de la calle.

—¿Qué diablos voy a hacer? —dijo Ma, paseándose aún de un lado a otro—. He invitado al Círculo Social de Damas a venir esta tarde y si esas cabras siguen en lo alto de la casa cuando lleguen, simplemente me moriré de vergüenza.

Las dos cabras hembra también rumiaban pero sus barbas no eran ni de lejos tan largas como las del macho. Además de las tres cabras adultas que estaban sobre el tejado, había dos crías con ellas. Las crías solo tenían dos meses y su tamaño era apenas un cuarto del tamaño del macho pero, subidas en el tejado, entre las cinco parecían un montón de cabras.

—William, dile a Handsome que vaya al centro y busque a Pa para que venga a casa a bajar de ahí esas cabras —me dijo.

Handsome estaba limpiando la cocina y todo lo que tuve que hacer fue asomarme al borde del porche y llamarle. Salió y me preguntó qué queríamos.

—Lo primero que quiero que hagas, Handsome Brown —dijo Ma furiosa— es decirme qué diablos pretendías trayendo esas cabras aquí.

—Solo hice lo que el señor Morris me dijo que hiciera, como siempre hago cuando usted o el señor Morris me dicen que haga algo, señá Marta —repuso, dando saltitos de un pie a otro—. El señor Morris dijo que quería traer las cabras esas a casa y me dijo que las trajera y yo he hecho justo eso. No puede culparme mucho por hacer lo que el señor Morris me ha mandao, señá Marta.

—¿Por qué no le dijiste al señor Morris que tenía que preguntarme a mí primero? —dijo—. Deberías haberlo hecho, ¿no?

—Sí, señora, lo pensé, pero cuando iba a mencionárselo al señor Morris, el señor Morris dijo «Al diablo lo que digas», justo eso, y por eso acabé trayéndolas aquí como las he traído.

Ma se puso más furiosa que nunca. Tomó un leño y se lo arrojó a las cabras que estaban en lo alto de la casa pero el leño no llegó ni a la mitad del camino. Se estrelló contra un lateral, haciendo un gran ruido y dejando una marca en el alero.

—Ve al centro ahora mismo y busca al señor Morris —le dijo a Handsome— y dile que quiero verle inmediatamente. Mira en la barbería y en la ferretería y en cualquier lugar en el que pueda andar ganduleando. Y no te atrevas a volver sin él, Handsome Brown. Esta vez no quiero oír ninguna excusa.

—Sí, señora, señá Martha —dijo Handsome, y salió trotando en busca de Pa.

Las cabras se paseaban por el borde del caballete del tejado, mirando unas veces al patio en donde estábamos Ma y yo y otras al otro lado de la calle. Se habían encaramado allí saltando de la pila de leña a la leñera y de la leñera al tejadillo del porche, luego al tejado de la cocina y desde allí a la parte central de la casa. Estaban como a dos plantas y media del suelo y era un bonito espectáculo ver a las tres grandes cabras y a las dos pequeñas crías caminar en fila india por lo más alto del tejado.

Se detuvieron y nos miraron desde arriba, el macho rumió un poco más, haciendo que su barba se menease, y parecía exactamente como si nos hiciera burla.

Ma se puso a buscar otro trozo de leña para arrojárselo pero estaba demasiado furiosa para encontrarlo. Agitó el puño en dirección a ellas y luego se metió rápidamente en casa.

Yo me quedé sentado un minuto en la escalera pero Ma volvió y me cogió del brazo.

—William, ve a la parte delantera y mira a ver si llega Pa —dijo, empujándome escaleras abajo—, y en el momento en que lo veas venir por la calle corre a decírmelo. Las señoras estarán aquí en cualquier momento.

Di la vuelta a la casa y me situé junto al portón frente a la calle. No tuve que esperar mucho porque lo primero que oí fue a Pa y a Handsome que hablaban. Venían a paso rápido.

—¿Qué ocurre, hijo? —preguntó Pa, mirando a las cinco cabras en el tejado—. ¿Algo va mal?

—Ma dice que hay que bajar a las cabras del tejado antes de que lleguen las señoras de la reunión —le dije.

—Eso es de lo más fácil —respondió, doblando a toda prisa la esquina de la casa en dirección al patio—. Vamos, Handsome, espabílate.

—¿Yo, señó Morris? ¿Me dice a mí? —dijo Handsome. Handsome no podía caminar rápido. Siempre decía que le dolían los empeines cuando intentaba caminar rápido. Si tenía que apresurarse trotaba.

—Rápido, Handsome —dijo Pa—. Deja de quejarte.

Fuimos hasta el patio y Pa contempló durante un rato a las cabras asomadas al caballete del tejado antes de decir nada. Le gustaban las cabras casi tanto como a mí y por eso las quería en el pueblo, donde pudiera verlas todos los días. Cuando estaban en la granja en el campo a veces no las veíamos en una semana, porque no íbamos todos los días.

Las cabras habían dejado de pasearse de un sitio a otro y nos miraban para ver qué haríamos.

—Handsome —dijo Pa—, ve a por la escalera de mano y ponla contra el tejadillo del porche.

Handsome tomó la escalera y la colocó como Pa le había dicho.

—¿Y ahora qué hacemos, señor Morris? —preguntó Handsome.

—Sube y échalas para abajo —dijo Pa.

Handsome alzó la vista y miró al enorme macho. Se apartó de la escalera.

—Tengo miedo de subir ahí donde está ese enorme macho, señor Morris —dijo—. Tiene el par de cuernos más malos que he visto en toa mi vida. Si no le da más, señor Morris, no tengo muchas ganas de subir ahí arriba. Mis empeines me han estao doliendo to el día. No me siento muy bien.

—Déjate de cháchara, Handsome —dijo Pa— y sube ahí arriba tal como te he dicho. A tus empeines no les pasa nada, ni hoy ni ningún otro día.

En ese momento apareció Ma, prendiéndose el blanco cuello almidonado en el vestido que se ponía cuando había visitas. Se detuvo en la escalera y nos miró a Pa y a mí.

—Oye, Martha —dijo Pa, hablando muy deprisa—, no te preocupes ni lo más mínimo. Handsome y yo bajaremos esas cabras en un periquete.

—Será mejor que las bajes en un periquete —dijo Ma—. No me he sentido más ridícula en toda mi vida. Todas esas señoras llegarán para la reunión del Círculo en cualquier momento. ¿Qué dirá la gente si ve un montón de cabras paseándose por el tejado de mi casa?

—Bueno, cálmate, Martha —dijo Pa—. Handsome ahora sube.

Handsome aún permanecía apartado de la escalera. Pa se acercó a él y le dio un empujón.

—Date prisa y haz lo que te he dicho —ordenó Pa, arrastrándole de nuevo hacia la escalera.

Handsome se removi6 nervioso he intentó demorarse mientras se ajustaba los pantalones y se abotonaba la camisa, pero finalmente empezó a subir la escalera. Trepó hasta lo alto y se subió al tejadillo del porche. Luego empezó a descender de nuevo.

—Handsome Brown —dijo Ma, corriendo hacia el patio donde estábamos nosotros—, como te bajes de esa escalera sin haber echado las cabras del tejado, no volveré a darte un bocado en lo que me queda de vida. Ya puedes hacerte a la idea de largarte a alguna parte a desfallecer de hambre hasta morir si no haces lo que el señor Morris te ha dicho.

—Pero, señá Martha, los empeines me han empezao a doler terriblemente.

—Te lo advierto, Handsome Brown —dijo Ma, pateando el suelo con el pie—, y pienso hacer exactamente lo que he dicho.

—Pero señá Martha, yo...

—Te lo advierto por última vez —dijo Ma.

Handsome alzó la vista hacia las cabras, luego miró a Ma otra vez y después trepó hasta el tejado de la cocina. Cuando hubo llegado bajó la vista para ver si le mirábamos.

En ese momento, Ma oyó llegar a algunas de las señoras por la calle. Se las oía

casi a una manzana de distancia. Ma agitó un dedo en dirección a Handsome y corrió adentro para cerrar la puerta principal, de manera que las señoras no pudieran entrar a casa. Pensaba que si hacía eso se sentarían en el porche, porque de otro modo podrían recorrer la casa y salir por el porche trasero y ver lo que estaba pasando.

Pa y yo nos sentamos sobre la pila de leña y contemplamos a Handsome. Este había alcanzado la parte superior del tejado de la cocina y estaba despatarrado sobre el caballete del tejado, agarrado a las tablillas. Parecía miserablemente pequeño allá arriba.

—Procura que ninguna de esas cabras se haga daño o se caiga —le gritó Pa—. Y ten cuidado de que esas crías no se vean envueltas en una estampida y las vayan a arrojar al suelo. Como les pase algo a esas cabras te desuello vivo.

—Tomo nota de cada palabra, señor Morris —gritó Handsome—. Pero puedo decir que nunca vi un sitio tan resbaladizo en toa mi vida. Pero lo hago lo mejor que puedo. Cada vez que me muevo tengo miedo de ir a caerme sobre el duro suelo. Tengo miedo hasta de respirar, señor Morris.

Esperó, haciendo tiempo, a ver si Pa decía algo más. Después de un rato se convenció de que Pa no iba a contestarle y avanzó lentamente por el caballete hacia el tejado principal. Cuando llegó a lo más alto de la inclinación, volvió a mirar al suelo, cerró los ojos al verlo y dejó de mirar.

—Procura que esas cabras no se hagan daño —gritó Pa.

—Sí, señor Morris —dijo Handsome con voz lejana—. Lo hago lo mejor que puedo.

Llegó al borde del tejado principal y trepó por él. Desde allí hasta lo más alto, donde estaba el caballete, parecía haber más distancia que la que Handsome ya había recorrido. Avanzó lentamente sobre la inclinada pendiente hasta que sus dedos consiguieron agarrarse al caballete. Resultó fácil ascender lo que restaba hasta la parte superior. Al llegar allí pasó una pierna por encima y se sentó a horcajadas sobre el caballete, agarrándose a él con todas sus fuerzas.

Las cabras se habían alejado hasta el extremo del tejado, fuera del camino de Handsome. Para poder dirigir las hacia abajo tenía que deslizarse a lo largo del caballete hasta donde se habían detenido y hacer que volvieran al tejado de la cocina, desde donde podrían saltar al porche y a la leñera y finalmente a la pila de leña.

Handsome había recorrido medio camino cuando pareció que al macho se le había metido en la cabeza hacer las cosas a su modo. En ese momento el macho avanzó y todas las cabras le siguieron, la grande al frente, las medianas en el medio y las pequeñas crías detrás. Handsome vio como se acercaban, especialmente el macho, porque bajó la cabeza hasta que sus cuernos sobresalieron en el aire como pararrayos.

—¡Espera un minuto! —chilló Handsome, dirigiéndose a la enorme cabra—. ¡Espera un minuto, te digo!

La cabra siguió avanzando hacia él. Cuando estaba a un metro de Handsome se detuvo, rumió media docena de veces y lo miró fijamente a los ojos.

Mientras se miraban fijamente uno al otro, Ma se precipitó al patio para ver si las cabras ya habían bajado del tejado.

En ese momento el macho embistió y se fue derecho hacia Handsome con la cabeza baja y las pezuñas detrás. Handsome vio a la cabra llegar con tiempo suficiente para esquivarla pero el problema es que no había a donde lanzarse, salvo echarse boca abajo. Handsome aferró las tablillas con los dedos y se sostuvo con todas sus fuerzas.

—¡Cuidado, Handsome! —gritó Pa cuando vio lo que estaba sucediendo.

Pa empezó a saltar y a agitar los brazos en dirección a la cabra. Nada de esto sirvió de nada, de todos modos, puesto que la cabra volaba hacia Handsome con todo su empuje. Por un instante resultó difícil saber qué iba a pasar, porque después de que el macho embistiera a Handsome, ambos parecieron quedar detenidos, como dos letreros recortados contra el cielo.

—¡Agárrate, Handsome! —gritó Pa.

Lo siguiente que supimos fue que Handsome descendía por la pendiente del tejado, de espaldas, sobre su trasero. Se deslizó de ese modo medio camino y luego empezó a dar vueltas como una peonza. No habíamos hecho más que ver aquello cuando abandonó el tejado y se dirigió hacia el patio. Nos preguntamos dónde aterrizaría Handsome. El suelo del patio era duro y terroso y no había nada como la pila de leña del otro lado del patio para frenar su caída. Pero antes de que supiéramos qué había ocurrido, Handsome desapareció completamente del patio y dejó de vérselo. Había atravesado la cubierta del pozo como una bala.

—¡Dios Todopoderoso! —gritó Ma—. ¡Handsome ha desaparecido!

Se tambaleó y se desmayó sobre el patio. Pa se detuvo a recogerla pero la dejó allí tras levantarla a medias del suelo y corrió al pozo para ver qué había sido de Handsome. Todo había sucedido tan rápidamente que no hubo tiempo de pensar en ello. Las tablas que cubrían el pozo se habían deshecho como si una enorme roca de noventa kilos de peso hubiera caído sobre ellas.

Pa y yo corrimos por el patio hasta llegar al pozo. Una vez allí nos asomamos. Al principio no pudimos ver nada porque estaba oscuro como boca de lobo. Pa llamó a gritos a Handsome y el eco rebotó como una pelota de goma, ensordeciéndonos.

—¡Contesta, Handsome! —volvió a gritar Pa—. ¡Contesta!

Ma se levantó y cruzó el patio tambaleándose hasta donde estábamos nosotros. Le costaba trabajo sostenerse y hacía esos, como el señor Andy Howard los sábados por la noche. Aún estaba mareada a causa de su desmayo cuando nos alcanzó.

—Pobre Handsome Brown —dijo Ma, agarrándose al brocal para sostenerse—. Pobre Handsome Brown. Era el mejor morenito que habíamos tenido. Pobre Handsome Brown.

Pa estaba ocupado desatando la polea para echarla al pozo junto con el cubo lo antes posible.

—¡Cállate, Martha! —dijo con un extremo de la boca—. ¿No ves lo ocupado que

estoy tratando de sacar la soga para echarla ahí abajo junto con el cubo?

—Pobre inocente Handsome Brown —dijo Ma limpiándose algunas lágrimas de los ojos y sin prestar la menor atención a Pa—. Ojalá no le hubiera regañado tanto cuando estaba vivo. Era el mejor morenito que habíamos tenido. Pobre inocente Handsome Brown.

—¡Cierra el pico, Martha! —le gritó Pa—. ¿No ves lo ocupado que estoy con lo que estoy haciendo?

A esas alturas, Ma ya se había recuperado de su desmayo y era capaz de mantenerse en pie sin sujetarse a nada. Se asomó sobre el brocal y miró adentro.

—¿Estás ahí, Handsome? —gritó Pa hacia el interior del pozo.

Durante un rato no hubo respuesta. Nos inclinamos sobre el pozo tanto como pudimos y miramos dentro. Al principio no se veía nada pero, poco a poco, dos grandes bolas blancas redondas empezaron a brillar en el fondo. Parecían estar a un kilómetro de distancia. Enseguida se hicieron más brillantes y parecían los ojos de un gato en una noche oscura cuando los iluminas con una linterna.

—¿Puedes respirar bien, Handsome? —gritó Pa.

—Puedo respirar bien, señó Morris —respondió Handsome—, pero los empeines me duelen terriblemente.

—¡Qué tonterías dices! —dijo Pa—. A tus empeines no les ocurre nada. ¿Puedes ver bien?

—No veo nada —dijo Handsome—. Me he quedao más ciego que un murciélago. No veo nada de nada.

—Eso es porque estás en el fondo del pozo —dijo Pa—. Nadie podría ver nada ahí dentro.

—¿Es ahí dónde estoy? —preguntó Handsome—. Alabao sea Dios, señó Morris, ¿por eso hay tanta agua? Cuando me vi aquí pensé que estaba en el infierno. Estaba seguro de que me habían mandao allí derechito. ¿Cuándo va a sacarme de aquí, señó Morris?

—Agárrate al cubo con la soga y te sacaré de ahí en nada de tiempo —le dijo Pa.

Handsome se agarró al cubo y tiró de la soga hasta que Pa volvió a asomarse.

—Señó Morris, ¿por favor, señó? —llamó Handsome.

—¿Qué quieres ahora?

—Cuando me saque de aquí no me hará volver a subirme al tejao con esas cabras, ¿verdá?

—No —dijo Pa, enrollando la soga—. Esas malditas cabras pueden quedarse en lo alto de la casa hasta que tengan suficiente hambre para bajar por su cuenta.

Nos habíamos olvidado de las cabras con lo ocupados que estábamos preocupándonos por Handsome. Ma se volvió y miró hacia el tejado. Agitó el puño en dirección a las cabras con gesto iracundo. Todas se habían desplazado al otro extremo del tejado, cerca de la cocina, y estaban allí quietas observándonos.

El macho miró fijamente a Ma a los ojos y dejó de rumiar mientras lo hacía. Ma y

el macho actuaban como si estuvieran compitiendo para ver quién apartaba la vista antes.

En ese momento, quince o veinte de las señoras que habían acudido a la reunión del Círculo asomaron sus cabezas por la esquina de la casa y nos contemplaron en el patio trasero. Se juntaron al encontrar la puerta principal cerrada y decidieron rodear la casa para ver qué ocurría. Vieron las cabras en el tejado cuando venían por la calle y sintieron curiosidad por saber qué estábamos haciendo allí para armar tanto jaleo.

—Dios santo, Martha Stroup —dijo una de ellas—. ¿Qué está pasando ahí? ¡Esas cabras en lo alto de tu tejado es lo más gracioso que haya visto en mi vida!

Ma se volvió en redondo y miró a las señoras. No dijo una palabra pero se llevó las manos a la cara, como si tratara de esconderse tras ellas, y luego se metió rápidamente en casa por la puerta trasera. La cerró de un portazo y echó la llave. Enseguida las señoras se dirigieron a la puerta principal pero, tras llamar a la puerta un buen rato, desistieron de poder entrar y se fueron todas calle abajo. Seguían volviéndose de vez en cuando para mirar a las cabras en el tejado y sus risas sonaban lo bastante alto como para que se oyesen en todo el pueblo.

Mi viejo y la viuda abandonada

Cuando mi viejo se levantó más temprano de lo habitual y salió de casa sin decir adónde iba, Ma estaba tan ocupada con la colada que no le preguntó nada.

Normalmente, cuando salía y Ma le preguntaba adónde iba, él respondía que tenía que ver a alguien en la otra parte del pueblo para tratar algo, o que tenía algún asunto que atender no muy lejos. No sé lo que hubiera respondido esa mañana si Ma no hubiera estado tan ocupada como para preguntarle.

En cualquier caso, se había levantado antes que nadie, había ido derecho a la cocina y se había preparado su propio desayuno. Para cuando yo estuve levantado y vestido, ya había acabado de enganchar a *Ida* al carro. Se encaramó al asiento y enfiló hacia la calle.

—¿Puedo ir contigo, Pa? —le pregunté. Corrí calle abajo junto al carro, agarrándome al varal y suplicando que me dejara subir—. ¡Por favor, déjame ir contigo, Pa! —dije.

—Hoy no, hijo —contestó, fustigando a *Ida* con las riendas y poniéndola al trote—. Si te necesito más tarde, mandaré a por ti.

Se alejaron traqueteando calle abajo y se perdieron de vista en la esquina.

Cuando volví a casa, Ma estaba en la cocina encendiendo la estufa de carbón. Me senté y esperé el desayuno pero no dije nada de Pa. Me hacía sentir triste que me dejaran a un lado cuando Pa e *Ida* se iban a alguna parte y no me apetecía hablar, ni siquiera con Ma. Así que me quedé sentado a la mesa, junto a la estufa, y esperé.

Ma desayunó a toda prisa y salió al patio para encender el fuego bajo la tinaja.

Esa tarde una de las vecinas, la señora Singer, que vivía una manzana más abajo, se presentó en nuestro patio. Yo la vi antes que Ma porque había estado sentado en un escalón del porche casi todo el día, esperando el regreso de Pa.

La señora Singer se acercó al banco en el que Ma estaba lavando. Se quedó de pie y durante un rato no dijo nada. Luego se inclinó sobre el barreño y le preguntó a Ma si sabía dónde estaba Pa.

—Lo más probable es que esté durmiendo en alguna parte, a la sombra —dijo Ma sin ni siquiera alzar la vista de la tabla de lavar—. A no ser que le dé demasiada pereza quitarse del sol.

—Hablo muy en serio, Martha —dijo la señora Singer, acercándose a Ma—. Muy en serio.

Ma se volvió y me vio en el porche.

—Entra en casa, William —dijo enfadada.

Me levanté del porche y me fui a la puerta de la cocina. Desde allí podía oír exactamente igual.

—Bien, Martha —dijo la señora Singer inclinándose y apoyando las manos en el borde de la tinaja—. No soy una cotilla y no quiero que pienses ni lejanamente que lo soy. Pero creo que deberías saber la verdad.

—¿De qué se trata? —preguntó Ma.

—El señor Stroup está en casa de la señora Weatherbee en este preciso momento —dijo rápidamente—. Y eso no es todo. Además lleva en su casa el día entero. ¡Ellos dos solos!

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ma, irguiéndose.

—Pasé por allí y lo vi con mis propios ojos, Martha —aclaró la señora Singer—. En ese mismo instante decidí que era mi deber contártelo.

La señora Weatherbee era una joven viuda abandonada que vivía sola a la salida del pueblo. Solo llevaba casada dos meses cuando su marido la dejó una mañana para no volver más.

—¿Qué está haciendo Morris Stroup en ese sitio? —dijo Ma, alzando la voz como si culpase de todo a la señora Singer.

—No soy quién para decirlo, Martha —dijo esta retrocediendo—. Pero consideraba un deber cristiano advertirte.

Se alejó del patio y desapareció por la esquina de la casa. Ma se inclinó y agitó el agua de la tinaja hasta que se desparramó una gran cantidad. Después de un minuto o dos dio media vuelta y cruzó el patio, mientras se secaba las manos en el delantal.

—William —dijo llamándome—, métete en casa y no te muevas de ahí hasta que yo vuelva. Quiero estar segura de que me obedeces. ¿Me has oído, William?

—Te he oído, Ma —dije, retrocediendo hacia la puerta.

Se fue por el patio a toda prisa y enfiló calle arriba. Iba en dirección a la casa de la señora Weatherbee, que vivía aproximadamente a un kilómetro de nuestra casa.

Me quedé oculto en el porche hasta que Ma cruzó la calle en la siguiente esquina, y luego rodeé la casa y atajé por el solar abandonado del señor Joe Hammond, siguiendo el arroyo. Conocía un atajo a la casa de la señora Weatherbee porque había pasado junto a ella un montón de veces cuando iba a cazar conejos con Handsome Brown. Handsome siempre había dicho que era buena idea conocer atajos a todas partes, porque nunca se sabía cuándo podría necesitarse tener uno a mano. Me alegré de conocer un atajo a casa de la señora Weatherbee porque Ma me habría visto si hubiera ido tras ella.

Corrí todo el tiempo y me mantuve cerca de los sauces que bordeaban el arroyo, tal como Handsome y yo hacíamos siempre que íbamos a cazar conejos. Justo antes de llegar a casa de la señora Weatherbee, me detuve y miré alrededor buscando a Pa. No pude verle por ninguna parte cerca de la casa de la señora Weatherbee. Tampoco la vi a ella.

Luego crucé el arroyo y corrí por el sendero hacia la casa, siempre cerca de la valla, que estaba cubierta de brotes de madreSelva.

No me llevó mucho tiempo llegar hasta el jardín y, en cuanto miré desde el poste de la esquina, vi a *Ida* detenida junto a la cancela. Todo lo que hacía era estar allí quieta espantando moscas con la cola. Creo que debió reconocerme, porque alzó las orejas y las mantuvo tiasas en el aire mientras me miraba.

Había empezado a arrastrarme alrededor de la valla del jardín cuando miré a través del patio trasero de la señora Weatherbee y vi a Ma que venía al trote. Saltaba por encima de las hileras de algodón, derecha hacia el patio trasero.

En ese momento oí la risita de la señora Weatherbee. Miré hacia la casa y ni siquiera tuve que ponerme de pie para ver a mi viejo. La señora Weatherbee estaba allí, soltando risitas como si hubiera perdido la cabeza, exactamente igual que hacen las chicas en la escuela cuando tienen un secreto. Al principio lo único que pude ver fueron las piernas y los pies desnudos de la señora Weatherbee al balancearse sobre un lado del porche. Luego vi a mi viejo sentado en el suelo mientras le hacía cosquillas con una pluma de gallina. La señora Weatherbee estaba tirada de espaldas en el porche y él le cosquilleaba en los pies desnudos con todo su entusiasmo. Cada cierto tiempo, cuando las risas eran más altas, parecía saltar sobre el suelo. Ella se había quitado los zapatos y las medias, porque pude verlos amontonados en el porche.

La señora Weatherbee no era vieja como las otras mujeres casadas, porque aún iba a la escuela secundaria del pueblo cuando se casó aquella primavera y solo llevaba tres o cuatro meses como viuda abandonada. Estaba allí en el porche, tumbada de espaldas, retorciéndose, pateando con los pies sobre el borde del porche, al tiempo que gritaba y reía como si fuera a morir si mi viejo no dejaba de hacerle cosquillas con la pluma de gallina. De vez en cuando se reía todo lo alto que podía y eso lo hacía todo más divertido que nunca, porque cuando lo hacía mi viejo saltaba en el aire como un canguro.

Había olvidado por completo a Ma, porque estaba muy atareado escuchando a la señora Weatherbee y mirando a mi viejo, pero en ese momento alcé la vista a través del patio y vi llegar a Ma. Iba derecha hacia al porche donde estaban ellos.

Todo ocurrió entonces tan rápido que resultaba difícil saber qué estaba pasando. Lo primero que supe después de eso fue que Ma agarró a mi viejo por el pelo y lo arrojó hacia atrás, con los pies en el aire. Luego agarró uno de los pies desnudos de la señora Weatherbee y lo mordió con toda la fuerza de que fue capaz. La señora Weatherbee dejó escapar un grito que debieron oírlo en todo Sycamore.

Entonces, la señora Weatherbee se incorporó y Ma la agarró, tirando fuertemente del cuello de su vestido de algodón. Se lo arrancó como si fuera un trozo de papel de pared flojo. La señora Weatherbee gritó de nuevo cuando vio rasgarse su vestido.

A esas alturas, Ma se había vuelto hacia mi viejo. Este estaba sentado en el suelo, demasiado asustado para moverse ni un centímetro.

—¡Qué significa esto, Morris Stroup! —le gritó.

—Caramba, Martha, solo vine aquí para hacer una buena acción por una pobre viuda —dijo, mirando a Ma del modo en que lo hacía cuando estaba asustado—. Su huerta de verduras necesitaba cuidados, así que enganché a *Ida* y vine a cultivar un poco para ella.

Ma se dio la vuelta y volvió a agarrar a la señora Weatherbee. Esta vez la única forma que tuvo de agarrarla fue tomarla por el pelo.

—¡Imagino, Morris Stroup —dijo Ma, volviendo la cabeza y mirando a mi viejo — que hacerle cosquillas en los pies a una viuda abandonada con una pluma de gallina hace crecer mejor las verduras de la huerta!

—Bueno, Martha —dijo él, desliziéndose hacia atrás en el suelo para alejarse de ella—, no lo pensé así, la verdad. Solo quise ser amable con una mujer viuda cuando vi que sus verduras crecían raquíicas.

—¡Cállate, Morris Stroup! —espetó Ma—. Lo próximo que harás será echarle la culpa a *Ida*.

—Bueno, Martha —dijo mi viejo, desliziéndose un poco más sobre su trasero—, ese no es modo de ver las cosas. Es una pobre viuda.

—Veré las cosas como me dé la gana —dijo Ma, golpeando el suelo con los pies—. Yo tengo que estar todo el santo día bregando para poner suficiente comida en la mesa y mantener unidos cuerpo y alma mientras tú vas por el campo con una mula cultivando los huertos de viudas abandonadas. Por no mencionar además lo de hacer cosquillas en pies desnudos con plumas de gallina. ¡Bonito ejemplo!

Mi viejo abrió la boca como si quisiera decir algo pero Ma dejó libre a la señora Weatherbee y le sujetó por los tirantes de su peto antes de que pudiera decir ni una sola palabra. Luego le arrastró a paso rápido hasta el poste del jardín al que estaba atada *Ida*. C cogió a *Ida* por la brida con una mano, aún con a mi viejo en la otra, y enfiló a través del campo de algodón en dirección a casa. *Ida* debió darse cuenta de que algo iba mal, porque trotaba para mantener el paso de Ma sin que nadie se lo dijera.

Corrí por el sendero hasta el arroyo y me apresuré a llegar a casa por el atajo. Llegué apenas un minuto antes que ellos.

Cuando Ma alcanzó el patio trasero con *Ida* y mi viejo, no pude evitar reírme un poco por lo bajo ante el aspecto que ambos tenían. *Ida* parecía tan avergonzada como mi viejo.

Ma me vio de pie en el porche.

—Deja de hacer eso, William —dijo enfadada—. A veces creo que eres tan malo como tu padre.

Mi viejo paseó los ojos alrededor y me miró. Me guiñó el ojo derecho y cruzó el patio en dirección al establo de *Ida*, tras mi madre y más dócil que un cachorro. En el momento en que entraban en el cobertizo, mi viejo se agachó y recogió una pluma que una de las gallinas había perdido. Mientras Ma metía a *Ida* dentro, se guardó la pluma en el bolsillo sin que nadie lo viera.

La vez que Ma pasó el día en casa de tía Bessie

Ma se levantó temprano, preparó el desayuno y lo dejó calentándose en la cocina para nosotros. Yo ya estaba despierto pero mi viejo aún tenía la cabeza enterrada bajo las sábanas cuando ella salió con *Tío Ben* a pasar el día con la tía Bessie en el campo. En cuanto se fue, Pa atisbó por encima del cobertor y me preguntó si Ma había dicho algo antes de salir con *Tío Ben*. Yo le dije que no había dicho una palabra porque pensaba que ambos estábamos aún dormidos.

Mientras nos vestíamos, Pa dijo que tendríamos que intentar arreglárnoslas por nuestra cuenta lo mejor posible hasta que Ma volviese por la noche. Ma siempre iba una vez cada verano, y a veces dos, a pasar el día con su hermana, y aún iría más a menudo si no temiera lo que pudiera pasar mientras estaba fuera.

—No hay nada como estar a nuestro aire —dijo Pa—, aunque solo sea por un día. Es un gustazo a veces no tener mujeres cerca.

Tras el desayuno mi viejo salió al sol y se estiró. Ya hacía calor a aquella hora y no había una nube a la vista.

—Qué día tan bueno —dijo, volviéndose y mirándome—. El sol brilla y tenemos el mundo entero ante nosotros. Es una pena que tu madre no decida pasar el día con tu tía Bessie más a menudo.

Se dirigió a la valla y se apoyó en ella. Le vi mirar el jardín y contemplar a varios gorriones que escarbaban bajo los repollos. Tras un rato tomó una piedra y se la arrojó.

—Vámonos a pescar, hijo —dijo volviéndose—. Es un día estupendo para eso. Engancha a *Ida*.

Fui derecho al establo, saqué a *Ida* al patio y empecé a cepillarla con la rascadera. Pa me dijo que la cepillara bien y que luego la enganchara al carro.

—Saldremos en cuanto vuelva del almacén —dijo—. Tengo que comprarme un paquete de tabaco.

Fue al gallinero, tomó un par de huevos del ponedero y se los metió en el bolsillo para canjearlos por el tabaco.

—Cepilla a *Ida* hasta que esté limpia y reluciente, hijo —ordenó, enfilando la calle—. Quiero que *Ida* tenga buen aspecto en un día tan bueno como este.

—¿Quién va a buscar los cebos, Pa? —le pregunté.

Se detuvo y pensó durante un minuto y dijo que le dijera a Handsome Brown que buscara unos gusanos.

Mi viejo se fue calle abajo camino del almacén y yo llamé a Handsome. Handsome sonreía de oreja a oreja cuando llegó donde estaba cepillando a *Ida*.

—Estoy contentísimo de que el señor Morris diga que iremos a pescar —dijo Handsome—. Hacía mucho que me escocían las ganas de ir a pescar.

Cogió la pala y se fue junto al establo, donde la tierra estaba húmeda a la sombra del árbol del paraíso. Enseguida se puso a escarbar en busca de gusanos.

Handsome regresó con una lata de tomate llena de gusanos mientras yo enganchaba a *Ida* al carro. Nos subimos en él y nos sentamos a esperar que volviera Pa. No tardó en aparecer pero venía más rápido de lo que yo le había conocido en mucho tiempo. Venía casi corriendo.

Llegó a toda prisa al carro y ya iba yo a darle las riendas cuando cogió a *Ida* por la brida y la llevó hasta el poste de la valla. La ató a toda prisa.

—¿Qué ocurre, Pa? —pregunté.

—No penséis ahora en ir a pescar —dijo—. La pesca puede esperar. Tenemos que ocuparnos de otra cosa inmediatamente.

—¿Por qué, Pa? —pregunté—. ¿Por qué no podemos ir a pescar?

—Señó Morris —dijo Handsome, poniéndose de pie en el carro—. He conseguido una lata llena hasta los topes de los mayores gusanos que haya visto nunca. Será un desperdicio que no vayamos al arroyo a usarlos. Son gusanos muy buenos, señó Morris.

Mi viejo se dirigió al patio trasero mientras nos hacía señas con las manos para que le siguiéramos. Nos bajamos del carro para ver lo que iba a hacer.

Al llegar al patio trasero, vi que Pa se arrodillaba y se arrastraba bajo el porche. No sabía qué es lo que estaba haciendo allí, así que me arrastré tras él.

—¿Qué estás buscando aquí abajo, Pa? —le pregunté—. ¿Qué hay bajo la casa?

—Trozos de hierro viejo, hijo —dijo. Empezó a rastrillar la tierra dura y polvorienta con los dedos. En un minuto o dos había desenterrado un trozo de hierro oxidado que parecía la rueda de una vieja máquina de coser—. Hay un montón de trozos de hierro viejo tirados por todo el lugar, y ha llegado la hora de recogerlos. Hay un hombre en el centro que compra toda la chatarra de hierro que le trae la gente y paga buen dinerito, a cincuenta centavos los cuarenta y cinco kilos. No puedo permitirme dejar pasar una oportunidad como esta sin hacer algo al respecto. El hombre podría no volver nunca más a Sycamore y sería una gran pérdida no hacernos con ese dinero fácil. A trabajar y a recoger todos los trozos de hierro que encontremos.

Me volví y vi a Handsome que se arrastraba de rodillas detrás de nosotros.

—¿Qué estamos haciendo aquí, bajo la casa, señó Morris? —preguntó.

—Recogiendo chatarra de hierro —dijo Pa—. Ponte a ayudarnos.

—¿Quién quiere perder su tiempo recogiendo viejos trozos de hierro —dijo Handsome— cuando podemos irnos a pescar?

—Cállate, Handsome —dijo Pa—. No vuelvas a hablarme así. Ponte a trabajar como te he dicho.

Handsome se arrastró bajo la parte principal de la casa murmurando algo para sí mismo. Pude ver cómo se detenía de vez en cuando y rebuscaba hierro en el polvo pero no parecía que le preocupase mucho encontrarlo o no.

—¿Podremos ir a pescar cuando terminemos de recoger el hierro viejo, Pa? —pregunté.

—Iremos en cuanto lo tengamos todo recogido y vendido —respondió—. Si todos arrimamos el hombro y trabajamos duro, terminaremos en nada de tiempo. Aún tendremos lo mejor del día para ir a pescar antes de que tu madre vuelva por la noche.

Encontramos tres o cuatro trozos de una vieja cocina y un viejo aro de la rueda de un carro. Lo llevamos todo al patio y lo apilamos junto a la cerca. Después hallamos un montón de trozos de hierro viejo en la leñera y Handsome descubrió una tinaja vieja bajo la escalera del porche. Pa localizó una pesada rueda de hierro y la echó a la pila. Después de eso trabajamos tan duro como pudimos durante casi otra hora, revolviendo en la basura, recogiendo todas las viejas herraduras que *Ida* había usado y buscando por todas partes cualquier cosa que fuese de hierro.

A media mañana, Pa se detuvo y contempló la pila que habíamos juntado.

—No había por aquí tanto hierro viejo como pensé al principio —dijo—. Tendremos suerte si toda esa chatarra pesa noventa o cien kilos. Necesitamos unos quinientos kilos para que de verdad dé dinero. Quinientos quilos serían unos cinco dólares una vez vendidas al hombre.

—Quizá no valga la pena echarle tanto esfuerzo, señó Morris —dijo Handsome—. Todavía tenemos tiempo para ir a pescar.

—Cállate, Handsome —dijo Pa—. Se me ha metido en la cabeza hacer algo de dinero con toda esta chatarra y pienso hacerlo. Ahora cállate y sigue buscando.

Nos envió a la parte delantera de la casa para seguir buscando y mientras lo hacíamos él salió por la puerta del patio y se internó en el sendero. Handsome y yo encontramos varias bisagras oxidadas y las echamos al montón.

Mientras descansábamos sentados, mi viejo apareció tambaleándose por el sendero, cargado con un enorme montón de hierro. Traía la palanca de una bomba de agua, un par de planchas, la hoja de un hacha, una tinaja de hierro y un montón más de cosas. Todas las piezas parecían bastante más nuevas que las que habíamos encontrado por casa y la tinaja aún estaba caliente de haber estado sobre el fuego. Lo arrojó todo a la pila y volvió a salir por la puerta hacia el sendero.

Cuando volvió la siguiente vez llevaba aún más cosas que antes. Iba tan cargado que sus rodillas flaqueaban mientras caminaba y apenas pudo alcanzar la valla antes de dejarlo caer todo en la pila. En el segundo viaje había traído un juego de relucientes llaves inglesas, un par de tenazas para el fuego y un atizador, una pesada sartén de hierro y un montón de otras cosas más pequeñas.

—No sé cómo habrá conseguido tantas cosas, señó Morris —dijo Handsome—. Yo he hecho to lo que he podío y no pude encontrar nada como eso.

Pa no dijo nada pero se secó la frente con la manga de la camisa.

—¿Y ahora qué haremos, Pa? —pregunté.

—Trae aquí a *Ida* con el carromato, hijo —dijo—. Lo cargaremos todo y luego iré a que el hombre me pague. Creo que debemos de llevar quinientos quilos o más. Eso supondrá más dinero del que había creído al principio.

Handsome y yo llevamos a *Ida* hasta la pila de chatarra y entre todos cargamos el

carro. Cuando hubimos terminado, Pa echó un trago del cubo de agua, se subió al carro y tomó las riendas.

—¿Todavía iremos a pescar, señó Morris? —dijo Handsome.

—Volveré en nada de tiempo —dijo Pa, fustigando el lomo de *Ida* con las riendas—. Volveré en cuanto consiga el dinero del hombre.

Handsome y yo nos sentamos en la escalera y contemplamos a Pa mientras se alejaba. Permanecimos sentados allí mucho tiempo y el sol iba ascendiendo más y más. Al cabo de un rato, Handsome entró para mirar el reloj. Para entonces, el sol ya caía de pleno.

Esperamos una hora más y entonces vi las grandes orejas de *Ida* que cabeceaban tras la cerca del jardín. Nos levantamos de un salto y fuimos a recibir a mi viejo. Este fustigó a *Ida* con las riendas y penetró en el patio.

—¿Iremos ahora a pescar, señó Morris? —volvió a preguntar Handsome—. Si no nos apresuramos en llegar al arroyo, no picará ya ningún pez en todo el día.

Pa saltó del carro, llevando en la mano un flamante par de botas de goma hasta la rodilla. Las posó en el suelo mientras nosotros las mirábamos.

—En cuanto obtuve los cuatro dólares del hombre —dijo Pa, contemplando las botas de goma—, lo primero en que pensé fue en este par de botas que vendían en el almacén de Frank Dunn. Hacía mucho que las necesitaba. No sé cómo me he arreglado sin ellas hasta ahora.

—¿Qué va a hacer con ellas, señó Morris? —preguntó Handsome.

—Ponérmelas, como es lógico —dijo Pa.

—Nunca vi que en este sitio tan lleno de arena haya habido barro suficiente como para necesitar unas botas de goma hasta la rodilla —repuso Handsome.

—Eso es porque nunca te has tomado la molestia de comprobar la humedad que hay cuando llueve —explicó Pa.

—Será eso —dijo Handsome—, pero siempre acaba por secarse media hora después de haber llovió, que es lo que se tarda en ir a por las botas y ponérselas. A mí me parece que podíamos haber dedicado ese tiempo perdido a ir a pescar. La señá Martha va a estar de vuelta esta noche y ya no tendré ocasión de ir a pescar hasta el año próximo. Seguro que hubiéramos pescao un montón mientras usted perdía el tiempo por ahí con esas botas.

—Será mejor que mires lo que hablas —dijo Pa—. Tengo media idea de ir hasta el arroyo y dejarte a ti aquí.

—Por favor, no haga eso, señó Morris —dijo Handsome—. No quería decir eso de las botas. Son las botas de goma más elegantes que he visto en toa mi vida. Es lo mejor que se puede tener a mano cuando llueve. Ojalá tuviera unas iguales, porque me sentiría mu orgulloso.

Pa fue hasta el cubo y echó otro trago de agua. Luego volvió y apoyó la mano en el carro.

—¿Dónde está la lata de gusanos, hijo? —preguntó.

Fui corriendo y traje los gusanos, y todos nos subimos al carro. Pa tomó las riendas y estaba a punto de fustigar a *Ida* en el lomo cuando la señora Fuller apareció corriendo por la puerta del sendero. La señora Fuller era una viuda que vivía una manzana más allá, al otro lado del sendero, y que alquilaba habitaciones. Tenía unos cincuenta o sesenta años y siempre andaba protestando por algo.

—¡Un momento, Morris Stroup! —dijo la señora Fuller, corriendo hasta el carro y arrebatándole las riendas de las manos a Pa.

Pa trató de bajarse del carro pero ella se interponía en su camino.

—¿Dónde están las cosas que ha cogido de mi porche trasero, Morris Stroup? —dijo—. ¡No tengo ni una gota de agua en casa ni puedo sacarla, porque usted se ha llevado la palanca de mi bomba!

—Debe de haber alguna confusión —dijo Pa—. Usted sabe que no soy el tipo de vecino que se lleva la palanca de una bomba.

—Uno de mis huéspedes lo vio colarse en mi patio trasero y salir con un montón de cosas, incluyendo la palanca de mi bomba, Morris Stroup —dijo ella, agitando su dedo ante Pa—. Se llevó usted mis planchas, mis tenazas y mi atizador y Dios sabe cuántas cosas más. ¡Bien, quiero que me las devuelva inmediatamente o llamaré al alguacil!

Handsome se deslizó fuera del carro y se alejó hasta la leñera. Apenas estaba abriendo la puerta de la leñera cuando mi viejo se volvió y lo vio.

—Vuelve aquí, Handsome Brown —dijo Pa.

Handsome se detuvo.

—Creo que le debo una disculpa, señora Fuller —dijo Pa—. Todo ha sido un enorme malentendido. Sucedió que paseaba por el sendero esta mañana y vi algunos trozos de hierro oxidado tirados por el suelo. Creí que trataba de deshacerse de ello, así que lo recogí y me lo llevé. Pensé que estaba haciéndole un favor. Ahora recuerdo que los muchachos anduvieron limpiando por los alrededores de nuestra casa y del sendero y por eso sus cosas se han mezclado con las nuestras.

—Será mejor que piense en hacerse un favor a sí mismo —dijo la señora Fuller—, si no quiere acabar en la cárcel.

Mientras mi viejo llamaba a Handsome, la señora Fuller se volvió y salió por la puerta del sendero.

—Handsome —dijo Pa—, tráeme esas botas de goma.

Handsome fue hasta el porche y trajo las botas.

—Ahora que te sirva de lección —dijo Pa—. Tienes que saber hacer algo mejor que tomar las cosas que te encuentras por ahí. Pueden pertenecer a alguien.

—¿Yo? —dijo Handsome todo tembloroso—. ¿Me está hablando a mí, señor Morris?

Pa le alargó las botas de goma. Handsome las sujetó pero al momento las dejó caer al suelo.

—Lleva estas botas al almacén del señor Frank Dunn y dile que no te sirven —

dijo Pa—. Luego pídele que te devuelva el dinero.

—¿Yo? —dijo Handsome, retrocediendo—. ¿Se refiere a mí, señor Morris?

Pa asintió.

—Luego, cuando te hayan devuelto el dinero de las botas —dijo mi viejo—, toma el dinero y ve donde está el hombre que compra chatarra y dile que has cambiado de opinión y que quieres que te devuelva las piezas. Dale los cuatro dólares y luego empieza a buscar en la pila y recoge todas las cosas que le vendiste. Cuando las tengas todas, especialmente la palanca de la bomba, cárgalas en el carro y tráetelas a casa. En cuanto vuelvas podrás llevarle a la señora Fuller las cosas que quiere.

—No se referirá a mí, ¿no, señor Morris? —preguntó Handsome—. ¿No estará algo confundido? Esas botas de goma no son mías y yo...

Pa recogió las botas y se las echó a Handsome entre los brazos.

—Hiciste que me avergonzara tanto de mí mismo por comprar unas botas de goma cuando no hay barro suficiente para necesitarlas que te las regalé.

—¿Eso hizo? —dijo Handsome—. ¿Cuándo hizo usted tal cosa, señor Morris?

—Justo hace un rato —contestó Pa.

—¡Yo digo, señor Morris —replicó Handsome—, que en toa mi vida he deseado tener unas botas de goma! ¡Es algo en lo que no he pensao nunca!

Handsome trató de devolvérselas a Pa pero mi viejo volvió a dárselas. Handsome seguía temblando y tratando de decir algo.

—Deja de discutir y haz lo que te mando —dijo Pa—. Odiaría verte ir camino de la cárcel en un día tan bueno como este.

Le alargó las riendas a Handsome y le empujó hacia el carro. Luego tomó las botas y las arrojó dentro.

Luego le dio un azote a *Ida* en el lomo y esta salió del patio al trote y enfiló la calle. Handsome se perdió de vista agarrándose al asiento con las dos manos y gimiendo tan alto que pudimos oírle mucho tiempo después de desaparecer.

Mi viejo se acercó a donde estaba la lata de gusanos y la miró durante un rato. Luego recogió la lata y me dijo que cogiera la pala. Fuimos hasta el cobertizo, donde Handsome había buscado los gusanos esa mañana, y vació la lata en el suelo.

Los gusanos empezaron a arrastrarse en todas direcciones pero mi viejo con un palo los fue empujando al agujero que Handsome había excavado.

—Cúbrelos bien, hijo —dijo—. Haz que se sientan como en casa. Es demasiado tarde para ir hoy a pescar pero la próxima vez que Ma vaya a visitar a tu tía Bessie haremos algo para pasarlo bien.

Cubrí el agujero mientras mi viejo pateaba la tierra fuertemente para que el lugar en el que vivían los gusanos se mantuviera húmedo hasta la próxima vez que tuviéramos ocasión de usarlos.

Handsome Brown y los pájaros carpinteros de cabeza roja

Los pájaros carpinteros de cabeza roja nos habían molestado durante bastante tiempo. Al principio no eran muchos, pero en primavera pusieron varios nidos y cuando los más jóvenes hubieron crecido lo bastante para picotear en la madera producían tal repiqueteo, a primera hora de la mañana, que nadie podía dormir. Los carpinteros vivían en el viejo sicomoro muerto de nuestro patio y Ma dijo que lo que más sensato era cortarlo. Mi viejo replicó que preferiría ver a los Republicanos ganar todas las elecciones del condado el resto de su vida que perder el sicomoro. Lo había estado cuidando desde que yo tenía uso de razón, podando las ramas muertas y embadurnando de pintura alrededor de los agujeros de los carpinteros. Tras llevar muerto varios años, no le quedaba una sola rama y el tronco se alzaba sobre el cielo como un poste de teléfono.

En lo más alto del sicomoro era donde vivían los pájaros carpinteros de cabeza roja. Habían picoteado tanto que habían más agujeros de los que se podían contar. Handsome Brown decía que una vez los había contado y pensaba que había entre cuarenta y cincuenta. En esa época del año, al principio del verano, después de que los más jóvenes hubieran salido de los agujeros y empezaran a picotear, siempre se encontraban una docena o más de ellos alrededor del árbol. Pero a primera hora de la mañana era el peor momento. Los carpinteros empezaban a picotear en el árbol muerto y mi viejo decía que siempre debía de haber veinte o treinta de ellos antes de las seis o las siete.

—Señó Morris —le dijo Handsome a Pa—, puedo agenciarme una 22 y librame de ellos en ná de tiempo.

—Si disparas contra esos carpinteros —dijo Pa—, será como si le dispararas al *sheriff* del condado. ¡Te agarraría y te pondría en una rueda de presos para el resto de tu vida!

—Por favor, no me haga eso, señó Morris —dijo Handsome—. Es algo que no podría soportar.

El *rat-tat-tat* en el sicomoro empeoraba cada vez más. Los días iban siendo más largos y eso significaba que los carpinteros empezaban más temprano cada mañana. Mi viejo decía que salían y empezaban a picotear a las tres y media.

—Si los carpinteros fueran míos —dijo Handsome—, los espantaría y cortaría el árbol. Así no podrían picotear más.

—Será mejor que pienses bien lo que dices, Handsome Brown —dijo Pa—. Si algo le pasa aunque sea a uno solo de esos carpinteros, o a mi sicomoro, desearás no haber visto una pájaro carpintero de cabeza roja en tu vida.

Durante el día nadie se preocupaba mucho por los carpinteros porque solían estar ocupados volando por ahí en busca de algo para comer o simplemente descansando, y

si alguno de ellos picoteaba un poco en el sicomoro el resto no se le unían, como hacían a primera hora de la mañana durante dos horas. Mi viejo decía que le gustaba escuchar cuando un carpintero picoteaba porque era como tener compañía todo el día. Ma no decía gran cosa, excepto que haría cortar el sicomoro si mi viejo no hacía algo con ese *rat-tat-tat* que nos despertaba todas las mañanas antes del amanecer.

Entonces, una mañana, una hora antes del alba, oímos en el sicomoro el peor repiqueteo que hubiéramos oído nunca. Sonaba como si cuarenta o cincuenta personas golpearan un lado de la casa con martillos de oreja. Ma encendió un fósforo y miró el reloj de la mesilla y eran las tres de la mañana. Mi viejo se levantó y se puso los zapatos y los pantalones y encendió el farol del porche trasero. Después cruzó el patio y llamó a Handsome. Handsome siempre dormía en el altillo que había sobre la leñera. Pa le dijo que se vistiera y saliera al patio cuanto antes.

—Esos carpinteros no me van a dejar pegar ojo —le dijo Pa a Handsome—. Ven conmigo al sicomoro y ayúdame a hacer que se estén quietos.

Yo me levanté y miré por la ventana. El sicomoro solo estaba a unos tres metros de mi ventana y a la luz del farol podía ver todo lo que ocurría. Handsome apareció arrastrando los pies por el suelo y bostezando.

—Handsome —dijo Pa—, tenemos que pensar algo para hacer que esos carpinteros se estén quietos.

—¿Cómo piensa conseguir eso, señó Morris? —preguntó Handsome, apoyándose en el árbol y bostezando aún más.

—Sube hasta ahí arriba y quizá así paren —dijo Pa.

—¿Qué quiere decir, señó Morris? ¿Subirme a este sicomoro?

—Pues claro —dijo Pa—. Trepa ahí arriba. Quiero dormir un poco más antes de que se haga de día.

Handsome retrocedió un poco y contempló en la oscuridad la copa del árbol. La luz del farol solo iluminaba más o menos la mitad y no se distinguía la parte en que estaban los carpinteros. Podíamos oírlos golpear en la madera muerta y de vez en cuando caían astillas y trozos más grandes.

—No sé cómo voy a subir ahí —protestó Handsome—. Nunca aprendí a trepar a un árbol que no tuviera ninguna rama. Voy a resbalar mucho más aprisa de lo que puedo trepar. No hay ramas pa agarrarse.

—No te preocupes por eso —dijo Pa—. Cuando hayas llegado a la mitad podrás apoyar los pies en los agujeros de los carpinteros y será más fácil que comerse un pastel.

Mi viejo empujó a Handsome hacia el árbol. Handsome rodeó el tronco con los brazos y calculó su contorno. Permaneció abrazado a él un rato y luego empezó a refunfuñar.

—Nunca he intentao hacer algo así antes, señó Morris —dijo, retrocediendo—. Tengo miedo.

Handsome miró el árbol en la oscuridad. Oíamos a los carpinteros picotear como

descosidos. Picoteaban tan fuerte que hacían temblar el árbol hasta el suelo y muy pronto también los cristales de la ventanas empezaron a temblar.

Mi viejo le dio a Handsome un fuerte empujón y le obligó a iniciar el ascenso al árbol. En cuanto empezó, se perdió de vista como una ardilla. Después de eso ya no pude ver más porque en cuanto desapareció de la vista Pa apagó la luz del farol. Dijo que veía mejor en la oscuridad sin la luz.

Al cabo de un minuto no se oía nada por ninguna parte. Los carpinteros estaban tan quietos como ratones muertos.

—¿Cómo te va por ahí arriba, Handsome? —gritó Pa.

No hubo ninguna respuesta. Pa y yo escuchamos y todo lo que pudimos oír fue un sonido como el de un perro jadeando.

—¿Cómo va la cosa ahí arriba, Handsome? —volvió a gritar Pa.

Una gran lluvia de cortezas cayó desde arriba, sobre la cabeza de mi padre.

—¡Señó Morris —dijo Handsome— tiene que hacer algo pa sacarme de aquí!

—¿Qué pasa?

—Estos carpinteros han empezao a picotearme a mí, igual que hacen con el árbol —dijo—. ¿Puede oírlos picotearme, señó Morris?

—No oigo una maldita cosa —dijo Pa—. No dejes que te picoteen. Basta con que no les hagas caso. Sujétate bien y trata de que se estén quietos. Ya no hacen todo el ruido que hacían antes de que subieras.

—Eso es porque me están picoteando a mí en vez de al árbol, señó Morris —dijo—. No puedo espantarlos porque si lo hago no podría agarrarme al árbol.

—Haz como si no les hicieras caso —dijo Pa— y pararán en un rato.

—Pero siguen picoteándome en la nuca. Me duele tanto que paece que me fuera a estallar.

—Eso no son más que tonterías —repuso Pa—. He vivido muchos años y nunca he oído que un carpintero picoteara a un ser humano.

Pa echó a andar hacia la esquina en dirección al porche trasero.

—Los has apaciguado muy bien, Handsome —dijo—. Ahora quédate ahí y procura que no se pongan a picotear otra vez en el árbol.

—¡Señó Morris! —chilló Handsome—. ¡A ónde va, señó Morris! ¡No se vaya y me deje aquí arriba solo con estos carpinteros!

Pa entró en casa y pude oír cómo se descalzaba y dejaba caer los zapatos junto a la cama. Handsome empezó a gemir en lo alto del árbol pero al cabo de un rato dejó de emitir ninguna clase de sonido. Pa se metió en la cama y se echó las sábanas sobre la cabeza.

En cuanto salió el sol me levanté de la cama y fui a la ventana. Handsome aún estaba en lo alto del sicomoro pero por la forma en que estaba colgado parecía que fuera a resbalar y caerse en cualquier momento. Entonces oí a Pa levantarse y empezar a vestirse. Me puse mi ropa tan rápido como pude y le seguí hasta el patio.

Cuando llegamos allí vimos a Handsome abrazado al árbol con ambos brazos y

ambas piernas. Tenía el dedo gordo de un pie en el agujero de un carpintero y colgaba del árbol como un espantapájaros.

Lo gracioso del asunto es que estaba completamente cubierto de carpinteros. Algunos estaban posados sobre su cabeza y hombros y un buen montón colgaban de sus brazos y piernas. Handsome llevaba encima veinte o treinta carpinteros.

En ese instante uno de los carpinteros se despertó y lanzó un agudo graznido. El graznido despertó a los otros y todos empezaron a picotear a Handsome. Era como si se hubieran cansado y se hubieran echado a dormir y luego se hubieran despertado y recordado que tenían a Handsome para picotear. Handsome despertó de un salto.

—¡Señó Morris! ¡Señó Morris! —chilló—. ¿Ónde está, señó Morris? —Pa y yo rodeamos el tronco del sicomoro y miramos hacia arriba. Los carpinteros revoloteaban alrededor de Handsome y buscaban sitios mejores para seguir picoteándole. Handsome agitó un brazo alrededor de la cabeza para espantarlos. Pero, tras alejarse un minuto, volvían otra vez y le picoteaban aún más fuerte.

—Baja aquí, Handsome —dijo Pa—. Ya me he levantado.

Vimos como Handsome nos miraba desde arriba. Luego agitó un brazo contra los carpinteros y soltó el dedo gordo del agujero. Fue resbalando lentamente, mientras trataba de golpear a los pájaros.

Cuando sus pies tocaron el suelo, se arrugó como un saco de patatas medio lleno. Pa lo cogió y lo puso en pie.

—Estás hecho polvo, Handsome —dijo Pa.

Handsome nos miró a Pa y a mí durante un minuto pero no dijo nada. Parecía demasiado cansado para hablar.

En ese momento, Ma apareció en la esquina de la casa. Los carpinteros revoloteaban sobre nuestras cabezas como si intentaran volver a caer sobre Handsome. De pronto, uno de los carpinteros más viejos, un enorme pájaro con una larga cola blanca, reunió valor para lanzarse hacia donde estábamos y se posó sobre la cabeza de Handsome. Empezó a picotearlo con todas sus fuerzas. Handsome chilló tan fuerte que debieron oírle en todo el pueblo.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Ma—. ¡Mira la cabeza del pobre Handsome!

Habíamos estado tan ocupados viendo cómo resbalaba árbol abajo que no habíamos prestado atención al aspecto que traía. Su ropa estaba hecha jirones. Pero su cabeza era la que tenía un aspecto más extraño.

Había cuatro o cinco grandes manchas blancas, como agujeros de carpinteros en un sicomoro, y en ellos habían desaparecido todos los cabellos.

Pa paseó alrededor de Handsome contemplándole. Luego fue y palpó dos o tres de las calvas de la cabeza de Handsome.

—¿Por qué no permaneciste despierto y espantaste a esos carpinteros, Handsome? —dijo Pa—. Ha sido culpa tuya subir ahí arriba y quedarte dormido así. Esto no hubiera ocurrido si hubieras atendido a tus asuntos en el árbol, como te dije. No te mandé subir para que te durmieras.

—Usté tampoco dijo que no quería que me durmiera —dijo Handsome, meneando la cabeza—. To lo que dijo fue que subiera e hiciera que los carpinteros dejasen de armar escándalo, señó Morris.

Mi viejo se volvió y miró a Ma. No se dijeron nada y un rato después ella desapareció por la esquina de la casa en dirección a la cocina. La seguimos pero Ma no dijo nada. Se limitó a ponernos los platos delante y me sirvió gachas y salchichas.

Mi viejo y la reina de los gitanos

Una tormenta que había amenazado toda la mañana se desató mientras comíamos, pero al final de todo apenas llovizó un poco. Tan pronto como pasó la lluvia, mi viejo tomó su sombrero y salió a la calle para ir al almacén. El sol había vuelto a salir y en poco tiempo pareció como si nunca hubiera llovido.

Mientras me sentaba a esperar oí caballos y carros no muy lejos. Sonaba como si fueran un montón de ellos y el ruido de los cascos y el chirrido de los arneses de cuero se acercaba cada minuto. Me levanté y salí al medio de la calle para ver mejor. Como a media manzana vi a mi viejo caminando por el medio de la calle agitando los brazos casi a cada paso, y justo detrás iban cinco o seis carromatos con cubiertas de lona y tiro de dos caballos. Mi viejo agitaba los brazos y trotaba un poco, además de mirar sobre su hombro cada pocos pasos.

Cuando llegaron frente a casa, Pa se detuvo y movió los brazos en dirección a los conductores, que se detuvieron a un lado y ataron los caballos a los postes de la cerca. Mientras los ataban, Pa agitaba los brazos y les metía prisa. Luego los conductores corrieron detrás de Pa mientras él los conducía doblando la esquina de la casa hasta el patio trasero. Había un montón de mujeres y niños en los carromatos cubiertos y también empezaron a bajarse. Pronto pareció que eran veinte o treinta personas las que venían hacia casa. Las mujeres vestían largas faldas de brillantes colores que les llegaban al suelo y todas llevaban sobre la cabeza un pañuelo rojo, amarillo o verde chillón. Los hombres iban vestidos como cualquier otro, salvo que llevaban chalecos desabotonados y sin chaquetas. Los adultos y los niños eran oscuros como indios y todos tenían el cabello largo y negro.

Los hombres siguieron a Pa por el patio trasero y las mujeres se desperdigaron en todas direcciones, algunas en el porche y otras invadiendo el patio trasero. Los niños, por su parte, se lanzaron bajo la casa de inmediato. Nuestra casa, como todas las de Sycamore, estaba construida por encima del suelo para que el aire circulara bajo las habitaciones y las refrescara durante el calor.

Dos de las mujeres atravesaron la puerta principal como si vivieran allí. Me agaché y miré bajo la casa para ver lo que hacían los niños y vi a tres o cuatro de ellos que saltaban a cuatro patas como conejos. En ese momento la puerta del porche delantero dio un portazo y yo miré y vi a una de las mujeres bajar por la escalera con algo en los brazos. Se fue derecha a uno de los carromatos, metió algo en él y corrió de vuelta a la casa.

Rodeé la casa para ir al patio trasero. Los hombres miraban en la leñera, en el establo y en todos los lugares que podían. Algunos de ellos movían las tablas y los trozos de madera como si estuvieran buscando algo. Mientras los miraba, Handsome salió brincando por la puerta de la cocina con una de las mujeres de largas faldas detrás. Corrió derecho hacia la leñera y se metió dentro.

—Bueno, tomémoslo con calma y tranquilidad —le dijo Pa a uno de los

hombres de chaleco—. Quiero hacer trueques tanto como cualquiera pero no puedo pensar lo que hago si me meten prisa. Vamos a tomárnoslo con calma y hablar las cosas.

Nadie prestó atención a lo que mi viejo decía porque todos estaban muy ocupados buscando cosas y corriendo por ahí. Uno de los hombres fue hasta la leñera y se metió dentro. Handsome salió tan rápido como pudo.

En ese momento oí a Ma gritar tan fuerte como podía dentro de casa. Había estado echando una siesta y parecía como si las mujeres la hubieran asustado al despertarla. No pasó mucho tiempo hasta que Ma salió de la casa sollozando.

—¿Qué está pasando, Morris? —dijo Ma—. ¿Quién es toda esta gente extraña? Estaba profundamente dormida cuando me desperté y vi a dos mujeres a las que nunca había visto en toda mi vida. ¡Estaban quitando las sábanas de la cama!

—Bueno, cálmate, Martha —dijo Pa—. Tendré las cosas controladas en nada de tiempo. Pondré orden aquí en un periquete.

—Pero ¿quién es toda esta gente extraña? —dijo Ma.

—Solo son unos cuantos gitanos que me encontré en el centro y que dicen que quieren hacer algunos trueques conmigo. Les he invitado a venir para discutir el asunto. Tenemos un montón de cachivaches y cosas inútiles de las que hacía tiempo que había que deshacerse. Me alegrará que se las lleven.

Dos de las mujeres salieron de la casa y se dirigieron a Ma. Ma retrocedió pero la arrinconaron en una esquina y empezaron a hablar tan rápido que nadie podría entender lo que estaban diciendo. Una de ellas empezó a bailar y a agitar los brazos. Entonces uno de los hombres se acercó al porche y le dijo a Ma que las mujeres querían hacerle un cambio por el vestido. Ma les dijo que no quería hacer un cambio por su vestido pero las mujeres no le prestaron demasiada atención.

Los niños se habían arrastrado bajo la casa salieron con mi bate de béisbol y un guante de *catcher*, y corrieron dando la vuelta a la esquina hacia los carromatos. Yo corrí tras ellos pero cuando llegué a la esquina decidí no intentar detenerlos en aquel momento. Llamé a Handsome y le dije lo que habían tomado pero él dijo que era mejor no discutir con ellos. Algunos de los niños eran más grandes que cualquiera de nosotros, en todo caso.

—Ahora esperen un momento, muchachos —dijo Pa, tratando de agarrar a los hombres por los faldones de los chalecos—. Vamos a tranquilizarnos y a discutir estos trueques. Quiero saber qué voy a obtener por todas estas cosas que les estoy dando.

—¡Morris! —chilló Ma—. ¡Saca a esta gente de aquí! ¡Me oyes, Morris!

Pa estaba tan ocupado tratando de calmarlos que no oyó ni una palabra de lo que Ma le decía. Fue hacia la leñera y sacó una vieja hacha con el mango roto. Uno de los hombres la tomó y la examinó cuidadosamente. Luego se la entregó a otro hombre. El otro hombre se apresuró a llevarla a los carromatos.

—¡Bueno, quédense quietos! —dijo Pa—. Así no se pueden hacer trueques. Creo

que no estoy sacando nada de todo lo que se llevan. Esta no es forma de hacer un trueque. ¡No señor, no lo es!

Mientras Pa hablaba, un gitano recogió un viejo cubo de estaño con un agujero en el fondo y se lo entregó a otro gitano, que se lo llevó a los carromatos. Pa agarró a uno de los gitanos por el faldón de su chaleco e intentó discutir con él el asunto del hacha y el cubo. Mientras hacía eso, otro de ellos entró en la leñera y sacó nuestro caballete de serrar. Pa vio nuestro caballete de serrar ir hacia los carromatos pero cuando intentó rescatarlo ya había desaparecido.

—Un trueque es un trueque —dijo mi viejo—, pero no si va en una sola dirección, como este. Muchachos, ustedes han cogido su parte pero yo no he sacado nada en absoluto para mí.

Uno de los gitanos se acercó, echó mano al bolsillo y sacó una navaja. Pa trató de abrirla para verla bien pero ambas hojas estaban rotas.

—Ahora escuchen —dijo Pa—. No voy a negociar con cosas como esta.

Los hombres subieron al altillo de la leñera, donde dormía Handsome, y Pa los siguió para que le escuchasen.

Las gitanas seguían acosando a Ma hasta casi hacerla perder la cabeza. Habían entrado y sacado su cesta de costura, un cepillo del pelo y la jarra del lavabo. Ma intentaba quitarles las cosas pero ellas no parecían muy dispuestas a consentirlo. Una de las gitanas le entregó a Ma un collar de abalorios y las otras se fueron con la jarra, el cepillo y la cesta de costura.

Uno de los hombres saltó desde el altillo y se llevó el banjo de Handsome bajo el brazo. Handsome dejó oír un grito y agarró el banjo antes de que el gitano pudiera llevárselo.

—¡Morris! —chilló Ma—. ¡Echa a esta gente de aquí! ¡Me oyes, Morris! ¡Van a saquear toda la casa!

Una de las gitanas agarró la mano de mi madre y examinó su palma. Empezó a contarle a Ma cosas sobre su futuro y Ma se interesó tanto por lo que le decía que dejó de gritar. Mientras la mujer le leía la mano, las otras volvieron a entrar en casa.

Pa se encontraba a esas alturas tan aturdido que no vio cómo uno de los hombres sacaba a *Ida* del establo. El hombre había echado un dogal alrededor del cuello de *Ida* y esta le seguía como si pensara que no hacía nada malo.

—¡Se llevan a *Ida*, Pa! —grité—. ¡Pa, no cambies a *Ida*!

Ma me oyó y dejó oír un chillido.

—¡Morris Stroup! —dijo—. ¿Estás mal de la cabeza? ¡No te atrevas a dejar que saquen a esa mula del patio!

Pa se volvió y vio cómo se llevaban a *Ida* y parecía tan aturdido que no sabía qué hacer. Handsome cogió la punta del dogal y le quitó a *Ida* al gitano.

—¡No señor! —dijo Handsome—. ¡Nadie va a llevarse a esta mula!

—Bueno, muchachos, no están siendo justos ni honrados —dijo Pa—. Soy un hombre dispuesto a hacer negocios, si se trata de un toma y daca, pero no voy a

permitir que continúe este trato en una sola dirección. Voy a decir lo que quiero que se negocie y a cambio de qué.

Handsome condujo a *Ida* de vuelta al establo y cerró la puerta.

Algunos de los niños salieron de la cocina con galletas y patatas asadas que habían quedado de la comida. Ma los vio pero estaba tan ofuscada que no fue capaz de decir ni una palabra. Una de las gitanas puso el collar de abalorios alrededor del cuello de Ma y las otras trataron de descalzarle los zapatos. Handsome me dio un grito y me volví. Los niños gitanos salían de debajo del porche con la máquina de vapor que habíamos instalado con raíles bajo la casa. Pero eso no era todo. Uno de ellos se llevaba toda la maquinaria y los vagones. Lo primero que vi fue que Handsome sujetaba a los niños y les arrebatava las cosas. Luego les dio un empujón que los envió volando a la esquina de la casa.

—Creo que estaban muy equivocados cuando pensaron que podían llevarse to esto —dijo Handsome, apretando la máquina y los vagones entre sus brazos.

En ese momento, otra gitana, una que no habíamos visto antes, entró en el patio. Se parecía a todas las demás, salvo que llevaba puesto un largo vestido de un rojo chillón y un montón de brazaletes en los brazos. Los otros gitanos se apartaron cuando se acercó a Pa y la discusión cesó de inmediato.

—¿Quién es usted? —preguntó Pa mirándola de arriba a abajo.

—Yo soy la reina —dijo.

La reina tomó la mano de Pa y examinó su palma. Pa retrocedió hacia la puerta del establo mientras ella recorría su mano con los dedos como si intentara descubrir algo.

—Tienes una buena mano —dijo—. La línea de la vida está muy marcada. Tienes un gran futuro por delante. Eres un hombre afortunado.

Pa se rio un poco y miró alrededor para ver si alguien más había oído lo que la reina había dicho. Todos los demás gitanos habían dado media vuelta e iban hacia los vagones. Las mujeres del porche también se fueron. Cruzaron la casa hasta la puerta principal pero Ma las siguió para asegurarse de que no tocaban nada más por el camino.

Mientras Pa le daba vueltas a lo que la reina había dicho, esta lo tomó del brazo y lo condujo a la leñera. Entraron y cerraron la puerta.

Handsome dio una vuelta hasta la parte delantera para asegurarse de que los niños gitanos no intentaban volver y llevarse algo más de lo que había bajo el porche. Oí a Ma que recorría la casa como si estuviera comprobando qué había y qué faltaba. Yo estaba junto a la ventana de la habitación cuando Ma se asomó.

—¡William! —dijo—. ¡Ve a buscar a tu padre ahora mismo! ¡El *sheriff* tiene que enterarse de esto! ¡Haré que arresten a esos gitanos aunque sea la última cosa que haga! ¡Ya he echado en falta la foto de tu abuelo que estaba encima de la mesilla y no puedo encontrar mi mejor vestido de domingo, que estaba en un armario! ¡Sabe Dios qué más cosas faltan! ¡Ve a buscar a tu padre ahora mismo! ¡Tiene que avisar al

sheriff antes de que sea demasiado tarde!

Fui hasta la leñera, donde estaban la reina y mi viejo, y cuando intenté abrir la puerta vi que estaba cerrada. Quise llamar a Pa pero en ese momento le oí reírse entre dientes como si le estuvieran haciendo cosquillas. Un minuto después se oyó reír también a la reina. Ambos soltaban risitas y decían algo que no pude oír. Volví a donde estaba Ma.

—Pa está en la leñera —dije— pero no me ha oído.

—¿Qué está haciendo en la leñera? —preguntó Ma.

—No lo sé —dije—. Está con la mujer gitana que dice que es la reina.

—Entonces dile a tu padre que salga de ahí ahora mismo —dijo Ma—. A saber lo que estará tramando.

Volví a la leñera y escuché en la puerta. No podía oír nada pero cuando intenté abrir aún estaba cerrado. Esperé un poco y luego llamé a mi viejo.

—Ma quiere verte ahora mismo, Pa —dije—. Será mejor que vengas.

—Vete, hijo —dijo Pa—. No me molestes ahora.

Volví a contárselo a Ma pero cuando llegué a la habitación ya se había ido. De vuelta a la leñera, oí a Ma salir llorando de la casa. Llegó hasta el porche trasero.

—¡Morris Stroup! —chilló—. ¡Contéstame ahora mismo!

No se oyó ningún ruido durante mucho rato y luego oí el chasquido de la puerta de la leñera al abrirse. Un minuto después salió la reina. Miró largamente a Ma y luego se apresuró a doblar la esquina de casa en dirección a los caballos y los carromatos. En cuanto se subió a uno de ellos, todos los hombres arrearon los caballos y los carromatos y se alejaron traqueteando por la calle.

Miré y vi a mi viejo que atisbaba a través de una grieta de la puerta de la leñera. Ma también lo vio y cruzó rápidamente el patio y abrió la puerta de golpe. Mi viejo solo llevaba puestos los calzoncillos y parecía no saber qué hacer.

—¡Morris! —gritó Ma—. ¡Qué diablos es esto!

Pa trató de esconderse tras la puerta pero Ma lo agarró y lo empujó hacia atrás para poder verlo bien.

—¿Qué significa esto? —dijo Ma—. ¡Contesta, Morris Stroup!

Pa carraspeó y titubeó durante un rato, tratando de pensar qué decir.

—La reina me leyó la buenaventura —dijo, mirando de refilón qué haría Ma.

—¡La buenaventura! ¡Y un cuerno! —dijo Ma, y se volvió hacia mí—. William —dijo— entra en casa y baja todos los postigos y cierra las puertas. Quiero que te quedes allí hasta que te llame.

—La verdad es que no es para excitarse tanto, Martha —dijo Pa, sosteniéndose primero sobre un pie y luego sobre el otro—. La reina...

—¡Cállate! —dijo Ma—. ¿Dónde está tu ropa?

—Creo que se la llevó ella —dijo Pa, mirando por el cobertizo—, pero me he llevado la mejor parte del negocio.

Ma se volvió y me empujó hacia casa. Yo empecé a andar tan despacio como

pude.

—Cuando no se daba cuenta —dijo Pa—, me apoderé de esto.

Sacó un reloj chapado en oro. Tenía una larga cadena de oro y parecía nuevo y flamante.

—Un reloj como este vale un montón de dinero —dijo Pa—. Creo que vale mucho más que mis viejos pantalones y mi camisa y cualquier otra cosa que se hayan llevado. Ese viejo hacha no valía nada y ese viejo cubo desfondado tampoco.

Ma le quitó el reloj a Pa y lo examinó. Luego cerró la puerta y echó la llave por fuera. Cuando se hubo metido en casa, volví a la leñera y miré a través de una grieta. Mi viejo estaba sentado en calzoncillos sobre una pila de leña y desataba la cinta amarilla que sujetaba con un grueso nudo un gran fajo de billetes verdes.

La vez que Handsome Brown se marchó

Handsome se pasó la mañana entrando y saliendo de casa, fregando el suelo y astillando leña y barriendo todo el patio con el escobón de juncos, pero no le echamos de menos hasta justo antes de comer, cuando mi viejo salió al porche trasero para decirle que recogiera dos huevos del ponedero y fuera al almacén de Charlie Thigpen y los cambiara por un paquete de tabaco. Pa le llamó cuatro o cinco veces pero Handsome no contestó a ninguna de las llamadas. Pa pensó que estaría escondido en el cobertizo, como acostumbraba a hacer para no tener que ir a los recados, pero, tras mirar en todos los escondites de Handsome, Pa dijo que ya no había dónde buscarlo. De inmediato, Ma empezó a culpar a mi viejo de la desaparición de Handsome. Dijo que Handsome nunca se hubiera ido si Pa lo hubiera tratado de forma medio decente y no hubiera estado siempre estafando a Handsome en lo que rectamente le pertenecía, solo porque era un chico huérfano de color y tenía miedo de reclamar sus derechos. Mi viejo, Handsome y yo jugábamos a menudo a las canicas y Pa siempre le hacía trampas a Handsome y rompía las reglas y se llevaba sus canicas aunque no las apostáramos.

—Cualquier cosa puede sucederle a ese pobre chico de color en medio del mundo cruel —dijo Ma—. Si no se hubiera visto obligado a ello, él nunca habría abandonado el cálido hogar que me he esforzado en proporcionarle aquí.

—Handsome no tiene ningún derecho a escaparse de ese modo —dijo mi viejo—. No tendría que importar cuánto le hayan provocado y, además, debería ir contra la ley que un morenito coja y se vaya sin permiso. Podría ser que me debiera dinero.

—¿Qué le has hecho esta mañana a Handsome para que haya decidido irse? —preguntó Ma.

—Nada —dijo Pa—. La verdad es que no se me ocurre nada fuera de lo habitual.

—Algo le has hecho —dijo Ma cada vez más enfadada y avanzando hacia mi viejo—. ¡Venga, dime qué es, Morris Stroup!

—Bueno, Martha —dijo Pa—, hay un montón de cosas que pueden haber molestado a Handsome y hacer que se fuera. Como digo yo, puede ser cualquier cosa.

—¡Pues siéntate ahí y piénsalo bien, Morris Stroup! —dijo ella—. Handsome Brown nunca se habría ido de esta forma si tú no le hubieras hecho nada.

—Bueno, puede ser que tomara prestado su banjo —dijo él lentamente—. Le pedí que me lo dejara un rato pero no quiso, así que fui al altillo del cobertizo y lo tomé.

—¿Dónde está ahora el banjo de Handsome? —preguntó Ma.

—Eso es algo que sinceramente no puedo decir, Martha —contestó, sosteniéndose primero sobre un pie y luego sobre el otro—. Yo iba caminando anoche por el centro con el banjo bajo el brazo y un extraño tipo de color al que no había visto en mi vida me preguntó cuánto quería por él. Le dije que un dólar, porque ni de lejos imaginaba que tendría un dólar, pero resultó que llevaba uno en el bolsillo, así que, honestamente, no podía echarme atrás en el trato, puesto que había entrado en el

juego y puesto un precio.

—Ve a buscar al morenito al que le vendiste el banjo de Handsome y que te lo devuelva —dijo Ma.

—No puedo hacer eso —dijo Pa de inmediato.

—¿Por qué no puedes? —preguntó ella.

—¿Cómo diablos voy a saber a qué morenito se lo he vendido? —respondió—. La calle estaba muy oscura y casi ni podía verle la cara. No le reconocería ni entre un millón de tipos de color.

A esas alturas, Ma estaba tan furiosa que a duras penas podía resistirse a aferrar la escoba y atizarle a mi viejo con ella. Creo que no quería que yo anduviera por allí y escuchara lo que le decía a mi viejo, porque se volvió y me llamó.

—William —dijo—, ve al centro ahora mismo y empieza a preguntar si alguien ha visto a Handsome Brown. No puede habérselo tragado la tierra. Alguien tiene que haberlo visto.

—De acuerdo, Ma —le dije—. Ya voy.

Corrí calle adelante, y dejé a Ma y a mi viejo de pie en el porche trasero, mirándose el uno al otro, y me dirigí todo lo rápido que pude al puesto de hielo al que Handsome acudía los días de calor para refrescarse entre el serrín húmedo. Cuando llegué, le pregunté al señor Harry Thompson, que era el dueño del puesto de hielo, si había visto a Handsome, pero el señor Thompson dijo que no le había visto desde hacía dos o tres días. Estaba a punto de marcharme para acercarme a la puerta trasera de la pescadería de la señora Calhoun, a donde Handsome iba a veces para que le dieran algún salmonete demasiado pequeño para vender, cuando uno de los negros que cortaban hielo para el señor Thompson me dijo que Handsome había pasado por la calle como una hora antes, en dirección a donde los de la feria habían levantado sus carpas aquella mañana. Todo el mundo sabía que la feria venía al pueblo y por eso mi viejo había vendido el banjo de Handsome por un dólar. Yo le había oído mientras intentaba que Handsome le prestara cincuenta centavos pero Handsome no tenía dinero y Pa había decidido en ese momento que la única forma de obtener dinero para ir a la feria era vender el banjo. En todo caso, Pa había gastado el dinero antes de volver a casa.

Volví corriendo a casa tan rápido como pude para decirle a Ma dónde estaba Handsome. Cuando llegué, ella y mi viejo aún estaban discutiendo de pie en el porche trasero. Dejaron de hablar en cuanto abrí la cancela y subí la escalera.

—¡Handsome ha ido a la feria! —le dije a Ma—. ¡Está allí ahora mismo!

Ma reflexionó durante un minuto antes de decir nada. Mi viejo se apartó de ella hasta situarse lejos de su alcance.

—Morris —dijo finalmente—. Voy a confiar en ti una vez más. Ve a esa feria y trae a Handsome antes de que le pase algo terrible. Nunca podré hacer las paces con el Buen Dios y morir con la conciencia tranquila si algo le ocurriera a ese pobre morenito inocente.

Mi viejo empezó a bajar la escalera.

—¿Puedo ir yo también, Pa? —pregunté.

Antes de que pudiera decir nada intervino Ma.

—Vete con tu padre, William —me dijo—. Quiero que haya alguien que le vigile.

—Vamos, hijo —dijo Pa, haciéndome un gesto—. ¡Apresurémonos!

Enfilamos calle abajo y cruzamos las vías del ferrocarril, en dirección al prado de la feria, en donde los hierbajos aún llegaban a la rodilla en algunas zonas.

Había docenas de carpas diseminadas por todo el prado y ya había mucha gente que deambulaba frente a las casetas. Las carpas tenían grandes cuadros pintados en enormes lienzos de lona colgados en sus frentes, y cada caseta tenía un estrado en el que alguien gritaba y vendía entradas a la vez. Mi viejo se detuvo frente a una de las casetas que tenía cuadros de mujeres desnudas.

—¿Llevas diez centavos en el bolsillo, hijo? —me susurró—. Te los devolveré en cuanto pueda.

Negué con la cabeza y le dije que todo lo que tenía era un cuarto de dólar que había ahorrado para pagar mi entrada a la caseta del Salvaje Oeste cuando la feria llegase al pueblo.

—Entonces préstame el cuarto, hijo —dijo él, introduciendo un dedo en mi bolsillo—. Te lo devolveré enseguida. No te dará tiempo a echarlo de menos con lo rápido que te lo voy a devolver.

—¡Pero yo quiero ver la caseta del Salvaje Oeste, Pa! —le dije, metiendo la mano en el bolsillo y protegiendo el cuarto en mi puño—. ¿Puedo gastarlo en eso, Pa? ¡Por favor, déjame gastarlo en eso! He estado ahorrando dos semanas para reunirlo.

El hombre que vendía las entradas tomó un largo megáfono amarillo y se puso a gritar a través de él. Mi viejo empezó a ponerse nervioso y se puso a brincar de un lado a otro mientras trataba de echar mano a mi bolsillo.

—Ahora escucha, hijo —dijo—. No tiene el menor sentido que estemos discutiendo por tan poca cosa como es un cuarto. Para cuando quieras gastarlo ya te lo habré devuelto y ni lo echarás de menos.

—Pero Ma nos dijo que buscáramos a Handsome —repuse—. Será mejor que vayamos a buscarlo. Ya conoces a Ma. Se pondrá muy furiosa si no lo encontramos y lo traemos a casa.

—Buscar a un morenito petardo es algo que puede esperar —dijo, agarrándome el brazo con fuerza y tratando de sacarme el puño del bolsillo—. Sé de lo que hablo, hijo, cuando digo que debes prestarme ese cuarto que tienes en el bolsillo sin más discusión. ¿No te he dado siempre diez centavos, o lo que fuera, cuando he tenido dinero, siempre que me los ha pedido? Entonces es justo que me prestes ese cuarto por algún tiempo.

La música comenzó en el interior de la carpa y el hombre que vendía las entradas se puso a gritar de nuevo.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Deprisa! —dijo, mirando fijamente a mi viejo—. ¡El

espectáculo está a punto de empezar! ¡Chicas de todas las naciones, sin adornos, están preparadas para actuar! ¡No se pierdan el espectáculo de su vida! ¡Lo lamentarán el resto de sus días! ¡Vengan ahora mismo y compren la entrada antes de que sea demasiado tarde! ¡Las chicas quieren bailar: no las hagan esperar! ¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Deprisa!

—¿Lo ves, hijo? —insistió mi viejo, aferrando fuertemente mi brazo y tirando con todas sus fuerzas—. ¡El espectáculo va a empezar y yo me lo perderé si no entro inmediatamente!

Tiró de mi puño hasta sacarlo de mi bolsillo y consiguió abrirme los dedos. Era mucho más fuerte que yo y no pude apretar el cuarto más tiempo. Lo tomó y corrió hacia el hombre que vendía las entradas. Tan pronto pudo poner la mano sobre una de ellas, la agarró y se precipitó dentro de la carpa. No había nada que yo pudiera hacer entretanto, así que me senté junto a uno de los postes de la carpa y me dispuse a esperar. La música empezó a sonar cada vez más alta y pude oír a alguien que tocaba la batería dentro de la carpa. Tras unos cinco minutos, la música cesó de golpe y se alzaron las cortinas. Un montón de hombres salieron atropellados y, justo detrás, el último de ellos, iba mi viejo. Parecía mucho más calmado que cuando entró pero se fue derecho contra un poste de la luz eléctrica antes de saber lo que se hacía.

—¿Puedes darme el cambio de mi cuarto, Pa? —le pregunté, corriendo a levantarlo— ¿Me lo das?

—Ahora no, hijo —respondió, frotándose el lado de la cara que se había golpeado contra el poste—. Está perfectamente a salvo aquí en mi bolsillo. Si lo llevas tú podrías perderlo.

Caminamos entre dos hileras de puestos, mientras buscábamos a Handsome. No le vimos hasta que llegamos al último.

—Bueno, ¿qué demonios está haciendo Handsome ahí? —dijo Pa, deteniéndose y mirando a Handsome.

Handsome estaba de pie detrás de un gran lienzo de lona con la cabeza asomada a un agujero redondo. A unas diez o quince yardas había un banco con un montón de pelotas de béisbol. Un hombre con una camisa de seda roja estaba de pie junto al banco con las manos llenas de pelotas.

—¡Tres pelotas por diez centavos, y un delicioso cigarro puro si le aciertan al morenito! —decía—. ¡Acérquense, muchachos, y prueben su puntería! ¡Si el morenito no las esquiva, ganan un cigarro!

—¿Cómo te has metido en un fregado como ese, Handsome? —le gritó mi viejo—. ¿Qué diablos ha pasado?

—Ah, hola, señor Morris —dijo Handsome—. Qué hay, señor William.

—Qué hay, Handsome —dije.

—¿No estás atado, no? —preguntó Pa—. ¿Podrás salir de ahí?

—No quiero salir, señor Morris —dijo Handsome—. Ahora trabajo aquí.

—¿Por qué te has ido esta mañana?

—Usted sabe perfectamente por qué me he ido, señó Morris —dijo Handsome—. Ya estaba muy cansao de estar siempre trabajando pa nada y de que se llevara mi banjo. Estaba cansao de que me trataran de ese modo, eso es to. Pero no le guardo rencor, señó Morris.

—Sal ahora mismo de ahí y ven para casa —dijo Pa—. Hay un montón de cosas que hacer allí y no hay nadie para hacerlas. No puedes irte sin más.

—Pues lo he hecho, señó Morris —dijo Handsome—. Pregúntele al blanco que les vende las pelotas de béisbol si puedo o no.

Fuimos a donde estaba el hombre de la camisa de seda roja. Nos alargó las pelotas de béisbol pero mi viejo negó con la cabeza.

—He venido a llevarme a mi morenito a casa, donde tiene que estar —dijo Pa—. Es ese que está ahí atrás con la cabeza asomando por el agujero.

El hombre rio muy alto.

—¿Su morenito? —dijo—. ¿Qué quiere decir con su morenito?

—Ese es Handsome Brown —dijo Pa—. Ha estado con nosotros desde que tenía nueve años. He venido a llevármelo a casa.

El hombre se volvió y gritó a Handsome.

—¡Oye, chico! ¿Quieres volver a trabajar con este hombre?

—¡No señó! —dijo Handsome, meneando la cabeza—. ¡Seguro que no! Ahora tengo otro trabajo y confío en conseguir una paga en vez de no conseguir nunca nada, salvo ropa vieja y cosas así.

—¡Cierra el pico, Handsome Brown! —gritó Pa—. ¿Cómo te atreves a hablar así después de lo bien que te he tratado todo este tiempo? ¡Deberías avergonzarte de ti mismo!

—No hay nada que hacer, señó Morris —dijo Handsome—. Ahora trabajo por dinero y voy a seguir haciéndolo.

—¿Y no vas a venir cuando yo te lo diga?

—¡No señor, no lo haré!

Mi viejo sacó los quince centavos y los posó en el banco.

—¿Cuántas pelotas de béisbol puedo tirar por quince centavos? —preguntó.

—Siendo usted —dijo el hombre—, le haré un precio especial. Le daré seis por los quince centavos. Pero recuerde que tiene que acertarle al morenito antes de que logre esquivar el tiro. Si mete la pelota por el agujero no cuenta. Su cabeza ha de estar en el agujero para que cuente.

—Eso no me preocupa —dijo Pa, sujetando con fuerza una de las pelotas—. Solo échese atrás y déjeme espacio.

Los ojos de Handsome se abrieron más y más mientras mi viejo se preparaba para lanzar moviendo el brazo en un amplio círculo, como un *pitcher* que fuera a lanzar la pelota al bateador.

Pa lanzó la pelota tan de improviso que le acertó a Handsome en la frente antes de que pudiera hacer el menor ademán de esquivarla. Handsome se quedó tan

sorprendido que no supo lo que había pasado. Cayó sentado al suelo y se frotó la cabeza hasta que el hombre de la camisa de seda roja corrió a ver si le había ocurrido algo serio. Entonces, Handsome se levantó, y se tambaleó solo un poco, y volvió a asomar la cabeza por el agujero.

—Un cigarro para usted, caballero —dijo el hombre—. Ha debido de ser un buen *pitcher*, a juzgar por su puntería.

—En mi tiempo jugué un poco —dijo mi viejo— pero mi pulso ya no es el que era.

—Bien, veamos lo que puede hacer esta vez. El primer tiro puede haber sido pura suerte.

—Échese atrás y déjeme espacio —dijo Pa.

Agarró la pelota, se inclinó hacia delante, se escupió los dedos y empezó a balancear el brazo. De pronto lanzó un pelotazo tan rápidamente que no pude ni verlo. Handsome tampoco debió de verlo porque no se movió ni un centímetro. El pelotazo le acertó en el lado izquierdo de la cabeza y se oyó un sonido como el de una estaca cuando golpea una bala de algodón. Handsome se desplomó en el suelo con un fuerte gemido.

—Oiga, caballero —dijo el hombre de la camisa de seda, corriendo hacia donde Handsome yacía cuan largo era en el suelo—, creo que sería mejor que dejara de lanzar de ese modo contra este morenito. Como esto siga así no durará vivo mucho tiempo.

—Usted me vendió seis pelotas —dijo Pa— y tengo derecho a lanzarlas. Dígale a Handsome Brown que se levante y haga aquello por lo que le pagan.

El hombre sacudió un poco a Handsome y lo ayudó a ponerse en pie. Handsome se bamboleaba de un lado a otro y finalmente se inclinó hacia delante y se aferró a la lona. Su cabeza apareció de nuevo en medio del agujero.

—¡Apártese! —gritó mi viejo al tipo de la camisa de seda roja.

Disparó y lanzó la pelota tan rápido que ya había golpeado a Handsome antes de que nadie supiera lo que había pasado. Handsome volvió a desplomarse.

—¡Ya es suficiente! —nos gritó el tipo—. ¡Va a matar al morenito! ¡No quiero un morenito muerto entre las manos!

—Entonces deje que se vuelva con nosotros a su casa, donde debe estar —dijo Pa—, y dejaré de lanzar.

El tipo corrió hacia un cubo de agua, que vació sobre la cara de Handsome. Este se agitó y abrió los ojos. Nos miró a los tres con una expresión extraña.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

Nadie dijo nada enseguida. Todos aguardábamos y le observábamos. Handsome se apoyó sobre un codo y miró a su alrededor. Luego se pasó la mano por la cabeza y empezó a palparse los grandes y redondos chichones que las pelotas le habían hecho. Los chichones se iban hinchando como si fueran huevos.

—Creo que después de to me he equivocado, señor Morris —dijo, mirando a mi

viejo—. Prefiero volver y trabajar pa usted y la señá Martha, como he hecho siempre, que estar aquí y que me tiren pelotas de béisbol tol día.

Mi viejo asintió y le ayudó a levantarse. El hombre de la camisa de seda roja recogió las pelotas del suelo y volvió a donde tenía las demás apiladas sobre el banco.

Los tres emprendimos el camino a casa, por un atajo a través del prado, pasando junto a los puestos. Handsome trotaba justo detrás de mi viejo, sin decir una palabra, tratando de mantenerse a su altura. Cada cierto tiempo alzaba una mano y se palpaba los grandes y redondos chichones.

Justo antes de llegar a casa, nos detuvimos y Pa miró con auténtica severidad a Handsome.

—Estoy dispuesto a que lo pasado, pasado esté, Handsome —dijo—. Mira, no quiero que me incordies con que te devuelva ese viejo banjo.

—Pero señó Morris —dijo Handsome—. No me las pueo arreglar sin un banjo...

—Deja de discutir sobre cosas del pasado, Handsome.

—Pero señó Morris, si yo...

—Lo pasado, pasado, y ese banjo pertenece al pasado —dijo mi viejo, volviéndose y cruzando la cancela para entrar en el patio trasero.

Mi viejo y la bonita Sooky

Mi viejo se levantó una mañana mucho antes de que amaneciera y se fue a pescar sin decirnos nada ni a Ma ni a mí. Siempre le gustaba marcharse de esa forma por la mañana, antes de que Ma se levantara y anduviera por allí, porque sabía que si le veía, le pararía los pies y no le dejaría ir. A veces se largaba y estaba fuera tres o cuatro días en Briar Creek, y cuanto más picaban los peces, más tiempo se quedaba. A mi viejo le volvía loco pescar.

Pescaba grandes cantidades de siluros y percas que salían haciendo pucheros con la boca y las freía sobre un fuego de hojas en la orilla del río tan pronto como las desenganchaba del anzuelo. Mi viejo decía que no tenía sentido guardarlas para casa porque ninguna mujer había aprendido jamás a rebozar una perca en suficiente harina de maíz para dejarla al punto.

Esa mañana, Ma le echó de menos a la hora del desayuno pero no dijo una palabra y siguió haciendo sus tareas como si no supiera que no estaba. Tras el desayuno, me acerqué al cobertizo y ayudé a Handsome Brown a pelar el maíz y a ponerle heno a *Ida*. Estuvimos allí toda la mañana, astillando leña mientras hablábamos del dinero que conseguiríamos al vender toda la chatarra de hierro que pudiéramos encontrar.

Cuando sonó el silbato de las doce en el aserradero, Ma se acercó al cobertizo y preguntó a Handsome si sabía adónde había ido Pa. Yo no dije una palabra porque no me gustaba chivarme de mi viejo, aunque sabía perfectamente dónde estaba porque Handsome me había dicho que Pa había intentado que fuera con él aquella mañana.

—Handsome Brown —dijo Ma—, no estés ahí sentado sin contestarme cuando te hablo. ¿Dónde está el señor Morris, Handsome?

Handsome me miró y luego bajó la vista a la pila de astillas que había estado cortando toda la mañana.

—¿No anda por ahí, señá Martha? —dijo después de un rato, mirando primero de soslayo y luego a Ma con ojos como platos.

—Sabes perfectamente que no anda por aquí, Handsome —repuso Ma, golpeando el suelo con el pie—. ¡No te andes con rodeos! ¡Debería darte vergüenza!

—Señá Martha —dijo Handsome, mirándola a los ojos—, no me estoy andando con rodeos.

—Entonces dime adónde ha ido el señor Morris esta mañana.

—Quizá haya ido a la barbería, señá Martha. No hace mucho que le oí decir que necesitaba un corte de pelo.

—Handsome Brown —dijo Ma, recogiendo una ramita, como siempre hacía cuando se impacientaba necesitando averiguar algo—, quiero que me digas la verdad.

—Lo intento más que nunca, señá Martha —dijo—. Quizá el señó Morris haya ido al aserradero. No hace mucho que le oí decir que necesitaba algunas tablas para reparar el gallinero.

Ma se dio la vuelta, fue hasta la valla y miró hacia el porche trasero. Mi viejo siempre dejaba la caña en una esquina del porche cuando no la usaba y Ma, como todo el mundo, lo sabía.

—Señá Martha —dijo Handsome—, el señó Morris dijo que iba a ver unos terneros que había en un pasto no sé ónde.

Ma se volvió rápidamente.

—Entonces, ¿por qué se ha llevado la caña? —preguntó, mirando severamente a Handsome.

—Quizá el señó Morris cambió de opinión y olvidó decírmelo —dijo—. Quizá pensó que después de to no era un buen día para ir a ver los terneros.

—Tampoco es un buen día para contar mentirijillas, Handsome Brown —dijo, dirigiéndose por la cancela hacia casa.

Handsome se levantó de un salto y corrió tras ella tan rápido como pudo.

—Señá Martha, solo le estaba diciendo lo que el señó Morris me dijo que le dijera. Usté sabe que yo nunca le contaría mentirijillas, ¿verdá, señá Martha? Solo dije lo que dije porque el señó Morris me dijo que lo dijese y yo siempre intento hacer lo que me dicen que haga. A veces me lío cuando tengo que decir la verdá en dos direcciones a la vez.

Ma se metió en la cocina y cerró la puerta. La oímos trastear con las cacerolas y las sartenes durante largo rato. Después abrió la puerta y me llamó.

—Tu comida está lista, William —dijo—. La comida de tu padre también está lista pero no se merece tomar un bocado durante el resto de su vida.

En ese momento se me ocurrió mirar al otro lado del patio y casi me caigo de culo. La cabeza de mi viejo asomaba por encima de la valla del patio trasero solo lo justo para que se le vieran los ojos. Permanecía agazapado bajo los altos tablones de la cerca y escuchaba con toda atención. Le di un codazo a Handsome en las costillas para que viera a mi viejo antes de que dijera algo que pudiera buscarle un lío con él.

Ma se dio cuenta de que alguien se escondía tras la cerca, salió a la escalera y se puso de puntillas para mirar. Mi viejo agachó rápidamente la cabeza pero Ma ya lo había visto. De inmediato cruzó el patio y abrió de golpe la puerta antes de que Pa tuviera oportunidad de esconderse cerca del cobertizo. Lo cogió por los tirantes del peto y lo arrastró hasta la escalera del porche.

—William —me dijo—, métete en casa ahora mismo, cierra la puerta y echa los postigos. Y no salgas hasta que yo te llame.

Me levanté y crucé el porche tan despacio como pude. Handsome retrocedió por la esquina de la casa pero Ma vio lo que pretendía y le llamó.

—Quédate donde estás, Handsome Brown —dijo.

Mi viejo parecía bastante avergonzado allí de pie en el patio, con mi madre que le sujetaba por los tirantes. Me miraba de soslayo. Quise decirle algo pero tenía miedo de lo que Ma pudiera hacerme.

—A ver, Morris Stroup —dijo ella, conduciéndolo al escalón inferior—. ¿Qué

pretendes metiendo en problemas a un inocente muchacho de color al obligarlo a mentir por ti?

Mi viejo miró a Handsome y Handsome miró al suelo. Nadie dijo nada durante largo rato y yo temí que Ma me obligara a entrar antes de oír lo que Pa diría.

—Bueno, Martha —contestó, un minuto después, mirándola—, tiene que haber un error. En mi vida le he pedido a Handsome que diga ninguna mentira. No se me ocurriría hacerle tal cosa.

—Entonces, ¿por qué le has dicho que me dijera que te ibas a ver unos terneros cuando has tomado tu caña y te has ido a pescar?

Mi viejo volvió a mirar a Handsome y Handsome trató de mirar al otro lado del jardín.

—Si eso es lo que Handsome te ha contado, Martha —dijo Pa—, esa es la verdad y nada más que la pura verdad, porque eso es exactamente lo que he estado haciendo. He visto algunos de los novillos más preciosos...

Ma le miró con la mayor severidad pero no dijo nada por el momento. Era fácil saber que no creía ni una palabra de lo que le decía.

Miró a mi viejo exactamente de la manera en que solía hacerlo cuando tenía en la cabeza muchas más cosas que decir pero estaba demasiado furiosa para decirlas. Después me llamó para que fuera a comer y se metió en la cocina. Pa y yo nos lavamos en la pileta del cobertizo y nos sentamos a comer. Comimos lo que Ma nos puso sin decir una palabra. Cuando terminamos, mi viejo salió al patio trasero y se sentó contra la valla para echarse su siesta del mediodía.

Todo permaneció tranquilo y en silencio durante algún tiempo.

Se me ocurrió mirar y vi a Handsome haciéndome señas para que saliera afuera. Recorrí el patio de puntillas y abrí la cancela evitando que chirriase lo más mínimo.

Cuando llegué junto al cobertizo, Handsome me dijo algo al oído y señaló hacia el árbol del paraíso junto al gallinero. Allí estaba la ternera más hermosa que había visto en toda mi vida. La ternera era un tercio del tamaño de una vaca adulta, con un sedoso pelo anaranjado y una nariz redonda y resplandeciente. Permanecía a la sombra del árbol del paraíso y espantaba a las moscas con la cola mientras masticaba un manojo de heno fresco. Parecía como si nunca hubiera sido más feliz en toda su vida.

Mi viejo seguía durmiendo contra el otro lado de la cerca y teníamos miedo de despertarlo si hablábamos muy alto. Handsome me hizo señas con las manos. Resultaba fácil ver que le gustaba la ternera tanto como a mí. Se paseó junto a ella varias veces, le dio palmaditas en el lomo y le acarició el hocico.

Estábamos aún palmeando a la ternera y admirándola cuando oímos que alguien llamaba a la puerta principal. En ese momento miré por encima de la cerca y vi a Ma salir de la cocina secándose las manos en el delantal y yendo a la parte delantera de la casa. Rodeé corriendo el cobertizo y luego fui de puntillas al porche delantero para ver quién venía a visitarnos.

Había un hombre de pie en el porche, vestido con un peto y un sombrero de paja. En ese momento, Ma abrió la puerta de tela metálica y salió.

—Hola, señora Stroup —saludó, quitándose el sombrero y sosteniéndolo a su espalda—. Soy Jim Wade, de allá abajo, cerca de Briar Creek.

Ma le estrechó la mano y dijo algo que no pudo oír.

—He venido a preguntar si el señor Stroup habrá visto hoy algún novillo cerca de su casa —dijo—. Perdí una ternera esta mañana y varias personas me han dicho que la vieron tomar esta dirección no hace mucho.

—No sé nada de eso —dijo Ma—. Que yo sepa, no hay ningún novillo por aquí cerca. Mi marido fue a pescar esta mañana y estoy segura de que si hubiera visto una ternera por alguna parte, me lo habría mencionado.

El señor Wade se volvió y contempló la calle por un instante.

—Es algo muy extraño —dijo—. Estaba seguro de que la encontraría cerca de su propiedad. Un hombre de uno de los almacenes dijo que vio un novillo venir hacia aquí justo antes de que el silbato del aserradero diera las doce.

Ma negó con la cabeza varias veces, diciendo que ella no había visto a ninguna ternera cerca de casa en todo el día.

—Mire, señora Stroup —dijo el señor Wade, meneando la cabeza hacia los lados—, es un asunto bastante raro. Uno de mis braceros dice que alguien cruzó mi campo de heno esta mañana y cortó un manojo entero y se lo metió dentro de la camisa. No le presté mucha atención en ese momento pero, hacia mediodía, otro de mis braceros dijo que había visto a un hombre que caminaba por la carretera camino del pueblo con una caña de pescar al hombro y un novillo siguiéndole muy cerca. Me dijo que el hombre de la caña se detenía de vez e cuando, sacaba un puñado de heno de su camisa y la ataba a la caña. El novillo le siguió todo el camino hasta perderse de vista. Poco después de eso, me encuentro con que me ha desaparecido una ternera de mis pastos. Y por eso digo que es un asunto bastante raro. No sé qué pensar de todo esto. Es bastante extraño.

Ma empezaba a parecer preocupada pero no dijo nada en ese momento.

—No la estaría molestando de este modo, señora Stroup —dijo el hombre— si no me hubieran dicho en el centro que habían visto una ternera venir hacia aquí. Por eso me he detenido para preguntar si habían visto alguna.

Ma estrechó la mano del señor Wade y abrió la puerta de tela metálica. Cuando ella hubo entrado en casa, el señor Wade bajó lentamente la escalera y miró a un lado y a otro de la calle. Antes de emprender el camino de vuelta al pueblo, se agachó y miró debajo de nuestra casa, que estaba construida unos tres o cuatro metros por encima del suelo y tenía espacio de sobra para los perros más grandes y hasta para cabras de buen tamaño. Después de mirar un buen rato, se incorporó, se sacudió las rodillas y echó a andar calle abajo.

Corrí de vuelta al cobertizo. Mi viejo se había levantado y no se le veía por ninguna parte. Handsome Brown estaba sentado en lo alto de la cerca, dando la

espalda a la casa y mirando a algo que había al otro lado. En ese momento oí venir a Ma dentro de la casa, dando un portazo tras otro a sus espaldas, y me deslicé por la cancela antes de que llegara al porche trasero y me viera.

Rodeé rápido la leñera y lo primero que vi fue a mi viejo de pie a la sombra del árbol del paraíso y que sostenía un manajo de heno fresco para que la ternera lo olisquease. Handsome seguía subido a la cerca y miraba sin decir nada.

—Sooky bonita —decía mi viejo a la ternera, acariciando su cuello y palmeándole el lomo.

En ese momento Ma apareció corriendo por la cancela. Cuando vio a mi viejo con la ternera se detuvo en seco.

—Sooky bonita —dijo él, acariciando la ternera—. Sooky bonita.

En ese momento, Ma gimió y todos nos volvimos y la miramos.

—¡Martha! —dijo mi viejo, apartándose a un lado de la leñera y mirando a Ma—. ¿Qué demonios te pasa, Martha? Pareces enferma.

Ma se puso muy tiesa y avanzó hacia nosotros dando tumbos.

—Morris... —dijo débilmente—. ¿Qué diablos, Morris...?

Pa se volvió a la ternera y levantó el heno para que lo mordisquease.

—Es algo extraño, Martha —dijo—. Estaba pescando esta mañana temprano en Briar Creek y no picaba ni uno. Así que decidí volver a casa y probar cualquier otro día. De camino crucé el campo de heno más bonito que haya visto en mucho tiempo y tomé unos manajos, solo porque me gustaba mucho. No pasó mucho tiempo mientras caminaba yo por la carretera cuando me dio por volverme y mirar a mi espalda y allí estaba una ternera siguiéndome. Parecía como si se hubiese perdido. No le presté mucha atención hasta que llegué a casa, y entonces me volví otra vez y miré a mi espalda y allí estaba, la misma ternera. A esas alturas, yo ya estaba aquí en el patio junto al cobertizo, así que me pareció natural darle un poco del heno. Me lo había metido dentro de la camisa solo porque me gustaba mucho. De verdad que es algo extraño, ¿no, Martha?

Ma se acercó y miró la ternera. La ternera siguió masticando el heno sin prestar atención a nadie.

—William —dijo Ma de pronto, volviéndose y mirándome—, ve a casa y cierra las puertas y echa los postigos. No quiero que salgas hasta que yo te llame.

Cada vez que Ma me mandaba a casa de esa forma era porque estaba a punto de echarle a mi viejo una buena reprimenda. Yo odiaba tener que irme cuando ella estaba enfurecida pero tenía que hacer lo que me ordenaba.

Cuando acabó de hablar conmigo se volvió y miró a Handsome, subido en la cerca. Handsome se bajó de un salto lo más rápido que pudo sin que nadie se lo dijera.

—Handsome, vete a alguna parte y quédate allí hasta que mande a buscarte.

Inmediatamente, Handsome echó a andar por el jardín.

—Y si alguien te dice algo de una ternera, no quiero que abras la boca, Handsome

Brown —dijo Ma—. Lo primero que harás será decir mentiras, bajo tu responsabilidad, si no andas con cuidado. Así que aléjate de la gente hasta que mande a buscarte. ¿Me has oído, Handsome?

—Sí, señá Martha —dijo—. Haré lo que usted dice. Siempre intento hacer justo lo que usted y el señor Morris me mandan hacer.

Handsome se fue por el jardín pero yo me quedé junto a la cerca sin ser visto.

—Bien, Morris Stroup —dijo Ma, acercándose a mi viejo—. ¿Qué tienes que decir ahora en tu defensa? Tras haber ido y robado la ternera de Jim Wade seguro que habrás tenido tiempo para aderezar algún cuento. Lo peor de todo es que hayas involucrado en tus trapicheos a Handsome Brown, un pobre e inocente muchacho de color, al que obligas a mentir por ti.

—Oye, espera un minuto, Martha —dijo él—. No saques conclusiones tan precipitadas. Esta ternera simplemente me siguió hasta casa. Yo no pude evitar que ella...

—No pudiste evitarlo después de ir y cortar el heno del señor Wade para atraerla atando el heno a tu caña de pescar y balanceándolo ante su hocico a cada paso mientras venías hacia acá.

Mi viejo parecía bastante avergonzado mientras intentaba pensar algo que decir y se preguntaba al mismo tiempo cómo es que Ma sabía que había cortado el heno y todo lo demás.

Ma le miró con gesto severo pero en ese momento no dijo nada. Miró a la ternera que masticaba el manojito de heno.

—Lo único que puedo decir —continuó mi viejo— es que a la ternera le gusta estar conmigo. No se me ocurre ninguna otra razón por la que...

—En cuanto se ponga el sol esta noche, Morris Stroup, le pondrás un dogal a esa ternera y la llevarás de vuelta al pasto de Jim Wade, de donde la robaste. Y si te encuentras a alguien por el camino, negro o blanco, te escondes entre los arbustos, donde no te vea, hasta que pase, porque no quiero que se sepa nunca que robaste una ternera y te la trajiste a casa a plena luz del día.

Mi viejo se volvió y miró a la ternera y la ternera volvió la cabeza y lo miró a él. Siguió mirándole mientras masticaba.

—La verdad es que es una cosita preciosa, ¿eh, Martha? —dijo, acariciando a la ternera en el hocico y el cuello—. *Sooky* bonita, *Sooky* bonita.

La ternera se volvió y miró a Ma. Tras un minuto o dos, Ma se acercó a la ternera y le acarició el hocico. La ternera siguió mirando a Ma directamente a los ojos y parecía que Ma no podía dejar de mirarla.

Estuvieron un buen rato mirándose una a otra a los ojos y mi viejo sacó otro manojito de heno de su camisa.

—*Sooky* bonita —dijo Ma, quitándole el heno a mi viejo y dándoselo a comer a la ternera—. Parece un poco cruel llevarla de vuelta para que esté en un pasto todo el rato. Debe pasar un frío horrible por las noches y cuando llueve.

Pa se volvió y se sentó contra el árbol del paraíso y contempló a Ma y a la ternera. Ya no parecía en absoluto preocupado.

—*Sooky* bonita —dijo Ma, acariciándole el hocico y el cuello—. *Sooky* bonita.

El día libre de Handsome

Después del desayuno, Ma se dirigió calle arriba, una manzana más allá, para hablar con la señora Howard sobre la reunión de la Sociedad de Perfeccionamiento de las Señoras de Sycamore, y lo último que hizo antes de marcharse fue ordenar a Handsome Brown que lavara y secara los platos, y que enjuagara y colgara a secar al sol los trapos de cocina antes de que ella volviera. Era el día libre de Handsome, aunque nunca había tenido un día libre —a pesar de que había trabajado para nosotros desde que tenía nueve años—, porque siempre pasaba algo que le impedía irse por ahí y gandulear el día entero. A Handsome siempre le gustaba tomarse su tiempo para fregar los platos, sin importarle si era un día normal como los otros o si era realmente su día libre, porque sabía que todos los días acababan siendo al final un día cualquiera. Y generalmente se las arreglaba para encontrar alguna excusa y no fregar los platos antes de lo que solía. Esa mañana, después de que Ma se fuera a casa de la señora Howard, dijo que tenía hambre; se metió en la cocina y se hizo una sartén hasta arriba de revuelto de hígado de cerdo.

Mi viejo estaba repantigado en la escalera del porche trasero, dormitando al sol, igual que hacía cada mañana después de desayunar siempre que tenía ocasión, ya que decía que una siesta tras el desayuno le hacía sentirse mucho mejor el resto del día. Handsome se tomó su tiempo para comerse el revuelto, pues sabía que tenía que fregar los platos al terminar, y aún estaba inclinado sobre la cocina, comiendo directamente de la sartén, cuando alguien llamó a la puerta principal. Como Pa y Handsome estaban ocupados, rodeé la casa para ver quién era.

Llegué a la parte delantera y vi a una muchacha de aspecto extraño, de unos dieciocho o veinte años, de pie ante la puerta con la cara pegada a la pantalla de tela metálica, tratando de atisbar el interior. Sostenía una bolsa cuadrada de color tostado que parecía una pequeña maleta y llevaba descubiertos sus largos cabellos castaños, que se rizaban en las puntas. Supe de inmediato que nunca la había visto antes y pensé que sería una forastera que intentaba encontrar la casa de alguien del pueblo al que habría venido a visitar. La observé hasta que echó mano al picaporte y trató de abrir la puerta de tela metálica.

—¿A quién busca? —pregunté, acercándome al escalón inferior y deteniéndome allí.

Se volvió tan rápida como un rayo.

—Hola, hijito —dijo, avanzando hasta el borde del porche—. ¿Está tu padre en casa?

—Pa está echándose una siesta en el porche posterior —le dije—. Iré a llamarle.

—¡Espera un segundo! —dijo ella con excitación, bajando a toda prisa la escalera y agarrándome del brazo—. Llévame a donde está. Será mucho mejor.

—¿Para qué quiere verle? —dije, preguntándome quién sería y si conocería a mi viejo—. ¿Busca la casa de alguien?

—No importa, hijito —sonrió—. Llévame con él.

Rodeamos la casa y traspasamos la cancela para entrar en el patio trasero. A cada paso que daba la chica, una gran oleada de perfume se desprendía de ella y las medias se le arrugaban en sus rodillas. Mi viejo estaba profundamente dormido con la boca abierta colgando y la nuca apoyada en el escalón más alto. Siempre se repantigaba de ese modo cuando dormía al sol porque decía que era la única postura en la que estaba cómodo mientras dormitaba. Vi a Handsome de pie en la cocina, que nos observaba a través de la puerta de tela metálica mientras se comía el revuelto en la sartén.

La chica dejó la maleta en el suelo, se ajustó las medias bajo las ligas y se dirigió de puntillas a donde estaba mi padre repantigado sobre la escalera. Luego se agachó junto a él y le puso ambas manos sobre los ojos. Vi que Handsome dejaba de comer justo cuando se llevaba una cucharada de revuelto a la boca.

—¡Quién soy! —exclamó la chica.

Mi padre dio una especie de salto de lado, como hacía generalmente cuando Ma lo despertaba inesperadamente. Sin embargo, no llegó a alzarse de los escalones porque, casi en el momento en que se sentó, la chica empujó su cabeza hacia atrás y mantuvo las manos sobre sus ojos sin dejarle ver nada. Noté cómo se abrían y se cerraban las aletas de su nariz —como si fuera un perro que olfatea un mapache en un árbol— cuando le llegó el olor del perfume.

—¡Quién soy! —dijo ella otra vez, riendo muy alto.

—¡Apuesto a que no eres Martha! —dijo Pa, palpándole los brazos hasta los codos.

—¡Prueba otra vez! —dijo ella, burlándose de él.

Mi viejo le apartó las manos y se sentó con los ojos abiertos de par en par.

—¡Bueno, me rindo! —dijo mi viejo—. ¿Quién demonios eres?

La chica se levantó de los escalones, aún riendo, y tomó su maleta. Mientras los tres mirábamos lo que iba a hacer, la abrió y sacó de ella un brazado de corbatas nuevas y flamantes. Tenía más corbatas que un almacén.

Pa se frotó los ojos para despejarse y echó un buen vistazo a la chica mientras esta se inclinaba sobre la maleta.

—Esta le sentaría divinamente —dijo, escogiendo una corbata hecha con una tela de colores verde y amarillo chillones. Se fue hacia él y se la puso alrededor del cuello—. ¡Está hecha para usted!

—¿Para mí? —dijo Pa, alzando la vista y olfateando el perfume que flotaba alrededor de la chica.

—Por supuesto —repuso ella, ladeando la cabeza y mirando atentamente a Pa con la corbata—. No podría sentarle mejor.

—Señorita —dijo Pa—, no sé lo que pretende pero, sea lo que sea, está perdiendo el tiempo. Necesito una corbata tanto como una gorrina una silla de montar.

—Pero es una corbata tan bonita —dijo ella echando el brazado de corbatas dentro de la maleta y acercándose más a mi viejo—. Va bien con su complexión.

Se sentó a su lado en el escalón y empezó a hacerle el nudo de la corbata. Permanecieron sentados uno al lado del otro hasta que la cara de mi viejo se puso toda colorada. A esas alturas, el perfume inundaba todo el lugar.

—¡Bueno, usted qué sabe de eso! —dijo Pa con aspecto de no saber lo que se decía—. ¡Quién iba a pensar que una corbata le iría bien a mi complexión!

—Vamos a verle en un espejo —dijo ella, acariciándole la corbata contra el pecho—. Cuando se vea en un espejo ya no podrá quitársela. ¡Pero si le cae perfecta!

Mi viejo miró de soslayo hacia la calle, en dirección a casa de la señora Howard, una manzana más allá.

—Hay un espejo dentro —susurró, como si no quisiera que nadie le escuchase.

—Vamos pues —dijo la chica, tomándole del brazo.

Recogió su maleta y entró en casa con mi padre detrás. Cuando entraron, Handsome salió de la cocina y corrimos hasta el lado más apartado de la casa, desde donde podíamos atisbar a través de una de las ventanas.

—¿Qué le decía yo? —dijo la chica—. ¿No le dije que era preciosa? Apuesto a que no ha tenido una corbata como esta en toda su vida.

—Creo que tiene razón en eso —dijo Pa—. Es verdad que es preciosa, de acuerdo. Me cae bien, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo ella, de pie detrás de mi viejo y mirando el espejo por encima de su hombro—. A ver, déjeme hacerle el nudo mejor.

Se situó frente a mi viejo y le arregló el nudo bajo la barbilla. Luego se quedó quieta con las manos sobre sus hombros y le sonrió. Mi viejo dejó de mirarse en el espejo y la miró a ella. Handsome empezó a ponerse nervioso.

—La señá Martha puede llegar en cualquier momento —dijo—. Tu pa debería andarse con cuidao. Seguro que armará una buena si la señá Martha llega a casa mientras él está ahí entonteciéndose con la corbata. Ojalá hubiera lavao los platos y pudiera ir y tomarme mi día libre antes que la señá Martha regresara.

Mi viejo se inclinó y aspiró el aire sobre la cabeza de la chica y rodeó con los brazos su cintura.

—¿Cuánto pide por ella? —preguntó.

—Cincuenta centavos —respondió ella.

Pa meneó la cabeza de lado a lado.

—No tengo ni cincuenta centavos a mi nombre —dijo con tristeza.

—Oh, venga, suéltelos —insistió ella, agitándole con fuerza—. Cincuenta centavos no son nada.

—Pero es que no los tengo —dijo él, apretando más estrechamente su cintura—. No los tengo, eso es todo.

—¿Y no sabe dónde conseguirlos?

—No exactamente.

Handsome emitió un gruñido.

—Ojalá tu pa dejara de meterse en líos por culpa de una vieja corbata como esa

—dijo—. No creo que de aquí vaya a salir na bueno. Siento en los güesos que algo malo va a ocurrir y luego siempre siempre soy yo el que acaba metío en problemas cuando ocurre. Ojalá mi día libre hubiera empezao mucho antes de que llegara esa chica con sus corbatas, como yo digo.

La chica rodeó con sus brazos el cuello de mi padre y se apretó contra él. Permanecieron así largo rato.

—Pienso que quizá consiga encontrar medio dólar en alguna parte —le dijo mi viejo—. Lo he estado pensando. Creo que podré, después de todo.

—De acuerdo —dijo ella, bajando los brazos y retrocediendo—. Dese prisa.

—¿Me esperará aquí hasta que vuelva? —preguntó él.

—Por supuesto. Pero no tarde mucho.

Mi viejo empezó a retroceder hacia la puerta.

—No se mueva de donde está —le dijo—. No se mueva ni un centímetro de esta habitación. Estaré de vuelta antes de que se dé cuenta.

No tardó ni un minuto en llegar corriendo al porche trasero.

—¡Handsome! —gritó—. ¡Handsome Brown!

Handsome gruñó como si estuviera preparándose para morir.

—¿Qué quiere de mí en mi día libre, señó Morris? —dijo, asomando la cabeza por la esquina de la casa.

—No importa lo que quiero —dijo Pa, apresurándose escaleras abajo—. Tú ven conmigo como te digo. ¡Venga, rápido!

—¿A ónde vamos, señó Morris? —dijo Handsome—. La señá Martha me dijo que no dejara de lavar los platos de la cocina antes de que volviese. No puedo hacer otra cosa, porque ella me dijo que hiciera justo eso.

—Los platos pueden esperar —dijo mi viejo—. De todas formas se ensuciarán la próxima vez que comamos en ellos. —Agarró a Handsome por la manga y le empujó hacia la calle—. Espabílate y haz lo que te digo.

Fuimos calle abajo con Handsome trotando para mantener nuestro paso. Cuando llegamos a casa del señor Tom Owen nos metimos en el patio. El señor Owen quitaba hierbajos del jardín con la azada.

—Tom —gritó Pa por encima de la cerca—. He decidido dejar que Handsome trabaje para ti un día entero, como querías. ¡Está preparado para empezar ahora mismo!

Empujó a Handsome dentro del jardín del señor Owen y le metió prisa para que llegara, pasando entre las filas de repollos y nabos, hasta donde estaba este.

—Dale a Handsome la azada, Tom —dijo Pa, quitándosela al señor Owen y dándosela a Handsome.

—Pero señó Morris, ¿no se habrá olvidao de que hoy es mi día libre? —dijo Handsome—. En cualquier caso, yo no quiero arrancar esos viejos hierbajos, como yo digo.

—Cállate, Handsome —dijo Pa, dándose la vuelta y sacudiéndolo fuertemente

por el hombro—. Métete en tus propios asuntos.

—Pero si me estoy metiendo en mis propios asuntos, señó Morris —dijo Handsome—. ¿No es asunto mío tener un día libre?

—Tienes toda la vida por delante para tener un día libre —le dijo Pa—. Venga, empieza a sacar malas hierbas como te he dicho.

Handsome levantó la azada y la dejó caer sobre un matojo de hierbajos. La tierra estaba era tan áspera y dura que la hoja de la azada rebotó hasta un metro de altura al golpearla.

—Ahora, Tom —dijo Pa, volviéndose—. Dame los cincuenta centavos.

—No pienso pagarte hasta que no trabaje un día entero —dijo el señor Owens, negando con la cabeza—. Supón que no hace el trabajo equivalente a medio dólar. Me estafaría a mí mismo si soltara el dinero y luego descubriese que su trabajo no lo vale.

—No tienes que preocuparte por eso —dijo Pa—. Vigilaré que Handsome trabaje por el valor de lo que le pagas. Me pasaré por aquí a menudo para vigilar que hace el trabajo por el que le pagan.

—Señó Morris, señó, por favor— dijo Handsome, mirando a Pa.

—¿Qué pasa, Handsome? —preguntó él.

—No quiero arrancar esos hierbajos, por favor, señó, quiero mi día libre.

Pa lanzó una mirada terrible a Handsome y señaló la azada con el pie.

—Ahora dame los cincuenta centavos, Tom —dijo.

—¿Por qué tienes tanta prisa en cobrar la paga antes de hacer el trabajo?

—Hay algo que tengo que solucionar ahora mismo. Ahora, si me das el dinero, Tom...

El señor Owen observó durante un rato cómo Handsome golpeaba las malas hierbas con la hoja de la azada y luego metió la mano en el bolsillo y sacó un montón de clavos, tornillos y calderilla. Buscó en el montoncito hasta sacar medio dólar en monedas pequeñas.

—Es la última vez que le pago a este negrito para que trabaje para mí antes de que de verdad haya trabajado duro su jornada —le dijo a Pa.

—No te arrepentirás de haber contratado a Handsome —repuso Pa—. Handsome Brown es uno de los mejores trabajadores que haya visto nunca.

El señor Owen le alargó el dinero a Pa y devolvió el resto a su bolsillo. Tan pronto como mi viejo tuvo el dinero en sus manos se dirigió hacia la cancela.

—¿Señó Morris? Por favor, señó —dijo Handsome.

—¿Qué quieres ahora, Handsome? —gritó Pa—. ¿No ves lo ocupado que estoy?

—¿Puedo terminar hoy temprano y disfrutar una parte de mi día libre?

—¡No! —contestó Pa—. No quiero oír ni una palabra más sobre lo de tomarte el día libre. A mí no me habrás visto jamás tomarme un día libre, ¿no?

Mi viejo tenía tanta prisa a esas alturas que no se quedó a decir nada más, ni siquiera al señor Owen. Se apresuró calle arriba y corrió a casa. Al entrar echó el

pestillo a la puerta.

La chica estaba sentada en la cama y doblaba corbatas una a una que introducía en la maleta. Levantó la vista cuando Pa entró en el cuarto.

—¡Aquí está el dinero, tal como prometí! —dijo. Se sentó en la cama junto a ella y dejó caer las monedas en su mano—. No me ha llevado nada de tiempo reunirlo.

La chica guardó el dinero en su monedero, dobló algunas corbatas más y se arregló las medias en las rodillas.

—Aquí está su corbata —dijo, recogiendo de la cama la chillona verde y amarilla y poniéndosela a Pa en la mano. La corbata cayó en el suelo a sus pies.

—Pero no va usted a... —dijo él sorprendido, mirándola intensamente.

—¿No voy a qué? —contestó ella inmediatamente.

Mi viejo la miraba con la boca abierta y colgando. Ella se inclinó y dobló el resto de las corbatas y las guardó en la maleta.

—Bueno, pensé que quizá usted me pondría la corbata y me haría el nudo, tal como hizo antes —dijo Pa lentamente.

—Escuche —dijo ella—. He hecho la venta, ¿no? ¿Qué más quiere por cincuenta centavos? Tengo que cubrir todo este pueblo de aquí a por la noche. ¿Cuántas ventas cree que haré si pierdo mi tiempo haciendo nudos de corbata en los cuellos de la gente después de haber hecho la venta?

—Pero... pero... yo pensé —tartamudeó mi viejo.

—¿Pensó qué?

—Bueno, yo pensé que quizá usted... pensé que quizá usted querría ponerme la corbata al cuello otra vez...

—¿Ah sí? —rio ella.

Se levantó y cerró la maleta. Mi viejo se quedó allí sentado mirando como la tomaba y salía del cuarto. La puerta principal se cerró y pudimos oírla bajar la escalera. En un suspiro recorrió la calle, se encontró frente a la casa del señor Owen y entró en su patio.

Mi viejo permaneció sentado mucho tiempo en la cama mirando la corbata verde y amarilla caída en el suelo. Al cabo de un rato se levantó y le dio una patada con todas sus fuerzas, que la envió al otro extremo del cuarto, y luego salió al porche trasero y se sentó en la escalera dispuesto a repantigarse al sol de nuevo.

El cargo político de mi viejo

Estábamos sentados en el porche delantero después de cenar cuando Ben Simons apareció por la calle y entró en nuestro patio. Mi viejo llevaba toda la tarde sintiéndose mal y no había hablado mucho, aunque se le oía murmurar para sí mismo de vez en cuando. Todo el problema había empezado por la mañana, cuando Ma le había echado la bronca por no tener trabajo de ningún tipo ni molestarse en buscarlo. Lo persiguió de un extremo a otro del patio trasero, mientras protestaba porque ella se pasaba el día lavando y planchando mientras que él raramente ganaba algo. Al final la bronca le había sacado de sus casillas y dijo que, si eso era lo que ella pensaba, iría y ganaría algo de dinero solo para demostrarle de lo que era capaz cuando lo provocaban. A continuación nos envió a Handsome y a mí a obtener pedidos de moras. Nos dijo que consiguiéramos todos los pedidos que pudiéramos y luego volviéramos a decirle cuántos galones suponían esos pedidos. Handsome y yo nos recorrimos el pueblo durante toda la tarde, de una casa a otra preguntando a la gente si querían comprar moras frescas. La mayoría dijeron que sí, ya que el precio era barato y estaba el hecho de que mi viejo nos había dicho que dijéramos que las moras estarían limpias y que no habría hormigas entre ellas. Había calculado que si podía vender veinticinco galones de moras a veinticinco centavos el galón, conseguiría algo más de seis dólares. Dijo que eso era un montón de dinero para ganarlo en un solo día y que cuando lo reuniera y se lo enseñase a Ma, se quedaría tan sorprendida que rectificaría todas las cosas malas que había dicho en el patio trasero por la mañana. Handsome y yo obtuvimos finalmente pedidos por valor de veinte galones, con la condición de que serían entregados al día siguiente a la hora de comer. Pa se sintió algo decepcionado cuando volvimos y le dijimos que teníamos pedidos por valor de veinte galones, porque dijo que con eso solo ganaría cinco miserables dólares en vez de más de seis, que eran con los que contaba. Sin embargo, afirmó que seguía siendo mucho dinero para un día de trabajo y nos dijo a Handsome y a mí que al día siguiente bien temprano saliéramos al campo y empezáramos a recoger moras. Cuando Ma se enteró del asunto vino inmediatamente y se plantó ante mi viejo. Le dijo que no pensaba permitir que Handsome y yo nos rompiéramos la espalda recogiendo moras para que él las vendiese y que, además, nos llevaría cerca de una semana recoger veinte galones. Pa acusó a Ma de ponerle obstáculos y durante toda la cena, aquella tarde, no se hablaron. Cuando salimos al porche delantero, mi viejo empezó a murmurar para sí mismo. Aún estaba haciéndolo cuando Ben Simons, el alguacil local, entró en el patio.

—Buenas noches, muchachos —dijo Ben, subiendo la escalera.

—Hola, Ben —dijo Pa—. Pasa y siéntate.

Ma no dijo nada en ese momento porque siempre se mostraba suspicaz con los políticos como Ben Simons hasta que averiguaba lo que andaban buscando.

—Una noche fresquita, ¿verdad, señora Stroup? —dijo Ben, intentando localizar

una silla en la oscuridad.

—Eso parece —respondió Ma.

Durante un rato nadie dijo nada. Ben se aclaró la garganta varias veces, como si fuera a decir algo pero se arrepintiera en el último momento.

—¿Mucho trabajo últimamente, Ben? —preguntó Pa.

—Bastante, Morris —dijo inmediatamente como si hubiera estado esperando una señal de alguien para ponerse a hablar—. Te aseguro que a veces no tengo tiempo ni para sentarme un minuto a descansar. Duermo cuando puedo, como a salto de mata y todo el resto es trabajar, trabajar y trabajar, desde primera hora de la mañana hasta última hora de la noche. Todavía me decía mi mujer anteayer que si no paraba de trabajar tanto me iba a ir a la tumba veinte años antes de tiempo. Tengo que patrullar las calles, mantener el calabozo limpio, hacer arrestos, mantener los ojos abiertos, vigilar que nadie rompa la condicional y solo Dios sabe cuántas cosas más. Estoy que voy a reventar, Morris.

—Quizá lo que necesitas es un ayudante —dijo mi viejo—. Por ejemplo, yo. Tengo algo de tiempo libre de vez en cuando. La verdad, no mucho, porque ya ando bastante ocupado con mis propios asuntos, pero podría sacar algún rato de cuando en cuando para echarte una mano.

Ben se inclinó hacia delante en su silla.

—Para ser sincero, para eso había venido a verte esta noche, Morris —dijo—. Me alegro de que lo menciones.

—Ben Simons —dijo Ma—. No sé lo que te propones pero, sea lo que sea, será mejor que no se trate de algo turbio, como la última vez que enredaste a Morris. No quiero volver a oír lo de aquel proyecto para ganar dinero con la venta de ataúdes tamaño familiar. Nadie en su sano juicio querría tener que abrir un ataúd y ampliarlo cada vez que se muere alguien de la familia.

—Lo que tenía en la cabeza no tiene nada que ver con eso, señora Stroup —dijo Ben—. De lo que estoy hablando es de un cargo político.

—¿Qué clase de cargo político? —preguntó ella, deteniendo el movimiento de su mecedora y sentándose quieta y muy tiesa.

—Se trata de lo siguiente —dijo Ben—. El consejo municipal se reunió anoche y aprobó un endurecimiento de las ordenanzas contra los perros sueltos en las calles. Solo hace dos días tuve que seguir y matar a un perro rabioso y el consejo municipal piensa que es peligroso tener tantos perros sueltos por ahí. Me dijeron que reforzase la vigilancia y encerrase a todos los perros callejeros que encontrara por la calle. De inmediato les respondí a los concejales que yo ya tenía demasiado trabajo y se mostraron de acuerdo en nombrar a un nuevo alguacil para perros callejeros y abandonados.

—¡Un alguacil para perros callejeros y abandonados! —dijo Ma, levantándose de su asiento—. ¡Has venido a sentarte ahí, Ben Simons, y a decir que mi marido es un hombre adecuado para convertirse en perrero! ¡Estoy pensando en pedirte que salgas

de mi casa!

—No, espere un minuto, señora Stroup —alegó Ben—. Esa no era mi idea en principio. Fue uno de los propios concejales quien sugirió que Morris era el ciudadano ideal para ocupar el cargo, y votaron...

—Los perros tienen la costumbre de seguirme a todas partes —dijo mi viejo—. Toda mi vida ha sido así. Es algo natural que los perros me...

—¡Cállate, Morris! —le gritó Ma—. ¡En mi vida he oído nada tan humillante!

—Pero, señora Stroup —dijo Ben—, muchos grandes políticos muy afamados han empezado siendo perreros. De hecho, la mayoría de los grandes senadores, congresistas y *sheriffs* comenzaron sus carreras políticas como perreros. Hoy en día, en este país, apenas hay un alto funcionario que no haya iniciado su carrera siendo perrero.

—¡No te creo! —dijo Ma—. Siempre he tenido a los políticos en mejor consideración que todo eso.

—La política es una cosa extraña —dijo Ben—. Las normas que valen para otras ocupaciones no sirven en política. Un político puede iniciar su carrera siendo perrero y dejarlo en nada de tiempo. Eso es lo que hace de la política el tipo de trabajo que es.

Ma se quedó callada tras oír eso y oí como su mecedora volvía a ponerse en marcha. No era difícil ver que meditaba profundamente lo que Ben había dicho.

—Cuanto más lo pienso —dijo mi viejo—, más me gusta la idea. Hace ya un tiempo que pienso en implicarme algo más en los asuntos públicos. Sin ningún propósito, para hacer un poco aquí y un poco allá, sin dedicarme a ello a tiempo completo ni nada de eso.

—Entonces deberías aceptar el cargo, Morris —dijo Ben rápidamente—. Sería muy bueno para ti. Tienes que hacerlo.

Mi viejo se quedó callado, tratando de escudriñar el rostro de Ma en la oscuridad. Ella seguía meciéndose adelante y atrás, haciendo crujir la silla con la misma regularidad del agua cuando sale de un grifo.

—Bueno —dijo Pa despacio, observando a Ma cuanto podía bajo la débil luz—, creo que debería aceptar —aguardó a oír lo que Ma pensaba decir pero esta no prestó la menor atención a lo que había dicho—. Acepto el cargo.

Ben se levantó.

—Eso está muy bien, Morris —dijo rápidamente, dirigiéndose a la escalera del porche—. Muy bien. Me alegra oírte decir eso. Espero verte mañana en el centro después del desayuno.

Ben empezó a bajar la escalera. Ya estaba en el último escalón cuando mi viejo se levantó de un salto y lo llamó.

—Ben —dijo ansiosamente, acercándose a él—, ¿cuánto es el salario?

—¿Salario?

—Claro —dijo Pa—. ¿Qué salario tendré por ser el alguacil de perros abandonados y callejeros?

—Bueno —dijo Ben lentamente—. No es exactamente un salario.

—Entonces, ¿qué es? ¿Cómo le llamas tú?

—Es a comisión, Morris.

—¿A comisión?

—Claro, Morris. Así se pagan los mejores puestos políticos. A comisión.

—¿Qué comisión tendré? —preguntó Pa.

—Veinticinco centavos por cada perro que atrapes y encierres.

Mi viejo no dijo nada de momento. Miró la calle en la oscuridad mientras Ben se marchaba.

—Creo que estoy algo decepcionado —dijo Pa—, porque medio esperaba que me pagasen un salario todos los sábados por la noche.

—Pero si lo mejor de ir a comisión, Morris, es que no hay límites al dinero que puedes llegar a ganar. Cuando te pagan un salario sabes que nunca ganarás más de cierta cantidad. Pero cuando vas a comisión no hay límite en las ganancias.

—¡Eso es verdad! —dijo mi viejo, animándose—. No lo había pensado de ese modo.

—Bueno —dijo Ben, enfilando la calle—, te veré mañana. Buenas noches.

—Buenas noches, Ben —le gritó Pa—. Te agradezco que me dieras la oportunidad de aceptar el puesto.

Subimos la escalera del porche. Ma se había ido ya a la cama.

—Vamos a dormir bien esta noche, hijo —me dijo—. Mañana va a ser un día de mucho trabajo. Necesitamos descansar todo lo que podamos. Vamos.

Nos fuimos adentro, nos desvestimos y nos metimos en la cama. Mi viejo se agitó y dio vueltas durante bastante tiempo y, hasta que me dormí, le oí hablar para sí mismo de todos los perros del pueblo que conocía por su nombre.

Al día siguiente, en cuanto terminó el desayuno, Pa cogió su sombrero y nos encaminamos al centro para ver a Ben Simons. No perdimos tiempo por el camino pero mi viejo me dijo que recordara a *Sparky*, el perro conejero que acabábamos de ver dormitar en el porche delantero del señor Frank Bean.

Finalmente, encontramos a Ben Simons en la barbería, afeitándose. Tenía toda la cara enjabonada cuando entramos y durante un rato no pudo decir nada. En cuanto nos sentamos, sin embargo, nos saludó con la mano.

—Buenos días, Morris —saludó—. ¿Listo para empezar a trabajar?

—Estoy ansioso por ponerme a ello, Ben —respondió Pa.

—Estaré listo en un minuto —dijo Ben.

En cuanto se levantó de la silla y se puso el sombrero, le dijo a Pa que saliese a hacer la ronda y atrapase y encerrase en el calabozo de la cárcel a todos los perros que corrieran sueltos por la calle.

—¿Eso es todo lo que hay que hacer? —preguntó Pa.

—Es así de simple —dijo Ben.

Empezamos por el otro extremo del pueblo; caminábamos despacio y

manteníamos los ojos abiertos para localizar a los perros. Parecía que la mayoría dormía a esas horas porque no vimos ni uno por la calle. Tras una media hora, mi viejo buscó en su bolsillo y sacó diez centavos.

—Toma, hijo —dijo entregándome la moneda—, corre a la carnicería y trae el trozo de carne más grande que puedas conseguir por diez centavos. No tiene porqué ser fresca... basta con que sea un trozo grande.

Corrí calle abajo y compré un trozo bastante grande de carne y lo llevé a donde me esperaba mi padre, sentado a la sombra de un árbol frondoso. Se había quedado dormido pero se levantó de un salto cuando lo sacudí y le enseñé la carne.

—¡Esto hará que se espabilen! —dijo olfateándola—. ¡Vamos, hijo!

Bajamos por otra calle con mi viejo que movía el cacho de carne de un lado a otro. No pasó mucho tiempo antes de que volviéramos la cabeza y viéramos como un perdiguero moteado seguía nuestros pasos mientras olfateaba la carne.

—No se necesitaba otra cosa, hijo —dijo mi viejo—. No hay nada como tener un buen trozo de carne en estos tiempos.

Le silbó al perdiguero y el perro alzó las orejas y trotó más rápido. Muy pronto, el perro de algún otro olió la carne y empezó a correr tras nosotros igualmente. Para cuando llegamos a la vía del ferrocarril teníamos detrás a siete perros. Pa estaba encantado y me dijo que me adelantara hasta a la cárcel y tuviera abierta la puerta del calabozo. Cuando llegó, condujo a los perros dentro y luego se escabulló con el cacho de carne antes de que lo agarraran.

—Únicamente con otro viaje ya habremos hecho dos dólares —dijo—. Es un montón de dinero solo por subir una calle y bajar otra. Empiezo a comprender por qué un cargo político marca tanto a un hombre. No le cambiaría el trabajo a nadie ni por todo el oro del mundo. Ser un político es la mejor manera de ganarse la vida que haya conocido nunca.

Recorrimos otra calle con el cacho de carne y antes de la primera manzana el spaniel de alguien salió corriendo de debajo de una casa y empezó a trotar detrás de nosotros. De vuelta a la cárcel conté que nos seguían cinco perros. Hicimos un viaje especial para pasar por casa del señor Frank Bean, solo por darle a *Sparky* la oportunidad de olisquear la carne y venir con nosotros. Cuando los encerró con los otros, mi viejo se sentó y empezó a echar cuentas con un fósforo en la arena.

—Es un poco más de un dólar, hijo —dijo, tirando a un lado el fósforo—. Se trata de un montón de dinero para haberlo ganado en tan poco tiempo. Si mañana se nos vuelve a dar igual de bien serán seis dólares. Para el sábado por la noche, dieciocho o veinte dólares. Es más dinero del que jamás había soñado tener. ¡Venga! Vamos a casa a comer. Ya es casi mediodía.

Fuimos a casa y nos sentamos a la mesa pero Ma no dijo una palabra y mi viejo no se atrevió. Terminamos de comer y salimos a sentarnos a la sombra del árbol del paraíso.

Como una hora más tarde vi a Ben Simons que venía a toda prisa por la calle. Mi

viejo estaba dormido pero le desperté porque pensé que Ben tendría algo importante que tratar con él. Ben nos vio bajo el árbol del paraíso y entró en el patio a toda prisa.

—Morris —dijo, resoplando y sin aliento—, ¿de dónde diablos has sacado todos esos perros que has encerrado en el calabozo?

—Oh, esos —dijo mi viejo, apoyándose en el codo—. Bueno, los recogí por la calle como se suponía que tenía que hacer. Mi trabajo es encerrar a todos los perros abandonados y callejeros que me encuentre vagando por ahí. Y sucede que no eran vacas ni caballos ni ninguna otra clase de animal.

—Pero has encerrado al setter del alcalde Foot, un perro que ha ganado concursos —dijo Ben con excitación—. Además, la señora Josie Hendricks denunció que faltaba su spaniel y apareció en el calabozo con los otros. El mejor perro conejero del señor Bean también estaba allí. Hasta el último de esos perros pertenece a alguien y, además, los dueños pagaron dos dólares de tasas cada uno. ¡No puedes encerrar a los perros de tipos que han pagado sus impuestos!

—Vagaban por las calles —dijo Pa—. Fui e hice un par de rondas para ver cómo estaban las cosas y ocurrió que me encontré con un montón de perros que actuaban como si no tuviesen hogar. Era mi deber encerrarlos como hice.

—¿Cómo conseguiste que te siguieran hasta la cárcel?

—Bueno, me las arreglé para llevarlos, Ben. A los perros siempre les da por seguirme. Ya te lo dije anoche.

—¿No usaste ningún cebo?

—Yo no diría exactamente eso —dijo mi viejo—. Aunque tenía un trocito de carne, ahora que lo pienso.

—Me lo imaginaba —dijo Ben, quitándose el sombrero y secándose la frente con su pañuelo—. Ya sabía yo que había algo raro.

Nadie dijo nada durante mucho tiempo. Al cabo de un rato, Ben se puso el sombrero y miró a mi viejo.

—Creo que a partir de ahora tendré que hacerme cargo del asunto de los perros, Morris —dijo—. Ser perrero probablemente te quitaría mucho tiempo.

—Pero ¿qué pasa con los tres dólares en comisiones que he ganado? —preguntó Pa—. Me he ganado esas comisiones, ¿no?

—No estoy muy seguro de eso —dijo Ben—. No creo que el consejo municipal quiera pagarte ese dinero. Es probable que el alcalde Foot quiera despedirme por dejar que encerraras a su perdiguero campeón si vamos y le presentamos una cuenta por comisiones. Una de las primeras cosas que he aprendido en política es que no es buena política para un político pisarle los juanetes a otro político. Creo que será mejor que dejemos las cosas como están. No puedo permitirme perder mi trabajo por tu culpa, Morris.

Mi viejo asintió y volvió a apoyar la cabeza sobre el tronco del árbol del paraíso.

—Creo que tienes razón, Ben —dijo—. Me parece que dedicarse a la política es un trabajo a tiempo completo y en cualquier caso yo no quiero atarme a ningún

trabajo que ocupe todo mi tiempo.

La noche que mi viejo llegó tarde

Un poco antes de medianoche, los perros se pusieron a ladrar y Ma se levantó para mirar por la ventana. Era una noche de nevada, unas dos semanas antes de Navidad. El viento había amainado un poco desde la cena pero no lo bastante para que no silbara entre los aleros de vez en cuando. Era justo el tipo de noche blanca de invierno en la que es un placer estar en la cama calentito y con muchas mantas.

La luz estaba encendida en el vestíbulo porque siempre dejábamos una luz prendida toda la noche. Ma no encendió la luz del cuarto enseguida. Primero quería ver, mientras el cuarto estaba aún oscuro, qué era lo que ocurría afuera.

Durante un rato no dijo una palabra. Los perros gruñeron un poco y luego empezaron a ladrar de nuevo. Los teníamos toda la noche encadenados a un lado de la casa; si estuvieran sueltos morderían a cualquiera que saliese por la noche. También era bueno para mi padre: a él le hubieran mordido lo mismo que a cualquier otro al que nunca hubieran olido antes.

—De acuerdo, es él —dijo Ma, dando golpecitos en el alféizar con la llave de la puerta. No estaba más enfadada de lo habitual pero eso ya era suficiente. Cuando daba golpecitos en la madera con cosas como la llave de la puerta no se necesitaba ninguna otra señal para saber lo que sentía.

De pronto hubo un estruendo que sonó como si un carro de dos caballos cruzara por un puente de tablas. Luego hubo una sacudida que hizo vibrar la casa como si alguien hubiera cogido un mazo y hubiera golpeado los cimientos con él.

Era mi viejo que saltaba en la oscuridad sobre la escalera delantera y el porche para ver si aguantaban su peso. Siempre temía que alguien le hubiera puesto una trampa para cuando llegara a casa, como por ejemplo aflojar los tablones del porche de modo que se cayera y tuviera que permanecer tirado hasta que Ma le sacara con la escoba o algo así.

—Esto ya es la gota que colma el vaso —dijo Ma—. Estoy muy harta de él.

—Quiero levantarme para verle —dije—. Por favor, Ma, déjame.

—Quédate donde estás, William, y tápate la cabeza con esas mantas —dijo Ma, dando más golpecitos en el alféizar con la llave de la puerta—. Cuando llegue aquí no estará en buenas condiciones para mirarle.

Me puse a cuatro patas sobre mis rodillas y codos y me tapé la cabeza con las mantas. Cuando me pareció que Ma había dejado de mirar aparté las mantas lo justo para poder ver.

La puerta principal se abrió tan de golpe que casi rompe el cristal de la parte superior. Mi viejo nunca parecía preocuparse por el cristal de la puerta o por los muebles o por cualquier otra cosa de la casa. Una vez llegó a casa y rompió en pedazos la máquina de coser de Ma y Ma estuvo un montón de tiempo ahorrando para poder repararla.

Yo no sabía que mi viejo pudiera armar tanto escándalo. Sonaba como si saltara

por el vestíbulo para ver si lograba hundir el suelo hasta la misma tierra de debajo. Todos los cuadros de las paredes temblaban y algunos quedaron torcidos. Incluso el grande de la abuela Tucker se volvió del revés.

Ma encendió la luz y se dirigió a la chimenea para encender el fuego. Había entre las cenizas muchas brasas que se pusieron rojas cuando las abanicó con un periódico, cubriéndolas luego con astillas. En cuanto las astillas empezaron a arder, puso dos o tres troncos de madera y se sentó junto al hogar, a espaldas del fuego, para esperar a que mi viejo entrara en el cuarto.

Este tropezaba por el vestíbulo y hacía un ruido como si pateara todas las sillas hasta mandarlas al otro extremo de la cocina. A la mitad se detuvo y dijo algo a alguien que estaba con él.

Ma se levantó apresuradamente y se puso la bata. Se miró al espejo un par de veces y se alisó el pelo. Era bastante sorprendente que se hubiera traído a alguien a casa de esa manera.

—Tápate la cabeza y duérmete como te he dicho, William —ordenó Ma.

—Quiero verle —supliqué.

—No discutas conmigo, William —dijo ella golpeando el suelo con el pie desnudo—. Haz lo que te he dicho de una vez.

Me tapé con las mantas pero las aparté lo justo para poder ver.

La puerta del vestíbulo se abrió un par de centímetros. Me puse de rodillas otra vez para ver mejor. En ese momento, mi viejo abrió la puerta de una patada. La puerta se estrelló contra la pared, soltando una nube de polvo que nadie sabía que estaba allí.

—¿Qué quieres, Morris Stroup? —dijo Ma, cruzando los brazos y mirándole—. ¿Qué quieres esta vez?

—Pasa y ponte cómoda —dijo mi viejo, volviéndose y dándole un tirón a alguien para que entrase—. No seas tímida en mi propia casa.

Metió dentro del cuarto a una chica cuyo tamaño era la mitad del de Ma y la empujó hasta que ambos se quedaron junto a la máquina de coser de Ma. Ma, les seguía con la vista y giraba sobre sus pies como si fuera una veleta que moviera el viento.

Era bastante serio ver a mi viejo tambalearse borracho y ver a Ma tan furiosa que no le salían las palabras.

—Di hola —le dijo Pa a la chica.

Ella no dijo una palabra.

Mi viejo le rodeó el cuello con el brazo e hizo que se inclinase. La mantuvo así, haciendo que saludara a Ma con la cabeza, y luego él también se puso a hacerlo y muy pronto ambos saludaban a la vez. Lo hicieron tantas veces que la cabeza de Ma también empezó a subir y a bajar, como si no pudiera evitarlo.

Creo que solté alguna risita en voz alta, porque Ma pareció volverse tonta por un momento y luego fue y se sentó junto al fuego.

—¿Quién es esta? —preguntó como si estuviera ansiosa por saberlo. Incluso pareció que por un momento ya no estaba enojada—. ¿Quién es, Morris?

Mi viejo se sentó tan pesadamente que casi desfondó la silla.

—¿Ella? —dijo—. Es Lucy. Actualmente es mi ayudante.

Se volvió en la silla y miró hacia mí, arrodillado bajo las mantas.

—Hola, hijo —dijo—. ¿Cómo estás?

—Muy bien —dije moviendo las rodillas y tratando de pensar en algo que decir para mostrarle lo contento que estaba de verle.

—¿Sigues creciendo, eh hijo? —preguntó.

—Un poco, creo —le respondí.

—Eso está bien. Es lo que hay que hacer. Sigue creciendo, hijo. Algún día, antes de lo que supones, serás un hombre.

—Pa, yo...

Ma cogió un trozo de leña y se lo arrojó. Falló y golpeó en la pared del fondo. Mi viejo se puso en pie de un salto y vaciló como si le hubiera dado a él en vez de a la pared. Se tambaleó durante un rato hasta que perdió pie y comenzó a deslizarse por la pared hasta quedar sentado en el suelo. Se incorporó y se agarró con las manos al respaldo de una silla. Lo observó cuidadosamente y luego empezó a arrancarle las traviesas. Cada vez que sacaba una la arrojaba a la chimenea.

Cuando todas las traviesas y las patas de la silla desaparecieron, empezó a quitar las tablillas del respaldo y a arrojarlas al fuego. Ma no dijo una palabra. Solo se sentó y lo observó todo el rato.

—Vámonos, Morris —dijo Lucy. Era lo primero que decía desde que llegó. Ma y yo la miramos sorprendidos y mi viejo también giró los ojos, como si hubiera olvidado que ella estaba allí—. Morris, vámonos —repitió ella.

Lucy estaba muerta de miedo, eso estaba claro. Todo el mundo la miraba y Ma parecía tan furiosa que no era de extrañar.

—Siéntate y ponte cómoda —dijo mi viejo—. Siéntate, Lucy.

Ella buscó una silla y se sentó tal como Pa le había dicho.

La forma en que permanecía allí sentada, el enfado de Ma y mi viejo haciendo pedazos la silla constituían un divertido espectáculo. Creo que volví a reírme en alto porque Ma se volvió a mí y agitó su dedo y me ordenó que me tapara con las mantas y que me durmiera, creo. Pero era incapaz de dormirme mientras todo aquello ocurría y Ma debió darse cuenta de ello. Simplemente apreté cuanto pude codos y rodillas y seguí mirando.

—Cuando hayas hecho pedazos esa silla, Morris Stroup, solo tendrás que darme siete dólares para comprar una nueva —dijo Ma, meciéndose adelante y atrás.

—Demonios, Martha —dijo mi viejo—. Demonios, no creo que haya una silla en todo el mundo por la que pagara más de un dólar, quizá dos.

Ma emergió de su atontamiento como si chasqueara un dedo. Se levantó de un salto y agarró la escoba de un lado de la mesilla y se lanzó contra él. Empezó a

golpearle en la cabeza hasta que se dio cuenta del daño que iba a sufrir la escoba, y en ese momento se detuvo. Había soltado tanta paja que todo el suelo estaba cubierto de ella. Entonces le dio la vuelta a la escoba y empezó a atizarle con el mango.

Mi viejo se levantó a toda prisa y cruzó tambaleando el cuarto camino del armario, mientras arrojaba al fuego lo que quedaba de silla. Abrió la puerta del armario y se metió dentro. Algo le hizo a la cerradura porque por mucho que Ma tiró no pudo abrir la puerta una vez que él la hubo cerrado.

A esas alturas Ma estaba tan furiosa que no sabía lo que se hacía. Se sentó al borde de la cama y se atusó el pelo.

—¡Es un bonito espectáculo para estas horas de la noche, Morris Stroup! —gritó finalmente hacia la puerta—. ¿Qué clase de educación puedo darle a un niño cuando pasan cosas así en esta casa?

Ni siquiera esperó a que mi viejo contestase. Se volvió de pronto contra Lucy, la chica que mi padre había traído con él.

—Puedes quedártelo —dijo Ma— pero llévatelo de aquí ahora mismo.

—Me dijo que no estaba casado —dijo Lucy—. Dijo todo el rato que era soltero.

—¡Soltero! —chilló Ma.

La cara se le enrojeció de nuevo y se lanzó a la chimenea en busca del atizador. Nuestro atizador medía casi un metro y era de hierro macizo. Lo introdujo por la ranura de la puerta del armario e hizo palanca con él.

Mi viejo empezó a gritar y a dar patadas dentro del armario. Yo nunca había oído tal escándalo como el que se formó cuando los perros empezaron a ladrar otra vez. La gente que lo escuchase creería que unos ladrones nos estaban asesinando a todos aquella noche.

Entonces Lucy se puso en pie de un salto, llorando.

—¡Deténgase! —le gritó a Ma—. ¡Va a hacerle daño dentro de ese armario!

Ma se volvió agitando el codo.

—¡Déjame! —dijo Ma—. ¡Haré lo que tenga que hacer, hermana!

Tuve que rodar hasta el otro lado de la cama para poder ver lo que hacían ante el armario. Nunca antes había visto a dos personas adultas que se comportaban de manera tan divertida. Ambas estaban furiosas y temían lo que podían llegar a hacer. Actuaban como dos gallos jóvenes que quisieran pelear pero no supieran cómo empezar. Se limitaban a batir las alas, tratando de asustar al contrario.

Pero mi madre era tan fuerte como cualquiera, debido a su tamaño. Todo lo que tuvo que hacer cuando se decidió fue tirar el atizador, agarrar a Lucy y darle un buen empujón. Lucy salió despedida por la habitación y aterrizó contra la máquina de coser. Cuando vio lo rápido que había llegado allí, pareció que iba a morir de miedo.

Ma recogió el atizador y volvió a hacer palanca con todas sus fuerzas hasta que, ¡*bang!*, la puerta saltó de los goznes. Allí estaba mi viejo, apoyado contra la pared del armario y completamente enredado entre la ropa de Ma. Parecía como si le hubieran

sorprendido con las manos en la masa mientras robaba en la caja registradora del carnicero. Nunca había visto a mi viejo tan avergonzado en toda mi vida.

Tan pronto como Ma le sacó del armario y lo dejó en el cuarto, se volvió de nuevo contra Lucy.

—Voy a sacarte de mi casa —dijo Ma— y terminar con tus coqueteos con mi marido. ¡Eso es algo que no pienso soportar!

La agarró pero Lucy pudo zafarse. Entonces se lanzaron una sobre la otra exactamente como dos gallos jóvenes que finalmente hubieran sacado coraje para empezar a picotearse. Cayeron juntas al suelo agitando los brazos como si fueran alas y con la bata de Ma y la falda de Lucy revoloteando como plumas perdidas. Dieron tantas vueltas en círculo durante tanto rato que parecía que estuvieran montadas en un tiovivo. A esas alturas se habían cogido por los pelos y empezaron a tirar. Nunca antes había oído tal griterío. Los ojos de mi viejo ya se habían vuelto a acostumbrar a la luz y las miraba de vez en cuando. Su cabeza seguía dando vueltas y más vueltas y se perdió parte del espectáculo.

Ma y Lucy recorrieron la habitación y salieron al vestíbulo. Afuera, la refriega aumentó en intensidad. Mientras esta se desarrollaba, mi viejo se tambaleaba por el cuarto, al tiempo que buscaba otra silla. Cogió la primera en la que puso las manos. Era la mecedora de respaldo alto de Ma, la única en la que se sentaba cuando cosía o descansaba.

A esas alturas, Ma y Lucy ya se peleaban en el porche delantero. Mi viejo cerró la puerta del vestíbulo y la atrancó. Era una puerta muy gruesa y pesada, con cerrojo y pasador además de cerradura.

—No tiene sentido hablarles, hijo —dijo, sentándose en la cama y quitándose los zapatos—. No hay nada que se parezca a dos hembras enemistadas. A veces...

Arrojó los zapatos bajo la cama y apagó la luz. Palpó hasta encontrar su sitio en la cama, y arrastró con él la mecedora de respaldo alto de Ma. Pude oír cómo se partía la madera cuando empezó a tirar de las traviesas. Se tapó con las mantas y luego se puso a hacer pedazos la silla y a arrojar los trozos al fuego. De vez en cuando algún trozo caía sobre la mesilla y otras golpeaba la pared.

Para entonces Ma y Lucy habían hecho que los perros volvieran a ladrar. Ahora debían de estar peleándose en el patio delantero porque ya no se las oía en el porche.

—A veces, hijo —dijo mi viejo—, a veces me parece que el buen Dios nunca debió poner en el mundo más de una mujer a la vez.

Me acurruqué bajo las mantas, encogí las rodillas cuanto pude y deseé que se quedara en casa todo el tiempo y que no volviera a irse.

Mi viejo rompió el respaldo de la mecedora y lo arrojó en la oscuridad contra la chimenea. Primero golpeó en el techo y luego en la mesilla. Luego siguió haciendo pedazos el asiento.

Se estaba muy bien con él en la oscuridad.

La corta visita del tío Ned

Handsome Brown y yo habíamos pasado casi toda la tarde en el molino del señor Hawkins y una media hora antes de la cena emprendimos el camino a casa con el saco de harina de maíz que el señor Hawkins había molido para nosotros. Ma nos había enviado al molino justo después de comer con un celemín del maíz blanco que Pa guardaba para darle a *Ida* cuando se portaba bien y no se iba al medio de la calle a estorbar o se ponía a patear las tablas del cobertizo. Mientras Handsome y yo metíamos el maíz en el saco, Ma nos había dicho que volviéramos tan pronto como el maíz estuviese molido porque quería hacer tortas para cenar esa noche. Handsome y yo tomamos por el atajo del solar abandonado, donde solían instalarse las carpas de la feria cuando venían al pueblo, e íbamos comentado el partido de béisbol del día anterior, en que el equipo del pueblo jugó contra el equipo de los bomberos de Jessupville en el condado de al lado, y que fue suspendido en el sexto juego, después de que uno de los bomberos de Jessupville golpeará a nuestro *catcher*, Luke Henderson, en la cabeza con un bate Louisville Slugger. Handsome dijo que el *catcher* de nuestro equipo le había arrojado un puñado de polvo a los ojos al bateador de Jessupville cuando creía que nadie lo veía y justo en el momento en que el *pitcher* abombaba la pelota para lanzarla. Yo le dije a Handsome que el polvo lo había levantado una ráfaga de viento y que Luke Henderson, que trabajaba en el economato, no tenía nada que ver con el asunto. Aún discutíamos sobre ello cuando llegamos a las vías del ferrocarril. Un mercancías de la Coast Line se había detenido en el apeadero de Sycamore pero no le prestamos mucha atención salvo para ver cuántos vagones dejaba la máquina en la vía muerta junto a la desmotadora de algodón. Estábamos en las vías mientras veíamos la máquina y los vagones, cuando nos fijamos en que alguien venía hacia nosotros a paso rápido. Saltaba las traviesas de dos en dos.

—Será mejor que nos apresuremos a llegar a casa y llevarle a tu ma la harina —dijo Handsome, tirándome de la manga—. Recuerda que quería hacer tortas para la cena. Será mejor que obedezcas a tu ma.

—Espera a ver quién es ese que corre por la vía —dije—. Nos hace señas de que esperemos.

—Ese va a ser algún viejo vagabundo que nos quitará el saco de harina como no nos espabilemos en llegar a casa como dijo tu ma que hiciéramos.

Handsome empezó a retroceder. Se quitó el saco del hombro y lo aferró entre los brazos.

—Será mejor que me escuches y me hagas caso —dijo Handsome—. Sé de lo que hablo. He visto un montón de vagabundos de esos y nunca traen na bueno. Ese no viene a na bueno, te lo digo yo. Mejor te vienes a casa como te estoy diciendo.

Esperé sin moverme y en un minuto el hombre llegó hasta donde estábamos. Había venido tan aprisa que estaba sin aliento y, cuando se detuvo, todo lo que pudo

hacer fue quedarse allí jadeando hasta recobrar el resuello. Tenía más o menos la edad de Pa pero se movía más deprisa de lo que mi viejo hubiera hecho nunca y parecía amedrentado y nervioso. Vestía unos pantalones viejos con un largo rasgón que le recorría una pernera y que parecía llevar allí mucho tiempo, como si el hombre no hubiera tenido tiempo de que se lo cosieran. Llevaba ladeada una gorra marrón nueva que parecía recién salida de alguna tienda. Los zapatos estaban bastante estropeados y le asomaban los dedos de los pies por los agujeros. Estos eran tan grandes que parecía como si cada zapato estuviera hecho de dos piezas. Llevaba al cuello un pañuelo rojo y amarillo, atado al estilo de los guardafrenos de los mercancías de la Coast Line, que los usan para impedir que las cenizas se les metan por el cuello. Necesitaba urgentemente un afeitado porque su barba negra era tan espesa y erizada que los pelos salían en todas direcciones como las espinas de un abrojo.

—Hijo —dijo el hombre, mirándome intensamente—, ¿no eres William, el chico de Morris Stroup?

—Sí, señor —contesté de inmediato, preguntándome cómo sabría mi nombre—. Sí, señor, ese soy yo.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó—. ¿Dónde está ahora?

—Pa ha ido al campo a hacer algunas faenas en la granja —le dije—. Cuando se fue dijo que no volvería hasta bien entrada la noche.

—Soy tu tío Ned —dijo, acercándose y agarrándome con fuerza del hombro—. ¿No me conoces, hijo?

—No, señor —contesté, mirando sus barbas negras y retorciendo el hombro para soltarme de su apretón.

—La última vez que estuve aquí eras un renacuajillo —dijo, dejando que me soltara—. Quizá eras demasiado pequeño para acordarte de tu tío Ned.

—Supongo que lo era —dije.

Se volvió y miró la calle en dirección a nuestra casa.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó.

—Está muy bien —respondí, intentando aún recordar si le había visto antes. Pa tenía un montón de hermanos desperdigados por todo el país y yo no conocía ni a la mitad. Ma decía que la mayoría de los parientes de Pa estaban bien donde estaban y que no quería que ninguno de ellos viniera a visitarnos. Yo había visto una vez al tío Stet, que de vez en cuando trabajaba en una cuerda de presos, pero Ma no le dejó entrar en casa y, tras permanecer sentado como una hora en la escalera principal, tuvo que levantarse e irse y no volví a verle más.

—¿Quién es el moreno ese? —preguntó Tío Ned, señalando a Handsome con la cabeza.

—Ese es Handsome Brown, nuestro mozo —le dije—. Handsome trabaja en casa haciendo lo que haya que hacer.

—Apuesto a que en toda su vida ha trabajado lo bastante para ganarse el sustento

de un solo día —dijo el Tío Ned—. ¿No es verdad, chico?

—Yo... yo... yo... —tartamudeó Handsome, como hacía siempre que estaba asustado—. Yo... yo...

—¿Ves? —dijo el Tío Ned—. ¿Qué te dije? Ni siquiera tiene suficiente energía para mentir. Todo el trabajo que ha hecho ese moreno en su vida podría juntarse y echarse en un dedal. ¿No es verdad, chico?

—Yo... yo... yo... —repitió Handsome, retrocediendo.

—Sabe que no vale la pena mentir —dijo el Tío Ned, echando a andar.

Dio una docena de pasos y se detuvo.

—¿Por dónde se va a la casa, hijo? —preguntó.

—¿Qué casa? —dije.

—Coño, la de tu madre y tu padre, hijo —rio—. No pensarás que voy a venir al pueblo y no pararme a hacerle una visita, ¿no?

—Será mejor que yo vaya antes y le diga a Ma que viene —dije—. A Ma no le gustará que no vaya y la avise.

—No —dijo inmediatamente—. No hagas eso. No será una sorpresa si lo sabe de antemano. La mejor forma de sorprender a alguien es aparecer cuando menos se lo espera. Si sabe que voy a ir, pensará que va a tener mucho trabajo.

Emprendí el camino a casa con el tío Ned caminando pegado a mí. Handsome iba detrás y no trataba de alcanzarnos. Cruzamos la intersección y giramos hacia nuestra calle. Cuando ya estábamos llegando, me detuve y esperé que Handsome llegara a nuestra altura.

—Handsome —le dije—, adelántate y dale a Ma la harina de maíz. Luego puedes decirle que el tío Ned está aquí.

—Le daré la harina a la señá Martha —dijo Handsome, rodeando para no acercarse al tío Ned—, pero no estoy tan seguro de lo otro que me dices. Será mejor que se lo digas tú mismo. La señá Martha se puede sulfurar y tomarla conmigo y yo tengo que decir que no tengo nada que ver con esto. No quiero verme mezclado en un lío que no es culpa mía.

—¿Qué estás diciendo, negraco! —dijo el tío Ned, agachándose y cogiendo una piedra de buen tamaño—. ¡No vuelvas a hablar así mientras vivas! ¡Otra gracia como esa y te reviento la cabeza con esta piedra! ¡Me estás oyendo, negraco!

—Yo... yo... yo... —tartamudeó Handsome.

—Y para de tartamudear —dijo el tío Ned—. Si hay algo en el mundo que no soporto es un negraco tartamudo.

Handsome retrocedió y se metió apresurado en el patio trasero. Cuando se hubo ido, nos dirigimos a la casa y el tío Ned se sentó en la escalera principal. Yo no sabía qué hacer porque tenía miedo de que se enfureciese conmigo como con Handsome si hacía algo que no le gustase. Me quedé de pie frente a la escalera y esperé.

—¿Es grande la granja que tiene tu padre en el campo? —pregunté.

—Cubre más o menos el tamaño de una colina grande —contesté—. Pa plantó el

año pasado un poco de maíz y algunos cacahuets y eso es todo. Pa dice que no tiene tiempo para echarlo en eso. Handsome Brown cultiva algo de vez en cuando y eso es todo.

—A los Stroup nunca se nos ha dado bien el campo —dijo.

Esperamos para ver qué haría Ma. Durante todo ese tiempo no llegó ni un sonido del interior la casa pero supuse que Handsome aún no habría ido a decirle a Ma que el tío Ned había llegado.

—Hace mucho tiempo que no veo a Morris —dijo— pero no creo que haya cambiado demasiado desde la última vez que le vi. ¿Qué pasa con tu madre, hijo? ¿Sigue siendo la de siempre?

—Supongo que sí —contesté, esperando que Ma hiciera algún ruido cuando Handsome le contara que el tío Ned había llegado.

—Estando aquí sentado a esta hora de la tarde uno diría que no existe un problema en todo el mundo —dijo el tío Ned, hablando para sí mismo en voz alta—. Qué tranquilo es esto.

Sentí un portazo en algún lugar de la casa y supe que Ma venía de camino. Me aparté de la escalera donde estaba sentado el tío Ned con los codos sobre las rodillas. En un instante la puerta de tela metálica se abrió y Ma salió al porche.

—¡Así que eres tú, Ned Stroup! —gritó.

El tío Ned saltó de la escalera como si le hubieran pinchado con una horca. Se quedó a medio camino entre donde estaba yo y el porche.

—Bueno, espera un minuto, Martha —suplicó, retrocediendo hasta donde yo estaba y manteniendo las distancias con Ma—. Solo me he dejado caer para haceros una visita familiar a ti y a Morris. ¿No se puede culpar a un hombre por escuchar la llamada de la sangre, no?

—¡No vengas ahora a hablarme de la familia, Ned Stroup! —gritó Ma.

—Oye, Martha, no tiene sentido que discutamos por una tontería como la familia. Soy un hombre distinto. He tenido mucho tiempo para reflexionar y reconozco que no siempre he hecho las cosas bien en esta vida. Me he reformado, Martha.

—Sal inmediatamente de mi patio, Ned Stroup. No pienso escuchar nada de lo que tengas que decir. Estoy atada por la ley a un Stroup pero no hay fuerza alguna en la tierra que me obligue a aguantar a dos Stroups. Ya tengo mi propia cruz en esta vida y no pienso dejar que se haga más pesada.

El tío Ned bajó la cabeza y miró al suelo. Meneó uno de sus dedos de los pies a través del agujero del zapato y se quedó allí mirándole durante un buen rato. Mientras meneaba el dedo, Ma permaneció allí de pie mirándole.

—Quizá, por la generosidad de tu corazón, puedas darme algo de comer antes de echarme al camino —dijo lentamente, mirando a Ma con los ojos entrecerrados para ver cómo reaccionaba—. Estoy desfallecido, Martha. No he comido ni un bocado desde ayer por la mañana. No le negarías un bocado a un hombre para que se muriese de hambre, ¿no, Martha?

—¿Cuándo has salido de la cárcel esta vez? —preguntó Ma rápidamente.

—Bueno, solo hace unos días —respondió el tío Ned sorprendido—. ¿Cómo sabías que había estado en la cárcel otra vez, Martha?

—¿En qué otro sitio esperaría que estuviera alguien que tenga la cabeza sobre los hombros? —dijo tan rápidamente como antes.

El tío Ned volvió a mirar al suelo y a menear los dedos de los pies como antes. Ma no dijo nada esta vez y pero miró fijamente al tío Ned. Después de un rato alzó la mano y se frotó los ojos cuando pensó que nadie la veía.

—Ven a la puerta de la cocina, Ned —dijo—. El Buen Dios nunca podrá decir que le he negado algo a alguien, aunque sé que no debería hacer esto. Lo que tendría que hacer es llamar al *sheriff* para que viniese y te metiese en el calabozo.

Entró en la casa y cerró con pestillo para que el Tío Ned no pudiera seguirla por el vestíbulo. Cuando se hubo ido, él se levantó y rodeó la casa hasta el patio trasero. Cuando llegamos allí, Handsome estaba sentado en la escalera de la cocina pero al ver al tío Ned ir hacia él se levantó de un salto, cruzó el patio y se sentó sobre la pila de leña. Entré en la cocina cuando Ma llenaba hasta arriba un plato de judía negras con salsa. En el momento en que estuvo preparado, me lo alargó y señaló con la cabeza al tío Ned, sentado en la escalera.

Saqué el plato al porche y se lo alargué al tío Ned. Este no dijo una palabra pero alzó la vista del mismo modo que hacía a veces Pa, cuando quería decirme algo pero no quería decirlo con palabras. Me volví a la esquina y me senté mientras comía las judías con salsa. Enseguida, Ma me ordenó que entrara y me alargó una taza de café para que se la diera al tío Ned.

Cuando le di el café, le dio un buen sorbo y me miró de nuevo.

—Hijo —dijo—, sé siempre un buen Stroup mientras vivas. No hay una familia mejor en todo el mundo que los Stroup y no queremos que ocurra nada por lo que alguien pueda decir que somos gente corriente como los demás. Nosotros, los Stroup, no nos hemos hecho ricos como otros tipos y a veces alguno de nosotros se mete en problemas y tiene que desaparecer un tiempo para dejar que las cosas se enfríen pero, en conjunto, no creo que haya una familia mejor en todo el país.

—Sí, señor, tío Ned —dije, preguntándome qué opinaría Ma si le oyera.

—Soy un hombre mayor, hijo, y reconozco un buen consejo cuando lo oigo. Por eso quiero que recuerdes lo que te he dicho sobre ser un buen Stroup. No hay muchos tipos en el mundo que puedan presumir de ser un Stroup.

—De acuerdo, tío Ned —dije—. Lo recordaré.

Ma se asomó por la puerta de la cocina y miró absorta cómo el tío Ned dejaba el plato limpio.

—¿Has tenido suficiente, Ned? —le preguntó con una voz que se parecía mucho a la que ponía a veces cuando hablaba con mi viejo delante de gente—. Si aún tienes hambre, puedo volver a llenarte el plato.

—Es muy amable por tu parte, Martha —dijo volviéndose y mirándola con

melancolía—, y de verdad que aprecio lo que haces por mí. Siempre pensaré bien de ti, Martha, no importa lo que pase. Me has tratado como un Stroup trata a otro Stroup.

En ese momento miré a través del patio y vi a Handsome levantarse a toda prisa de la pila de leña y retroceder hasta el cobertizo. Aún me estaba preguntando por qué se había levantado de esa manera cuando Ben Simons, el alguacil local, apareció por detrás de la esquina de la casa con la pistola en la mano. Apuntó directamente al tío Ned.

—¡Levanta las manos, Ned Stroup! —gritó Ben—. Y no se te ocurra intentar tomar tu arma. Si lo haces, te juro por Dios que desparramaré tus sesos por el suelo. No tengo contemplaciones con los tipos como tú, que se escapan de la cárcel.

El tío Ned no dijo una palabra cuando Ben dio un paso al frente y le arrancó de un tirón la pistola de cañón largo que llevaba sujeta al cinturón bajo los pantalones. Mantuvo las manos bien alto y no intentó escapar.

—¿Qué significa esto, Ben Simons? —preguntó Ma, saliendo al porche—. ¿Qué diablos pasa?

—En caso de que Ned no se lo haya contado, señora —dijo Ben—, se escapó de la cárcel hace tres días y el alcaide avisó a todos los oficiales del estado para que estuviéramos atentos. Me imaginé que Ned podría venir aquí a ver a su hermano y conseguir algo de comida y cambiarse de ropa y, efectivamente, se bajó del mercancías de la tarde hace una hora. Le he estado buscando desde entonces. Ahora tenemos que irnos, Ned.

El tío Ned dejó que Ben le pusiera las esposas sin decir una palabra y luego se puso en pie. Se volvió y me miró antes de dejar que se lo llevaran al pueblo.

—Hijo —dijo—, debes recordar siempre lo que te he dicho de los Stroup. Hay tantos de nosotros ahora mismo en el mundo que no importa que alguno desaparezca de vez en cuando por un tiempo. Pero eso no significa que el resto de los Stroup no sean la mejor gente que Dios haya creado. Sigue adelante y sé siempre un buen Stroup como te he dicho.

—Sí, señor, tío Ned —dije, mirándole mientras se volvía y desaparecía por la esquina de la casa con Ben agarrándolo del brazo—. Recordaré lo que has dicho.

Mi viejo no ha vuelto a ser el mismo desde entonces

Cuando me levanté a desayunar, mi viejo estaba sentado junto a la estufa de la cocina, en equilibrio sobre dos patas de la silla y comiendo galletas calientes y melaza de sorgo como un descosido. Había puesto su plato sobre el zócalo frente al fuego, igual que hacía siempre, porque así podía sentarse con la puerta del horno abierta y tomar las galletas calientes sin tener que levantarse. A mi viejo le volvían loco las galletas calientes y la melaza de sorgo.

Tenía la boca llena cuando entré y al principio no dijo nada. Sin embargo, me miró y me guiñó un ojo.

—Hola, Pa —dijo, terriblemente contento de verle. Esa vez había estado fuera casi toda la semana.

No dijo nada hasta que buscó en el horno y sacó otra galleta. La rompió, le untó mantequilla y la dejó en el plato. Luego cogió la jarra de melaza del suelo y vertió una gran cantidad sobre la galleta.

—¿Qué tal esos bíceps, hijo? —dijo, apretándome el brazo.

—Muy bien —respondí.

Me palpó los músculos.

Realmente estaba contento de verle.

Ma entró en ese momento y puso mi plato sobre la mesa de la cocina y me preparó pan con melaza y algo de tocino. No dijo una palabra a nadie durante todo el rato que estuvo haciéndome el desayuno. Luego dio algunas vueltas por la cocina haciendo mucho ruido con las cacerolas y las sartenes. Estaba tan furiosa como un pollo mojado.

Pa seguía sentado y miraba la cocina, al tiempo que le echaba de vez en cuando un ojo a mi madre, esperando que ella dijera algo. Los dos sabíamos que lo mejor que se podía hacer cuando estaba así era esperar a que ella hablara primero. Solo conseguiríamos empeorar las cosas si intentábamos hablar antes de que ella estuviera preparada para que le hablasen. Pa permanecía en su silla con una expresión tan dócil como la de un vagabundo que estuviera pidiendo algo de comer.

Cuando yo ya casi había terminado de desayunar, Ma vino y se paró ante la estufa, con las manos en las caderas, mirando a Pa.

—¿Dónde has estado todo este tiempo, Morris Stroup? —dijo, alzando la mano de pronto y quitándose el pelo de la cara.

—Bueno, Martha —dijo Pa, apartando la cara hacia un lado cuando la vio alzar la mano—. No he estado fuera mucho tiempo.

—Puede que marcharse de casa y estar Dios-sabe-dónde durante cuatro o cinco días no sea tu idea de estar fuera mucho tiempo pero es la mía. ¿Dónde has estado?

—Bueno, Martha —dijo—, solo me he pasado unos ratos en el campo.

—¿Dónde está ese gallo tuyo que no sirve para nada? —preguntó ella.

—*College Boy* está en el gallinero —dijo Pa.

—Como le ponga las manos encima —dijo Ma, pateando el suelo—, voy a retorcerle el cuello.

El gallo de pelea de Pa, *College Boy*, era el campeón del condado de Merryweather, Georgia. Lo teníamos desde hacía seis meses y cuando Pa lo trajo a casa la primera vez dijo que el gallo era tan elegante como la gente que ha recibido una buena educación. Por eso Pa le llamó *College Boy*. Podría haber sido el campeón de todo el país si Pa lo hubiera llevado a todas partes. Pero Pa no tenía dinero para ir con él en tren y no teníamos automóvil y los únicos sitios a los que Pa podía ir eran aquellos a los que iba caminando. Esa era la razón por la que se iba de casa tanto tiempo. A veces le llevaba varios días ir a donde iba a haber una pelea de gallos, ya que tenían que cambiar los lugares de una parte del condado de Merryweather a otra, para que el *sheriff* no cogiera a Pa y a los otros hombres que poseían gallos de pelea y apostaban.

Pa no había contestado a Ma porque ambos sabíamos que era mejor no decir nada que pudiera sonar a que defendíamos a *College Boy*. Ma odiaba al gallo más que al pecado.

—Si no consideras que te estoy pidiendo un gran favor —dijo Ma—, ve a casa de la señora Taylor y trae su ropa para lavar... si es que no te da vergüenza que la gente te vea trayendo ropa para lavar a casa.

—Bueno, Martha —dijo él—, creo que no es justo que hables así. Ya sabes que siempre me gusta ayudarte.

Ella se asomó por la puerta de la cocina y echó un vistazo al patio trasero para ver si el fuego ardía bajo la tinaja.

—William —dijo, volviéndose hacia mí—, ve al patio trasero y echa más piñas al fuego.

Me levanté y fui a hacer lo que me había mandado. Apenas salí por la puerta, ella se volvió a Pa de nuevo.

—Y cuando veas a la señora Taylor, Morris Stroup, puedes contarle, a ella y a todo Sycamore, cómo me rompo la espalda lavando mientras tú vagabundeas por todo el país con un gallo que no sirve para nada bajo el brazo —miró fijamente a Pa—. Me gustaría ponerle las manos en el cuello a ese gallo... y a ti también... ¡Por lo menos una vez!

—Pero, Martha...

—Solo el Señor sabe lo que sería de nosotros si yo no me dedicase a lavar —dijo—. No has trabajado honradamente ni un solo día en diez años.

Pa se levantó y salió al patio, donde yo estaba alimentando el fuego bajo la tinaja. Se acercó y me miró.

—Hijo —dijo, bajando la voz para que Ma no pudiera oírle—, ¿sabes dónde se puede conseguir algo de maíz para darle a *College Boy*?

No esperó a que le contestara porque sabía que yo sabía lo que había que hacer. Traspasó la cancela trasera y se dirigió por la calle a casa de la señora Taylor, tres

manzanas más allá. Cuando Ma volvió a entrar en la cocina, me dirigí al gallinero y tomé un huevo del ponedero y me lo metí en el bolsillo. Sabía exactamente lo que Pa quería que hiciera, porque siempre me enviaba al colmado del señor Brown, en la esquina, cuando necesitaba maíz para *College Boy*.

Llevé el huevo a la tienda y lo cambié por unos granos de maíz tal como veía hacer a Pa cuando iba con él. El señor Brown dijo que había oído que Pa había ganado tres dólares en una pelea de gallos cerca de Nortonsville el día antes, y quería saber por qué cambiaba un huevo por maíz en vez de pagarlo con dinero contante. Le dije que no sabía nada del asunto, porque Pa no había dicho una palabra desde su vuelta sobre lo que *College Boy* había hecho en Nortonsville. El señor Brown me dijo que le dijera a Pa que le gustaría ver a *College Boy* en una pelea la próxima vez que hubiera una cerca de Sycamore. Volví a la calle con el maíz metido en mi camisa para que Ma no lo viera y me lo quitara.

Pa ya había vuelto de casa de la señora Taylor con la ropa para lavar y había ido al gallinero para ver si yo había traído el maíz. El gallinero estaba como a cuarenta y cinco metros del patio trasero, donde Ma estaba lavando, y allí podíamos estar fuera sin que nos viera. Pero teníamos que hablar en voz baja para que no nos oyera.

Pa estaba agachado en el suelo mientras sostenía a *College Boy* y lo limpiaba con un trapo húmedo. *College Boy* había perdido bastantes plumas y se encontraba exhausto. Su pata derecha estaba irritada por las zonas en que la piel se le había levantado al perder un espolón. Pa dijo que por un momento había temido que *College Boy* no pudiese continuar la pelea, al haber perdido un espolón, pero que al notar que no podía atacar con la pata derecha había empezado a hacerlo con la izquierda. Pa dijo que había sido la pelea más ajustada de *College Boy* desde su primer combate. Dijo que iba a dejar descansar a *College Boy* hasta que su pata derecha sanase, ya que no quería correr riesgos.

Pa lo lavó con cuidado y me dejó ayudarlo. Cuando terminamos con el trapo húmedo, me dejó sostener a *College Boy* en los brazos. Era la primera vez que me dejaba tocar al gallo y le pregunté a Pa si podía ir con él la próxima vez que hubiera una pelea. Pa dijo que prefería esperar a que fuese algo mayor pero que eso no tardaría mucho en llegar.

—Tu madre me desollaría vivo si te llevase ahora —dijo—. No sé lo que nos haría a ambos.

Sostuve a *College Boy* en mis brazos y este se quedó allí como si no quisiera irse nunca. Era un gallo muy bonito, con brillantes plumas rojas en el cuello y las alas, y plumas de un amarillo pálido en la parte inferior. La cresta le caía hacia el lado derecho de la cabeza como si fuera un mechón de pelo. Nunca me había dado cuenta hasta ese momento de lo pequeño que era. No era mucho mayor que un pollo de tamaño medio pero uno se daba cuenta de lo fuerte y rápido que era cuando lo tenía en brazos. Pa dijo que no había un gallo de pelea más bonito en todo el país.

Se lo devolví a Pa y Pa me dijo que machacara el maíz. Cogí una plancha de

metal y una piedra y machaqué el maíz y Pa lo recogió en la mano y se lo acercó a *College Boy*. Este se lo comió como si fuese la comida más rica del mundo y parecía que nunca tendría bastante. Se comía el maíz más rápidamente de lo que yo podía machacarlo.

Durante todo el tiempo que estuvimos tras el gallinero, Ma permaneció en el patio trasero hirviendo el agua para la colada. Ahora lavaba la ropa de la señora Taylor pero tenía seis o siete coladas que hacer cada semana. Parecía que se pasaba el día lavando y la noche planchando.

Estuvimos mucho tiempo mirando a *College Boy*. Tenía un lecho de arena en un rincón del gallinero y le gustaba tumbarse a la sombra y azotar la arena bajo sus plumas con las alas.

Le dije a Pa que confiaba en que no volviera a marcharse muy pronto porque quería que estuviese en casa y me dejara ayudarlo a machacar maíz y alimentar a *College Boy* todos los días. Dijo que no se iría durante un tiempo porque le parecía que *College Boy* necesitaba descansar al menos una semana.

Nos quedamos sentados en el suelo, a la sombra, un largo rato, hasta el mediodía. Luego Ma nos llamó para comer.

Cuando hubimos terminado, le dijo a Pa que quería que le llevase a la señora Dolan su ropa limpia. La señora Dolan vivía al otro lado del pueblo e ir y volver suponía una larga caminata. Le pregunté a Ma si podía ir con él y ayudarlo a llevar la ropa, y ella dijo que podía.

Cogimos la ropa en cuanto terminamos de comer y yo pensé que podríamos estar de vuelta a tiempo para ver de nuevo a *College Boy* antes de que oscureciera. Pero ya era tarde cuando cruzamos el pueblo de vuelta a casa y Pa dijo que quería parar en la oficina de correos y hablar un momento con algunos hombres. Debimos de permanecer allí dos o tres horas porque cuando llegamos a casa, ya estaba bastante oscuro. Ma nos oyó en el porche delantero y salió y le preguntó a Pa por el dinero que le había pagado la señora Dolan por la ropa. Pa le dio los cincuenta centavos y le preguntó cuánto tardaría en estar lista la cena. Ella dijo que estaría lista muy pronto, así que fuimos a sentarnos en el porche.

Era agradable estar sentado en el porche delantero con mi viejo, porque siempre estaba fuera de casa tan a menudo que tenía pocas oportunidades de verle. Mi viejo encendió una colilla de puro que había reservado y allí estuvimos sentados, mientras él fumaba en la oscuridad y el humo se extendía por el porche, perfumando la brisa de la noche.

—Hijo —dijo al cabo de un rato—, en cuanto hayas desayunado por la mañana, quiero que vayas al colmado de Brown. Coge otro huevo del gallinero y llévalo y cámbialo por más maíz. Cuando terminado de desayunar quiero darle de comer a *College Boy*. Está hecho polvo y quiero alimentarlo bien para que recupere las fuerzas.

—De acuerdo, Pa —dije—. Fijo que lo haré.

Estuvimos allí sentados pensando en el gallo.

Al cabo de un rato, Ma nos llamó y entramos en casa y nos sentamos a la mesa. No había mucho que comer en la mesa, además de un gran pastel de pollo. Estaba en una cazuela honda y tenía por encima una espesa corteza marrón y Pa me sirvió a mí primero y luego a Ma. Luego se echó un gran trozo en su plato.

Ma no tenía muchas ganas de hablar y Pa tenía miedo de decir algo. De todas maneras él no solía empezar a hablar, a menos que se sintiese seguro del terreno que pisaba. Seguimos sentados a la mesa sin decir nada, y comimos el pastel de pollo hasta que el pastel se terminó. Pa se arrellanó en la silla y me miró y estaba claro que pensaba en lo bien que cocinaba Ma.

Todo estaba tan silencioso como una iglesia después de que se hayan ido los feligreses.

—Morris —dijo Ma, dejando el cuchillo y el tenedor alineados sobre su plato—, espero que esto sea una lección para ti.

—¿A qué te refieres, Martha? —dijo él.

Ma miró al plato en el que había dejado el cuchillo y el tenedor alineados, los movió un poco y luego miró a Pa fijamente a los ojos.

—Espero que no vuelvas a traer a otro gallo de pelea a esta casa mientras yo viva —dijo—. He tenido que hacer algo desesperado...

—¿El qué? —dijo él, inclinándose hacia ella por encima de la mesa.

—He hecho este pastel de pollo del que...

—¡*College Boy!* —dijo Pa, apartando un poco su silla.

Ma asintió con la cabeza.

La cara de mi viejo se puso blanca y dejó caer las manos. Abrió la boca para decir algo pero no salió ningún sonido. No sé cuánto tiempo duró pero pareció como si transcurriera toda la noche antes de que alguien se moviera.

Ma fue la primera en hablar.

—Fue duro tener que hacerlo, Morris —dijo—, pero había que hacer algo drástico.

—Ese era *College Boy*, Ma —dije—, no debiste...

—Cállate, William —dijo ella, volviéndose hacia mí.

—No debiste hacer eso, Martha —dijo Pa, apartando la silla y poniéndose en pie—. No a *College Boy*, por lo menos. Él era...

Después de eso no dijo más. Lo siguiente que hizo fue darse la vuelta y cruzar la casa hasta el porche delantero.

Me levanté y crucé la casa tras él. En el porche estaba más oscuro que nunca y no podía ver absolutamente nada tras haber estado a la luz. Palpé y le busqué en todas las sillas pero no se había sentado en ninguna. La colilla de puro que había dejado en la rejilla del porche cuando entramos a cenar aún ardía y olía igual que mi viejo. Bajé a toda prisa la escalera y corrí calle abajo para tratar de alcanzarle antes de que fuera demasiado tarde para encontrarlo en la oscuridad.



ERSKINE CALDWELL (White Oak, Georgia, 1903 - Paradise Valley, Arizona, 1987), escritor estadounidense, hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, estudió en la Universidad de Virginia sin llegar a graduarse. En 1926 se trasladó a Maine y allí empezó a escribir para periódicos y revistas. En sus libros manifestó su preocupación por las miserables condiciones de vida de los campesinos sureños, a la vez que denunciaba el racismo, la violencia de género y los prejuicios de clase de aquella sociedad. En 1936 se casó con la fotógrafa Margaret Bourke-White. De sus obras, entre ellas *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933), se habían vendido hacia 1940 más de dieciocho millones de ejemplares. En ellas se describen con humor y erotismo la miseria, la violencia y el racismo de los blancos pobres del Sur.